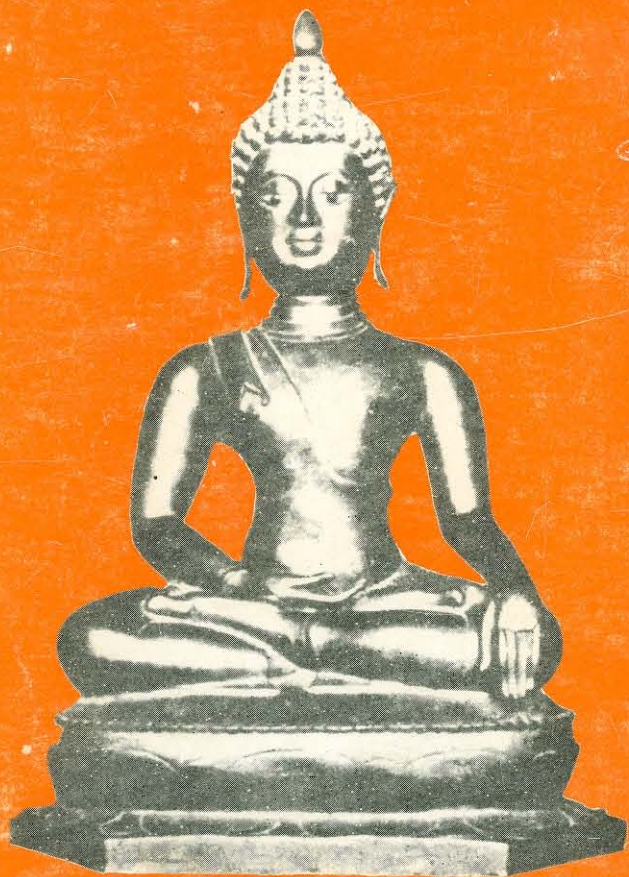


RAMIRO A. CALLE

# TRES GRANDES MAESTROS

Buda - Confucio - Mahoma



ediciones

CEDEL

**RAMIRO A. CALLE**

# **TRES GRANDES MAESTROS**

**Buda.  
Confucio.  
Mahoma**

**ediciones  
CEDEL**

**JOSE O. AVILA MONTESO**  
Viladrau (Gerona) - Barcelona: Apartado 5326  
1976

Copyright © de Ramiro A. Calle

Copyright © de Ediciones Cedel

ISBN: 84-352-0444-8

Depósito legal, B-31.219-1976

Impreso en España

Printed in Spain

---

Impreso en los talleres de Gráficas La Estampa - Aribau, 75. Barcelona-11

**DEDICATORIA:**

***A Almudena, mi mujer, extraordinaria  
compañera en la búsqueda del Sí-mismo.***

## **BIBLIOGRAFIA**

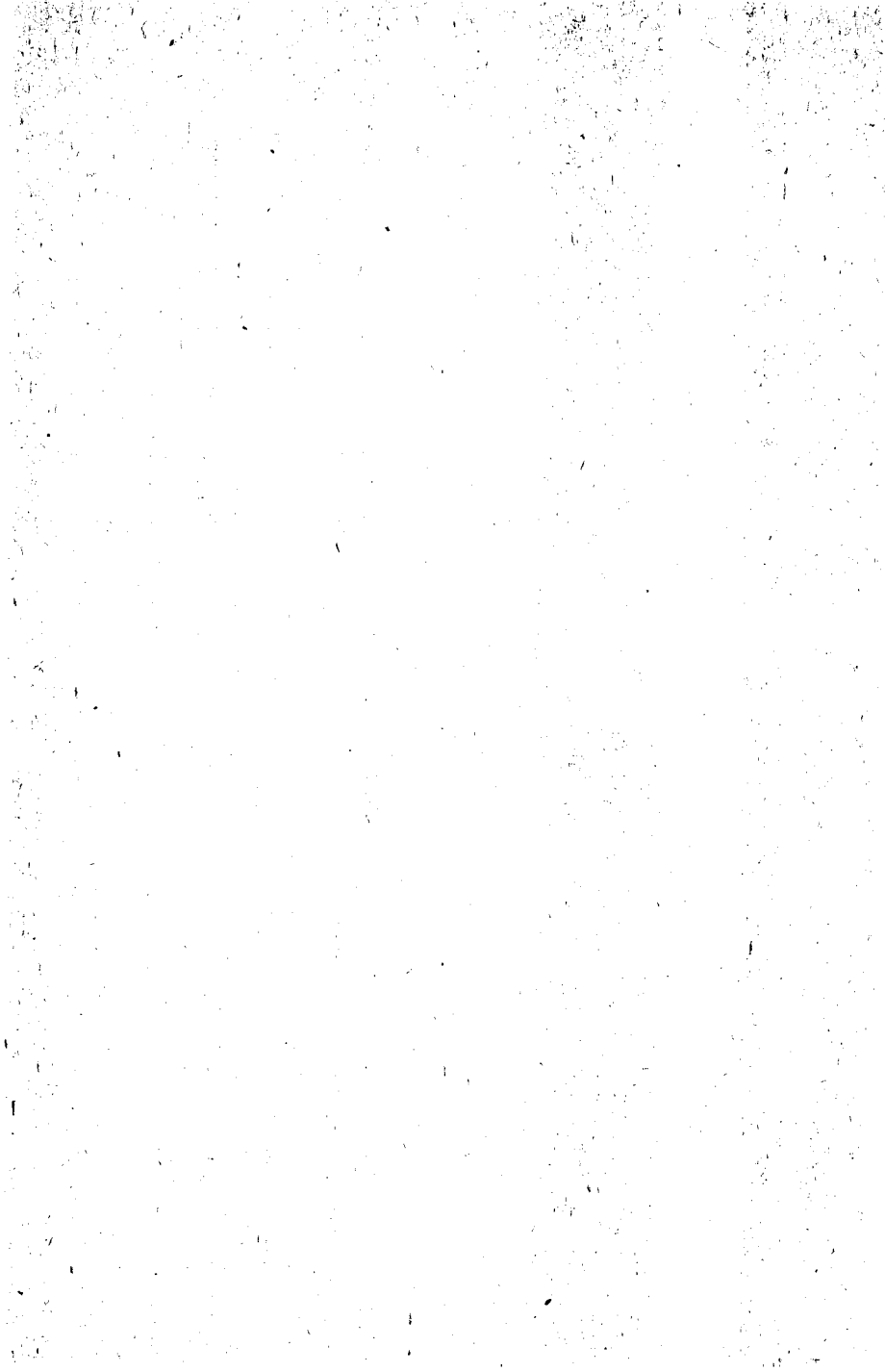
**DEL**

**AUTOR**

**La sabiduría de los Grandes Yoguis**  
**Hatha-Yoga práctico**  
**La madurez emocional**  
**Las desviaciones sexuales**  
**Yoga, refugio y esperanza**  
**Técnicas liberatorias y de relajación**  
**Introducción a la vida sexual**  
**Introducción a la técnica de la hipnosis**  
**Magia negra y ocultismo**  
**Teoría y técnica del yoga**  
**Los "tests" (I)**  
**Los "tests" (II)**  
**Zen y artes marciales japonesas**  
**La filosofía oriental**  
**Tres grandes místicos hindúes**  
**ABC de la filosofía Oriental**  
**ABC de la hipnosis y la relajación**  
**Cómo conocer los "tests"**  
**"Tests" psicológicos y mentales**  
**Teoría y técnica del yoga mental**  
**El yoga y sus secretos**  
**El séptimo loto**  
**Grandes misterios de las sociedades secretas**  
**La espiritualidad india**

*"Niño nace el hombre. Su poder está  
en su desarrollo."*

Rabindranath Tagore



## Introducción

*A veces, desgraciadamente nada a menudo, surge un hombre —un superhombre, podría decirse— capaz de revolucionar la faz del mundo. Sin ningún lugar a dudas, Buda, Confucio y Mahoma pertenecen a esa categoría de seres humanos que, más allá de toda limitación o factor determinante, por encima de todo convencionalismo o molde preestablecido, consiguen imponer sus principios y perpetuarlos indefinidamente. Toda persona que se sitúe ante el indescifrable problema del destino, que se lance con implacable voluntad a la búsqueda de una solución para la abundante miseria humana, que se esfuerce denodadamente en abrir el corazón de sus semejantes a una verdad más trascendente y positiva, merece admiración y apoyo. Tal es el caso de Buda, el Gran Iluminado de la India; de Confucio, el Gran Maestro de China, y de Mahoma, el Gran Profeta del Islám. Los tres forman un triunvirato de grandes maestros; los tres cada uno según sus facultades y posibilidades, apartaron la rutina de sus vidas y siguieron lealmente el nítido impulso de su Yo.*

*Aun dejándonos arrastrar por un exceso de racionalismo, aun permaneciendo incorruptibles ante nuestro propio escepticismo, nadie puede negar o permanecer ignorante ante la impresionante y gigantesca labor de unos hombres como Buda, Confucio y Mahoma. Ellos supieron ser fieles a sí mismos, demostraron un apasionado interés por lo que estimaban su verdad y, de una u otra forma, como un doloroso deber impuesto, trataron de que esa verdad fuese intuida por aquellos que les rodeaban. Es Buda, sin discusión alguna, la máxima figura entre las grandes figuras. Enseñó lo que tanto el mundo necesita: tolerancia,*



*comprensión, serenidad y paz; nos ayudó a comprender que la ignorancia y el deseo son dos fantasmagóricos enemigos capaces de provocar abundantes males; nos instruyó en el sentido de que para obtener la quietud espiritual o anímica, es menester trabajar interiormente sin descanso y conseguir el completo control de los sentidos.*

*No pretendemos en la presente obra realizar una exhaustiva biografía sobre estos tres grandes maestros, sino simplemente, y creemos que con ello satisfacemos nuestro objetivo, estudiar hasta donde sea posible su psicología y destacar aquellos hechos de sus vidas que sean más significativos. A través de la existencia de Buda, Confucio y Mahoma, no es difícil deducir que un hombre es tanto más grande cuanto más haya luchado por adquirir esa grandeza. Si conseguimos identificarnos con el esfuerzo de alguno de estos tres seres humanos, es que también nosotros podemos imitarles. Y eso ya es verdaderamente importante.*

Ramiro A. CALLE

Director del Centro de Yoga SHADAK

I

---

**BUDA:  
El Gran Iluminado de la India**



## 1. *El despierto*

Entre los numerosos renunciantes que nos han ofrecido los diversos sistemas filosófico-religiosos del Oriente, merece ser destacado Buda, no sólo por lo complejo y extraordinario de su personalidad, sino en especial por la marcada e indiscutible influencia que su doctrina ha ejercido en la cultura oriental y, mucho después, en la vieja Europa.

Siddharta Gautama Buda —igualmente conocido por El Iluminado, El Despierto, El Misericordioso, El Sakiamuni—, sorprendido ante la crueldad de la existencia, abandonó su hogar a la edad de veintinueve años y adoptó la difícil vida del sanyasin (renunciante). Tras varios años de esfuerzo e incansable trabajo interior, de someterse a toda suerte de despiadadas prácticas ascéticas, de combatir abiertamente la ignorancia y el deseo, pudo disipar los velos de la ilusión (maya) y obtener, bajo el Arbol Sagrado, la tan ansiada liberación.

La vida real de Siddharta se confunde y entremezcla con las espectrales sombras de la leyenda. No obstante, conociendo la psicología del renunciante indio y aplicando un mínimo el sentido común, no es difícil separar los elementos reales de los puramente imaginarios.

Ante la excelsa figura de Siddharta y la gigantesca labor desarrollada para conseguir su propia liberación, no podemos por menos que sentirnos asombrados. No resulta fácil concebir cómo de la mente de un solo hombre puede surgir y cristalizar

una doctrina, un sistema filosófico, un modo de conducta vital tan rico en vivencias y de naturaleza tan trascendental. Porque en realidad, y a pesar de sus engañosas apariencias, el Budismo no es en absoluto una religión, sino una forma de vida, una posibilidad de escapar al deseo y liberarse del dolor, una lucha rebelde y desigual contra la miseria del ser humano y los condicionamientos a los que aparece sometido. Adelantándose en muchos siglos al existencialismo moderno, Buda era ya el más auténtico de los existencialistas. Pero inquebrantable y tenaz como era, no se abandonó a sus propias limitaciones, sino que, más con la fortaleza de un dios que con la de un hombre, hizo acopio de todas sus energías y se lanzó en frenética carrera, individualmente, a la búsqueda de la **realización**. De hombre que era se convirtió en **superhombre**; se burló así del dolor, el apego mundano, el egoísmo y el temor. Hubo de llevar a cabo una violenta lucha contra sí mismo, contra sus impulsos e inclinaciones, contra ese adusto enemigo que es el Deseo. Todo ello le permitió escabullirse de la rueda de continuos nacimientos y muertes, bajar a los más profundos abismos de su ser y encender una beneficiosa luz, liberarse en vida, obtener el título genérico de Buda (despierto) y convertirse en el Gran Iluminado de la India.

## 2. *La última reencarnación*

Previamente a su última existencia y a la extinción en el nirvana, Siddharta Gautama había reencarnado numerosas veces, en todas las formas y condiciones, evolucionando gradualmente hasta obtener el grado necesario de perfección capaz de conducir a la liberación. Se cuentan fantásticos relatos de las vidas anteriores de Buda, en los que se refleja su incondicional bondad, comprensión y tolerancia. En una ocasión, obsequia a un ciego con sus ojos; en otra de sus vidas, soberano proscrito, se entrega a los enemigos, a fin de que la recompensa puesta a su persona le sea entregada a un pobre; cierta vez, sabiendo del hambre desesperada de un tigre hembra, se deja comer por él, sirviéndole de alimento. Curioso es el episodio en que el futuro Buda, demasiado generoso, se desprende de todo lo suyo (gobierno, bienes, hijos, mujer, etc.) para donárselo a un mendigo; o aquel otro en que se convierte voluntariamente en pez para servir de rico manjar a unos hombres famélicos.

Vida tras vida, el que será Buda en su última existencia, va agotando su Karma, extinguiendo su deseo y madurando para la realización espiritual. Sus bondadosas acciones, su desapego, su capacidad de tolerancia, le sirven para conseguir el privilegio de pasar su penúltima existencia en el cuarto cielo, en compañía de los dioses Tushitas. Recibe entonces el nombre de Sveta-ketu, «el del estandarte blanco». Su próxima y última reencarnación será como hombre en la tierra y tendrá por exclusiva finalidad

la de mostrar a sus semejantes el camino que lleva a la iluminación, o sea, a la evasión de dolor, la supresión del Karma y el cese de la implacable rueda de nacimientos y muertes.

Asegura la leyenda que Sveta-ketu, consciente de la gran labor que habría de realizar en la Tierra, analizó minuciosamente las más diversas familias terrenales, investigando en cuál de ellas le convenía nacer. Lo haría en el seno de los Sakias, noble familia entre las más nobles; sería hijo del rey Sudhodana y de la reina Maya.

Se dice que Siddharta penetró en la madre por el flanco derecho. Durante cerca de diez meses habría de estar en el claustro materno; desde el primer instante Sakiamuni fue consciente plenamente de este hecho. Maya, una vez el niño-dios en su interior, dejó de padecer toda enfermedad o sufrimiento, permaneciendo además libre de cualquier pensamiento impuro o de toda inclinación que no fuere inmaculadamente casta. La reina, aun cuando no era virgen, mucho antes de engendrar a Siddharta había hecho voto de castidad, el cual también fue realizado por su marido.

La leyenda, que se presenta sumamente prolija en todos los detalles referentes a la vida de Buda en general y muy en especial a los de su gestación y nacimiento, especifica que Siddharta se insertó en forma de elefante (su reflejo terrestre) por el costado de Maya, sin que ésta experimentase el menor dolor. Siddharta había encarnado para liberar a los hombres de su miseria y de su dolor, para proporcionarles una valiosa vía de salvación. Por estimar que nadie era superior al futuro de Buda, ni ser humano ni divino, repugnaba la idea de que alguien hubiese podido tomar parte directa en su concepción.

Aun no habiendo una plena seguridad, se estima que Buda vino al mundo en el año 556 antes de Je-

sucristo. Después de diez meses de gestación, tuvo lugar el nacimiento en el parque de Lumbini, Kapilavastu, en el Terai nepalés. El niño nació sin provocarle a su madre el menor sufrimiento, en tanto caían del cielo las más hermosas flores, se escuchaban en el aire sublimes compases musicales y un innarrable gozo inundaba lo corazones de todos los allí presentes. Al igual que la concepción, también el alumbramiento tuvo lugar por el costado derecho de la reina. Dos fuentes, una de agua caliente y otra de agua fría, manaron diligentes de la tierra para bañar al niño. Desde el cielo, satisfechos, los dioses contemplaban estos preliminares. La reina colocó al recién nacido sobre un esponjoso loto, pero el niño no tardaría mucho en incorporarse y en emprender siete pasos hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales, para, seguidamente, expresarse así:

«Yo tengo la primera jerarquía en el mundo. Pondré un término al nacimiento, a la vejez, a la enfermedad, a la muerte. No habrá ninguno entre todos los seres que sea superior a mí. Yo soy el más alto del mundo. Yo soy el mejor del mundo. Yo soy el primogénito del mundo. Este es en verdad mi último nacimiento y no habrá ya para mí ninguna otra existencia.»

Después, golpeando el suelo con su pie, el niño agregó

«Yo venceré al demonio. En favor de los seres abismados en los Infiernos y devorados por el fuego de los Infiernos, yo verteré la lluvia de la gran nube de la Ley, y ellos serán colmados de alegría y bienestar. ¡Yo miraré por encima de todos los seres!»

Es curioso observar cómo la leyenda puede deformar o adulterar la verdadera esencia de un acontecimiento o de una persona. Siddharta, que así se llamó el portentoso niño que nos muestra una de-



sorbitada imaginación, jamás se presentó como un dios ni siquiera como una figura excepcional (aun siéndolo); sino simplemente como un hombre que había encontrado el camino y que deseaba dárselo a conocer a los demás. Pero la leyenda no se conforma fácilmente y llega a resultar extenuante. Tal es así, que sin ningún recelo se nos dice que a la vez que Siddharta nacieron simultáneamente todas aquellas personas y animales que de una u otra forma habrían de relacionarse futuramente con el Sakiamuni. Pero no desesperemos. Tenemos hasta ahora de cierto —o casi cierto— que en el reino de los Sakias, allá por el 556 antes de nuestra era, nació un niño de la reina Maya, esposa del poderoso monarca Suddhodana. Tal niño recibió el nombre de Siddharta («El que cumple), y, muchos años después, no porque fuera un dios, sino porque no falleció en la lucha y supo vislumbrar en lo más recóndito de su Yo, sería capaz de realizarse a sí mismo, ayudar en su realización a los demás y merecerse el glorioso título de Buda o Iluminado.

### 3. *Adolescencia y juventud*

Como era costumbre, el rey convocó a los adivinos para que se pronunciasen sobre el futuro de Siddhartha. Estos se servían de un procedimiento muy singular: basándose en las señales físicas del niño. Dichas señales, se dividían en dos series: las treinta y dos marcas principales y las ochenta secundarias. Según dice la leyenda, toda las características indicaban que el niño era un predestinado.

Pero de todos los testimonios el más interesante fue el Asita, asceta del Himalaya que se presentó ante el recién nacido, lo cogió en lo brazos y, sumido en profundo éxtasis, comenzó a profetizar sobre el futuro Buda. Veamos algunas descripciones del Lalita-vistara

«En aquel tiempo el gran rishi Asita vivía en el monte Himalaya, el rey de las montañas, en compañía de Naradatta, hijo de su hermana, y estaba dotado de las cinco facultades sobrenaturales. Desde el nacimiento del Bodhisattva observó gran número de maravillas, prodigios y milagros. En el firmamento, los hijos de los dioses, llenos de alegría, corrían de aquí para allá agitando sus mantos.»

Se nos explica seguidamente cómo Asita, observando toda la India, descubre que un niño excepcional ha venido al mundo en el reino del poderoso monarca Suddhodana.

«Y entonces el gran rishi Asita, en compañía de su sobrino Naradatta, lanzándose al firmamento

como lo haría un cisne, se dirigió volando a la gran ciudad de Kapilavastu. Una vez llegado, reabsorbió su poder mágico, entró a pie en la gran ciudad de Kapilavastu y se dirigió al lugar donde se hallaba la residencia del rey Suddhodana; una vez allí quedóse de pie ante la puerta.»

Asita se presenta ante Suddhodana y le saluda cordialmente, explicándole a continuación que desea conocer a su hijo, que en ese momento permanece dormido.

«Mientras tanto, el Bodhisattva, por condescendencia hacia el gran rishi Asita, dio señales de despertarse.

»Y entonces el rey Suddhodana, con las mayores precauciones, tomó en sus manos al pequeño príncipe Sarvarthasiddha y lo presentó al gran rishi Asita. Y cuando éste, habiendo contemplado al Bodhisattva, vio que tenía el cuerpo adornado con las treinta y dos marcas características del gran hombre y los ochenta signos secundarios, que su belleza sobrepasaba a la de Sakra, de Brahma y de los Guardianes del mundo, que su resplandor sobrepasaba al de cien mil soles y que era hermoso en todos sus miembros, dejó escapar esta exclamación: «En verdad, ha aparecido en este mundo una maravillosa personalidad.»

Con el niño en sus brazos, Asita penetró en samadhi y, poco después, con profundo dolor, prorrumpió en un prolongado llanto. El monarca, desconcertado y temeroso, interrogó al sabio sobre los motivos de sus lágrimas:

«Ocurre, oh gran rey, que soy ya muy viejo y gastado por el tiempo; y el pequeño príncipe Sarvarthasiddha se iluminará con la suprema y perfecta Iluminación, y, una vez Iluminado, hará girar la

rueda sin igual de la Ley, esta rueda que nadie en este mundo, monje, ni brahmán, ni divinidad, ha hecho todavía girar. Para el bien, para la dicha del mundo, incluidos los dioses, enseñará la Ley, saludable en su principio, saludable en su mitad, saludable en su fin, y revelará a los seres una ventajosa, inteligible, única, completa, perfectamente clara y pura moral. Tras lo cual, los seres sometidos por naturaleza a la necesidad del renacimiento quedarán libres del mismo y, al propio tiempo, de la vejez, de la enfermedad, de la pena, del llanto, del dolor, de la desesperación y del agotamiento. A los seres tocados por el fuego del deseo, del odio y de la perturbación, los refrescará con las olas de su Buena Ley. A los seres extraviados por la seducción de las falsas doctrinas y de lleno en el mal camino los pondrá en el buen camino, el camino del Nirvana. A los seres encarcelados en la prisión de la transmigración, atados en los brazos de las pasiones, les libraré de los mismos. »

Asita continúa expresándose favorablemente sobre la naturaleza búdica del niño que se encuentra en su regazo. Acto seguido, enumera los treinta y dos signos que demuestran la predestinación de Siddharta:

«Su cráneo presentará una excrecencia. Sus cabellos, trenzados en alto, serán azulados. Sobre su frente, ancha y lisa, entre su cejas se levantará un pequeño círculo de pelos argentados. Sus ojos, resguardados por las pestañas largas como las de una ternera, serán grandes, blancos y negros. El lóbulo de sus orejas será tres veces más largo que lo normal. Tendrá cuarenta dientes sólidos y muy iguales, que cubrirán una lengua larga y delgada que le dará un excelente sentido del gusto. Su mandíbula tendrá la fuerza de la del león. De piel fina y dorada, ten-

drá un cuerpo flexible y firme como el tallo del aro, un torso ancho como el pecho del toro, hombros redondos, muslos llenos, piernas de gacela y siete protuberancias bien repartidas. Su mano será ancha. Su brazo, al colgar, tocará la rodilla. En cuanto a los tres dedos mayores, de las manos y de los pies, estarán unidos por una fina membrana.

»Sus pelos nacerán uno a uno y los de sus brazos se volverán hacia arriba. Lo que debe ocultarse será recogido. Sus talones serán gruesos, sus palmas serán unidas. Bajo la planta de cada pie habrá trazada una rueda con mil rayos y se mantendrá perfectamente derecho sobre los pies simétricamente iguales. En cuanto a su palabra, tendrá el sonido de la de Brahma.»

A continuación, Asita se extendió sobre las ochenta marcas secundarias: labios escarlata, líneas de la mano muy grabadas, venas invisibles, uñas color cobre rojo, etc, etc.

Y entonces el rey Suddhodana, oyendo en boca del gran rishi Asita esta predicción sobre el pequeño príncipe, contento, maravillado, transportado de alegría, lleno de satisfacción y dicha, se levantó de su asiento y, cayendo a los pies del Bodhisattva, dijo estas palabras:

«A ti, a quien los dioses con Indra adoran,  
a ti, objeto de los homenajes de los rishis,  
a ti, el médico de todo este universo,  
Señor, yo también te adoro.»

Después, el monarca despidió al sabio Asita y éste, en compañía de su sobrino, se alejó tal como había venido, o sea, volando abiertamente por los aires.

Pasados siete días desde el nacimiento de Sidharta, murió su madre. Se repite, una vez más,

el mito de la muerte de la madre de un elegido, para que así no exista ninguna posibilidad de enturbiar la pureza. Entre tanto, el niño tenía un aspecto bello y saludable, imaginándonos que no habrían de faltarle toda clase de atenciones y cuidados. De momento se hizo cargo de él una tía suya de gran corazón, llamada Mahapradjapati Gautami, amén de estar atendido nada menos que por treinta y dos nodrizas. El lujo más ostentoso y el más plácido bienestar rodeaban al joven príncipe, que en toda ocasión dio muestras de una diáfana inteligencia.

Pronto dio comienzo la sólida educación de Siddharta: lectura y escritura, ciencias, artes, esgrima, tiro al arco, conducción de carros, idiomas... La capacidad intelectual y física del niño resultaban asombrosas. Es llevado a la escuela y su inteligencia deslumbra a su maestro, Visvamitra. En lo que respecta a las actividades gimnásticas, el joven aventajaba con mucho a todos sus compañeros. Así, pues, Siddharta no tenía instructor que pudiese ampliar sus conocimientos y facultades, ni en el campo de las artes ni en el de las pruebas atléticas.

Nada hacía presagiar que aquel muchacho fuerte y desenvuelto, despreocupado y jovial, pudiese llegar a ser uno de los elegidos más importantes con los que ha contado la historia de la Humanidad. A pesar de ello, el rey Suddhodana no podía evitar el permanecer obsesionado con el porvenir de su hijo. Sabía que podría llegar a ser un gran monarca si su propósito era asumir el poder, pero las predicciones le habían hecho ponerlo en duda. Para distanciar al príncipe de toda idea ascética o metafísica, se esforzaba en rodearle con el máximo de lujo, en mantenerle aislado en un mundo más de fábula que de realidad, en donde la miseria y la crueldad de la vida no eran ni remotamente conocidas. Pero Siddharta un día no lejano habrá de enfrentarse con el laceran-

te dolor que entraña la existencia humana, con la amargura que comporta. Será ése un día glorioso para su maduración, para favorecer la transmutación psíquica de un hombre que se deslizará más allá de toda apariencia, para estimular la alquimia de un ser humano que, con admirable rebeldía, habría de luchar por diluir lo más nocivo de su personalidad y extraer lo más positivo.

#### 4. *Gopa Yasodhara*

Tenía Siddharta alrededor de dieciséis años cuando los consejeros de Suddhodana le comunicaron que era ya llegada la hora de buscar esposa para el joven príncipe. La idea no desagradó en absoluto al monarca, sino que muy por el contrario le satisfizo, pues era un elemento más para que su hijo no se convirtiese en sanyasin. Con la aprobación de Suddhodana, los consejeros hablaron con el joven y le expusieron el asunto. Siddharta vaciló, preguntándose qué debía hacer, y creyó que lo más oportuno sería meditarlo durante siete días.

Transcurridos los siete días fijados para que el príncipe tomara una decisión, los consejeros se presentan ante él. Siddharta acepta el desposarse, pero con una mujer que goce de las cualidades físicas y morales que él tiene por imprescindibles. Desea que se trate de una joven hermosa, de gran dulzura, sencilla en su grandeza, tolerante y generosa, rica en bondad, recatada, diligente y sincera. En fin, el príncipe exige una mujer casi perfecta. Enumera las cualidades requeridas sobre un papel y se lo entrega a los dignos consejeros.

Un sacerdote será el encargado de buscar la mujer ideal en Kapilavastu. De casa en casa, infatigable en su tarea de noble alcahuete, escudriñando con detenimiento a una y otra joven, encuentra por fin a la que más parece ajustarse a las características marcadas por Siddharta. Se halla el sacerdote ante la deslumbrante Gopa Yasodhara, quien dice



con modestia que ella cree ser la mujer que el príncipe anhela. El sacerdote vuelve a palacio y relata al monarca todo lo sucedido. Suddhodana desconfía y se pregunta, inquieto, si será sincera la joven que su súbdito ha elegido por la más idónea, ya que para él las mujeres suelen atribuirse cualidades que no poseen en realidad. Concibe entonces un plan para poder él observar directamente a Gopa Yasodhara, la hija del Sakia Dandapani.

Suddhodana organiza una fiesta durante la cual el príncipe Siddharta obsequiará con valiosas joyas a todas las jóvenes que asistan. Ante tan singular y ostentoso reclamo, son muchas las mujeres que acuden a la reunión del monarca. No hace falta decir que entre ellas se halla la bella Gopa Yasodhara. El príncipe, personalmente, va entregando una joya a cada mujer que pasa ante él, sin que ninguna de ellas despierte su atención. Por último le toca el turno a Gopa, pero sucede que a Siddharta no le queda ninguna joya.

—¿Por qué me desdeñas? —pregunta la joven.

—No te desdeño, pero has llegado la última —responde el príncipe.

Entonces, extrayendo de su dedo un valioso anillo, se lo entregó a la hija de Dandapani. Ella, quizá desconcertada, dijo:

—¿Puedo en verdad, príncipe, recibir este regalo de ti?

—Esta joya te pertenece —afirmó Siddharta—. Acéptala.

Y Yasodhara, sabiamente, replicó:

—No, nuestro deseo no es despojar al príncipe de sus adornos, sino llegar a ser un adorno para él.

El rey se siente satisfecho. Llama de nuevo al sacerdote y le ordena que se dirija a casa de Gopa y le pida a su padre la mano de la joven para el príncipe. El sacerdote obedece, pero cuál no será su sorpresa al observar que Dandapani se niega a conceder la mano de su hija, alegando que Siddharta no es del todo competente en las pruebas atléticas. Suddhodana siente una humillación estremecedora.

¿Cómo se atreve Dandapani a rechazar a su hijo? Pero Siddharta conserva la calma. Insta al monarca para que organice una competición atlética, cuyo premio para el absoluto vencedor no será otro que Gopa Yasodhara.

Alborotadas, acuden las gentes de Kapilavastu al recinto deportivo, en donde se celebrarán pruebas de lucha, esgrima y tiro al arco. Para merecerse a Gopa es necesario vencer en las tres pruebas. La emoción despertada entre los espectadores es enorme. Naturalmente, Suddhodana no está tan convencido de la victoria como el príncipe.

Dan comienzo las pruebas atléticas. Entre otros muchos adversarios, el príncipe tiene que enfrentarse con tres personajes que él hará célebres con su relación. Tales son: Devadatta, que le traicionará (en la vida de todo elegido aparece un traidor; exposición clara del dualismo entre el bien y el mal); Nanda, su hermano consanguíneo, y el inmortal y bondadoso Ananda, su primo y discípulo preferido (también por lo general todo elegido cuenta con su discípulo preferido). Como el lector ya habrá fácilmente intuido —o deducido—, Siddharta es el vencedor indiscutible de todas las pruebas celebradas. Por tanto, nada hay ya que obstaculice su boda con Gopa, que se llevará poco después a cabo, entre la fastuosa pomposidad con que solían revistirse los esponsales en el antiguo Oriente.

## 5. *El renunciamento*

Vivía Siddharta con su encantadora mujer, rodeado de bailarinas y sirvientes, sumido en un placentero y embriagador ocio, en un ambiente de tal ligereza, lujo y esplendor, que impide toda disquisición filosófica. Es, pues, probable que por ello el príncipe no se hubiese todavía enfrentado ante los eternos interrogantes que nos plantea el destino: ¿qué somos?, ¿por qué nacemos?, ¿por qué morimos?, etcétera, etcétera. Pero el feliz aletargamiento del joven Sakia se iba a disipar; es muy difícil poder mantener una continua ceguera ante los problemas existenciales. La ignorancia del futuro Buda sobre la lacerante miseria de la vida estaba alentada por su padre, Suddhodana, siempre temeroso de que su hijo abandonase el palacio y tratase de realizarse en la soledad hermética de los bosques.

En una de sus salidas, quiso el implacable destino que el príncipe se encontrase frente a un anciano de ochenta años, famélico, arrugado y marchito, consumido por la debilidad de los años, la mirada vidriosa, temblorosos los miembros y desdentadas las encías. ¡Qué enorme impresión para un hombre que jamás ha sabido de la caducidad de la vida, de la enfermedad, el dolor y una muerte inesquivable! Pero su desconcierto se acentúa considerablemente al ser consciente de que tal es el fin de todo individuo, de que nadie puede evadirse a tan lamentable suerte. Cabizbajo y pensativo, prácticamente horrorizado, retorna a su hogar; pero la patética escena no podrá borrarse de su memoria.

Tiempo después se repite un hecho similar. Siddharta tiene ocasión de contemplar a un hombre enfermo, atacado por la peste negra, macilento y sucio, hediondo y descansando entre sus propios excrementos. He aquí la enfermedad, la degradación del organismo, su inevitable decadencia. ¿Y quién está libre de enfermedad? Únicamente los dioses. La angustia atenaza al príncipe, que, sintiéndose desfallecer, no puede experimentar por más tiempo aquella horrible y desagradable visión. Así, pues, no todo es sencillo, no todo es alegría y jovialidad en la vida. Su despreocupación habitual desaparece; a fuerza de golpes su psique comienza a transformarse. Y esto todavía no es todo. Días o meses después, Siddharta tiene ocasión de ver un cortejo fúnebre. El cadáver aparece envuelto en un lienzo y las personas que lo acompañan lloran o se lamentan de modo tal que desgarran el corazón. El cuerpo del muerto se extinguirá entre las destructoras llamas, y después... después, ¿qué? Un descubrimiento terrible: el descubrimiento de que ese negro fantasma que es la muerte siempre vence sobre la vida.

Los ojos de Siddharta se han abierto. Han encontrado dolor, enfermedad, amargura, desolación y muerte. ¿Qué se puede hacer? La respuesta iba a ofrecérsela el encuentro fortuito con un mendicante, un bhikshu, cuyo rostro denotaba una serenidad infinita. Parecía increíble: un hombre tranquilo y saludable entre tanta tristeza y desasosiego. Sin duda alguna, aquél era el camino: renunciar. Renunciar al trono, a su mujer, al bienestar físico, incluso al hijo que acababa de tener, Rahula.

La grave decisión de Siddharta es irrevocable: abandonar el palacio. Va a dar lugar así la llamada Gran Partida, porque ella es el comienzo del ascenso espiritual del príncipe hacia la experiencia liberatoria. Una noche, mientras su esposa duerme, en el

más absoluto de los silencios, se prepara para la huida. Del príncipe de meses antes ya muy poco queda en realidad; nunca más cierto aquello de que la personalidad es como un río: siempre cambiante y en constante movimiento. Ahora su única preocupación se centra en hallar la luz para sus propias tinieblas y dudas interiores. Tchandaka, el fiel escudero, espera en el patio a su señor. El caballo está preparado. Quizá una última mirada del futuro Iluminado a todo aquello que voluntariamente deja: mujer, hijo, riquezas, comodidad, placeres... Todo sacrificado por encontrar una verdad trascendental. Más allá de las puertas del suntuoso palacio le esperan la privación, la desdicha, el dolor, las dificultades y las miserias, pero, sin ningún tipo de vacilación, Siddharta va a lanzarse sobre el volcánico remolino de la vida.

Con la ayuda de los dioses, el príncipe sale de palacio. Seguido de su escudero, galopa durante toda la noche, en dirección al suroeste de Kapilavastu. Nada más detenerse, sin dar ni una leve tregua a su natural fatiga, procede a despojarse de sus lujosas vestimentas y, seguidamente, se cubre el cuerpo con unos harapos. Después, se corta los cabellos, en inequívoca señal de que renuncia al mundo y sus placeres. Se ha convertido, pues, en un sanyasin (renunciante), en un bhikshu (monje mendicante), en un buscador de la Verdad. En tanto el caballo se arrodilla y lame sus pies, despide a su noble escudero.

Siddharta se dirige a Rajagriha, en el país de Magadha. En el lugar denominado Pico de los Buitres se pone en contacto con un grupo de ascetas de la secta Rudrakra Ramaputra, en donde se adiestra en las más diversas prácticas de ascesis, aprendiendo a regular el ritmo respiratorio, a ayunar prolongadamente, a permanecer mucho tiempo inmóvil y a controlar la energía pensante. Pero no encuentra allí lo

que exactamente está buscando y se aleja decepcionado. Después se coloca al servicio de un yogui-sankhya llamado Alaraka-Kalaya y se somete a despiadadas maceraciones, entrenándose en el control de los sentidos y de las emociones. Tampoco encuentra en esta ocasión la luz que quiere para su vida interior. Se inicia, seguidamente, con monjes brahmanes, pero no puede llegar a estar de acuerdo con el criticable egoísmo de los mismos e incluso les increpa: «Vosotros no os preocupáis de que los hombres lleguen a ser mejores.» Una vez más decepcionado, decide dejarles. A partir de ese momento comprendió que la Verdad estaba en sí mismo y que ahí debía buscarla, mediante el esfuerzo interior y la introspección.

En compañía de cinco monjes, dirige sus pasos hacia el distrito de Urubilda' (Behar meridional) y se instala cerca de la ciudad de Gaya, en un páramo silencioso y solitario, en donde podrá convertirse en laboratorio de sus propias experiencias anímicas. Durante seis años lucharía denodadamente por obtener la ansiada «liberación»; seis años de privaciones, soledad, aislamiento, tentaciones, angustia espiritual y mortificaciones. Abandonado de sus cinco acompañantes, Siddharta va a dar comienzo a una batalla contra sí mismo tan cruel como encomiable; día a día, incansable, se ejercita para conseguir la **realización**.

Sentado a la manera tradicional india, en la postura del loto (padmasana), comienza a luchar contra sus pensamientos, tratando de conseguir un pleno control sobre su dinámica pensante, llegando al absoluto aislamiento mental (pratyahara) y dando la sensación de que estaba muerto. Reduce sus alimentos hasta un extremo tal que su cuerpo se convierte en un conjunto de huesos sin carne, sus ojos se hundían y se tornan vidriosos, su respiración se

hace débil y extenuada y la debilidad inunda sus anquilosados miembros. El sol, implacable, va ennegreciendo y resecaando su cuerpo; la inmovilidad paraliza peligrosamente sus extremidades; los tábanos, mosquitos y demás insectos se alimentan de aquel organismo abandonado. Nunca hombre alguno fue capaz de mortificarse tan violentamente. Como un anciano tronco curtido por los siglos, en desértica soledad, a merced del sol, del viento y de las lluvias, permanecía, impertérrito, el que fuera el príncipe Siddharta, el que habría de ser Gautama Buda, el Sakia Muni, el Bienaventurado. Las noches seguían a los días y los días a las noches; así durante nada menos que seis años, sin que nada pudiera interrumpir el gigantesco, aunque invisible trabajo, que aquel hombre estaba realizando.

## 6. *La iluminación*

Las violentas mortificaciones no son por sí solas capaces de «despertar» a Siddharta. Comprende entonces que un tan brutal ascetismo es más bien espiritualmente perjudicial que beneficioso, por lo que decide suspenderlo. No obstante, se encuentra muy próximo a la definitiva iluminación. Sudjata, una fervorosa joven, le sirve un nutritivo pastel de arroz. Poco a poco el sanyasin se va recuperando.

Llega el día glorioso para Siddharta. Está suficientemente maduro para lograr la iluminación. Después de su baño en el Nairanjana, se aproxima al Arbol de la Ciencia, una higuera bajo la cual va a obtener una absoluta «realización». En señal de saludo, da siete vueltas en torno al Arbol de la Bodhi (Ciencia), acepta las ocho brazadas de heno verde que le ofrece un desconcertado segador y las dispone en un montón que le sirva como asiento; seguidamente, presintiendo que su agonía está pronta a finalizar, se sienta en la postura del loto y se dice: «Aunque se seque mi piel, aunque mi mano se marchite, aunque mis huesos se disuelvan, mientras no haya podido penetrar en la ciencia no me moveré de este sitio.» Está anocheciendo. Siddharta concentra su pensamiento. Está tan cerca del Nirvana que casi puede acariciarlo. Pero antes de penetrar en la extinción total deberá vencer al maligno y perverso Mara, el Lucifer tentador.

Mara, receloso, provoca un fuerte huracán; el viento y la lluvia golpean a Gautama, pero nada hay que



pueda hacerle salir de su profundo éxtasis. Entonces el Tentador le tienta con la Concupiscencia, la Inquietud y la Voluptuosidad, pero Siddharta no pierde su habitual serenidad.

Durante la primera vigilia Gautama tuvo conocimiento de todas sus anteriores existencias y pudo disipar las apariencias, la ilusión (maya). En el transcurso de la segunda vigilia, el meditante logró conocer intuitivamente la naturaleza del mundo y terminó de madurar, preparándose así para recibir una mayor iluminación en la tercera vigilia.

La tercera vigilia no le reporta a Gautama el conocimiento de las causas y sus efectos (no hay efecto sin causa; aboliendo toda causa puede eliminarse todo efecto) y le permite llegar al siguiente pensamiento: «¡En verdad qué miserable es este mundo! Un mundo que envejece y muere y luego renace para envejecer y morir otra vez. Indefinidamente. Pero la causa de esta vejez y de la muerte, ¿no es el nacimiento y el deseo del nacimiento?» Y por un análisis inductivo Siddharta llegó a la conclusión de que el origen de toda causa provocadora de otras causas generadoras de sufrimiento es la **ignorancia**. Comprendió, además, que el nacimiento es dolor y que el deseo es el que provoca el nacimiento (no olvidemos que Buda creía en la reencarnación). Por tanto, el ser humano debe disipar todo deseo, evitando así nuevos nacimientos y obteniendo la ausencia de dolor. La ecuación es más o menos la siguiente: la ignorancia produce el deseo, el deseo crea deméritos, los deméritos impulsan al nacimiento, el nacimiento es fuente de dolor. Y uno de los principales motivos de sufrimiento en la vida —con ser muchos— es la inestabilidad absoluta de las cosas y su carácter efímero.

Al despertar del día también se despertaba definitivamente la conciencia de Siddharta, desde ahora

Buda. Después de siete años de implacable búsqueda en todas partes y sobre todo en sí mismo, había encontrado la iluminación definitiva. Durante varias semanas el corazón inundado por una infinita dicha, Buda permaneció en una especie de reconfortante éxtasis. Más tarde, pasado este período de inefable beatitud, una densa duda se alojó en la mente del Sakia Muni: ¿Debo predicar la verdad que he aprehendido? ¿Acaso será el hombre capaz de comprender esta verdad? Sin embargo, tenía una importante misión que cumplir en esa su última existencia y su amor a la Humanidad disolvió toda duda. Sabía que hay una categoría de hombres, los que están indecisos entre el bien y el mal, la sabiduría y la ignorancia, a los que él debía extraer de tan caótica situación.

Buda va a dar comienzo a su vida pública, que habrá de extenderse nada menos que cuarenta y tantos años. Lo primero que hizo fue dirigirse a Benarés y buscar a los cinco monjes que le habían abandonado. Una vez ante ellos, dijo: «Abrid los oídos, monjes. El camino está hallado. Escuchadme.» Y dio comienzo al celeberrimo sermón de Benarés, en el que expuso las cuatro verdades básicas de la Buena Doctrina:

«¡Oh, monjes!, aprended que toda existencia no es más que dolor; el nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor; la unión con aquello que no se ama es dolor; la separación de aquello a lo que se ama es dolor; en fin, toda nuestra estructura es dolor. El origen de este dolor universal es la sed que impulsa de renacimientos en renacimientos, la sed de placeres, de vida, de poderío, incluso de muerte. Para la abolición del dolor es necesaria la extinción de la sed mediante el aniquilamiento del deseo. ¿Cuál es, oh monjes, ese camino del Medio que el Tathagata ha encontrado,

que abre los ojos del espíritu, que lleva al reposo, a la sabiduría, a la iluminación, al Nirvana?

»Aprended, primeramente, que se halla justamente entre el ascetismo y la vida mundana. Sabed que es un camino de ocho ramas que conduce a la supresión del dolor: fe pura, resolución pura, lenguaje puro, acciones puras, vida pura, aplicación pura, memoria pura, meditación pura.

»He aquí, oh monjes, la verdad santa sobre el dolor.

»He aquí, oh monjes, la verdad santa sobre la abolición del dolor.

»He aquí, oh monjes, la verdad santa sobre el camino que conduce a la abolición del dolor.

»He aquí, oh monjes, la verdad santa sobre las ocho actividades puras.»

Sorprendidos por la sabiduría que encerraban las palabras del Maestro, los cinco monjes le escucharon atentamente y tomaron contacto con la verdad. Habían tenido la enorme fortuna de ser los primeros iniciados del Bienaventurado.

A continuación, el Sakia Muni, sirviéndose de su bastón, trazó en el suelo el Dharmasakrapra-Vastana, o rueda de la existencia, en donde están representados los dioses, los hombres, los animales y los seres infernales.

A partir de este momento comienza el largo peregrinar de Buda a fin de extender la doctrina. Las conversiones se suceden con asiduidad: en Benarés, Urubilva, Radjagriha... Únicamente los brahmanes se muestran como abiertos y hostiles enemigos, ya que el Bienaventurado asegura que no son necesarios los intermediarios entre el hombre y Dios. Pero el prestigio del Insondable crece como la espuma. Dos importantes discípulos vienen a enriquecer su

grupo de seguidores; se trata de Sariputra y de Maudgalyayana, nacidos en el seno de familias brahmánicas, y que habrían de abandonar este mundo antes que su Maestro. Cuenta también Buda con el incondicional apoyo de algunos soberanos, tales como Bimbisasa, rey de Magadha, y Prasenajit, rey de Kosala.

Las conversiones eran cada vez más numerosas. Un hombre iluminado, convencido de una verdad que predicar, sabía pulsar las fibras espirituales de sus semejantes y someterles ante la doctrina. Tal sucede con frecuencia cuando un ser humano está por completo persuadido de su mensaje, y no cabe duda de que Buda, el Bhagavat (Bienaventurado), el Arahat (Digno), lo estaba.

Transcurren los años. No se sabe tanto como sería de desear sobre la vida del Tathagata en este largo período de conversiones: viajes, predicaciones, dirección de la orden... Hay algo indiscutible: Buda era un excelente predicador y sus palabras no se desplomaban en el vacío. Por otra parte, ese fabuloso país de contrastes marcadísimos que es la India, sabe recibir con tolerancia, incluso con entusiasmo, a los renunciantes o iniciados. Si además nos percatamos de que Buda no era un iniciado corriente, de que su filosofía era más que todo una forma de vida y de que sus palabras encerraban una innegable verdad trascendental y existencial, no nos será difícil comprender el porqué de su sólido éxito.

Es tal el renombre de Buda, su fama, su prestigio y clamorosa celebridad, que los Sakias también arden en deseos de tenerle entre ellos, por lo que le suplican a Suddhodana que le invite a visitarlos. Así lo hace el soberano. Buda acepta y, después de tantos años, dirige sus pasos hacia Kapilavastu, que queda a muchas jornadas de distancia.

Tras un viaje carente de hechos importantes que destacar, llega Buda a Kapilavastu y, como es na-

tural, visita a su padre, quien se lamenta de lo mucho que su hijo perdió al abandonar el palacio. Pero el Sakia-Muni supera todas las dificultades existentes para llegar al corazón de su padre y hacerle comprender que no podía haber recorrido otro camino que aquél. Después, el Iluminado visita a su esposa y convierte a Rahula, su hijo. Seguidamente todo se desenvuelve como era de esperar: las conversiones se multiplican y son muchos los jóvenes Sakias que rasuran sus cabellos y pasan a formar parte de la orden.

¿Cuánto tiempo permaneció Buda en Kapilavastu? No aventuremos datos. Digamos solamente que de allí partió a Sravati y que en tal localidad le fue obsequiado un hermosísimo parque, en donde desde entonces habría de pasar la estación de las lluvias del monzón (de junio a septiembre), por no ser ésta apta para la predicación al aire libre.

Está escrito: Buda pasará a la posteridad y su sistema será observado por millones de fieles. Un triunfo realmente prodigioso... casi un milagro.

## 7. *El parinirvana*

Corría el año 476 antes de nuestra era. El fin está próximo para el Gran Iluminado de la India, y tal fin representa no la muerte, sino la extinción total, la plena libertad, el parinirvana. Buda había dicho: «Ninguna falta puede ser compensada. El hombre nace solo, vive solo, muere solo. Y es él solo quien se abre el camino que puede conducirle al Nirvana, al maravilloso reino del No-Ser, del No-ser-más.» Para él muerte y vida eran lo mismo en realidad; ¿acaso había algo entonces que pudiera preocuparle?

Se dirigía el Bienaventurado a Kusinagara, capital del estado de Malla, cuando a escasa distancia de la ciudad de Vaisali sufrió un ataque de disentería. Contaba entonces el Tathagata con ochenta años y aún cuando su salud había sido hasta entonces envidiable, este repentino trastorno orgánico iba a poner punto final a su última existencia sobre la tierra.

Ligeramente repuesto, en absoluto curado, Buda continúa su viaje. Llega a Pava y allí, acompañado de sus discípulos, es invitado a comer por un herrero llamado Tchunda. La comida que ofrece el anfitrión es tan succulenta como nociva: picadillo de cerdo. Otras versiones aseguran que el alimento mortal fue carne de jabalí, y algunas, trufas o setas envenenadas. Sin embargo, el alimento en sí no importa. Lo cierto es que el Gautama se está debilitando peligrosamente. Empero, el viaje continúa, aunque por poco tiempo. A mitad de distancia entre Pava y la capital del estado de Malla flaquean las

piernas del Bienaventurado, que se ve obligado a descansar. Tiempo después prosigue su camino, y a muy duras penas consigue llegar a Kusinagara. Allí su fiel discípulo Ananda prepara con todo cariño el lecho del Maestro, que, una vez recostado, dice:

«Maitreya, el próximo Buda que venga a la tierra dentro de millares de años para perfeccionar mi obra tendrá también su Ananda.»

Pero ni las cariñosas palabras del Maestro ni su infinita serenidad pueden atenuar la profunda tristeza de Ananda. Entonces Buda se expresó así:

«Basta, Ananda; deja de estar triste y de llorar. ¿Acaso no te he advertido de que aquí abajo es necesario separarse de todo lo que se ama? ¿Cómo admitir que lo que ha nacido no muera? Es algo totalmente imposible. Hace ya tiempo, Ananda, que en actos, en palabras y en pensamientos has resultado para el Predestinado el más útil y amado de los servidores. Has adquirido grandes méritos; un esfuerzo más y alcanzarás la santidad.»

Tras impartir después algunos trascendentales consejos a su predilecto discípulo, Buda congregó a sus discípulos y les habló de esta forma:

«No existe en todos los universos, visibles o invisibles, más que una sola y misma potencia, sin comienzo, sin fin, sin otra ley que la suya, sin predilección, sin odio. Ella mata y ella salva sin otro objeto que el de realizar el destino. La muerte y el dolor son las lanzaderas de su telar; al amor y la vida son sus hilos.

»Pero no intentéis medir lo inconmensurable con palabras, ni tampoco hundir la cuerda del pensamiento en lo impenetrable: el que interroga se equivoca, el que responde se equivoca.

»No esperéis nada de los dioses despiadados, sometidos ellos mismos a la ley del Karma, que nacen,

envejecen y mueren para renacer, y no han conseguido superar su propio dolor. Esperadlo todo de vosotros mismos. No olvidéis que cada hombre crea su prisión, que igualmente cada hombre puede obtener un poder superior al del mismo Indra.»

Después, prácticamente agonizante, el Tathagata se extendió sobre los principios básicos de la doctrina y sobre los diversos preceptos de la orden. Por último, con aliento entrecortado, dijo:

«Mirad el cuerpo de Tathagata. Todo lo que es compuesto está fatalmente destinado a la destrucción. No abandonéis vuestros esfuerzos.»

Tras sus últimas palabras, Buda se perdió en las tinieblas de la muerte. Fue todo tan natural y tan sencillo que más bien parecía haber entrado en un reconfortante sueño. Y, sin embargo, era todo lo contrario: había despertado para siempre, para una inconcebible eternidad.



## 8. Buda

Buda pertenece al tipo puro de hombre-renunciante, hombre-redentor del Sí-Mismo. A esa edad en la que comienza a madurarse y, no obstante, se conserva un rico y poderoso caudal de jóvenes energías, Siddharta descubre, horrorizado, que la vida no es únicamente bienestar y alegría, sino más bien un pozo lacerante en donde se confunden el odio, la miseria, el sufrimiento, la muerte, la enfermedad y la vejez. La angustia domina sus emociones, sus sentimientos, todo su ser en sí. Pero dentro de esa profunda angustia, al borde de la desesperación, su mente busca una salida, una ventana abierta al no-dolor. Inmerso en el ambiente y en la mentalidad india, en donde el renunciante está a la orden del día y en donde impera vigorosamente la idea de que la «realización» es tan sólo posible lejos del hogar, en la soledad del bosque o del desierto, Buda opta por esta vía de salvación. Comprende —porque su doctrina demuestra que era un hombre realmente inteligente— que el camino hacia el no-dolor es prácticamente inextricable y muy difícil, pero también comprende que la superación del sufrimiento que comporta la existencia compensa con creces las dificultades que encierra tal decisión. Con una sorprendente fuerza de voluntad abandona todos los placeres humanos para consagrarse a la ardua tarea de trascender en su totalidad los males que ha tenido ocasión de observar.

Buda no acepta la existencia como tal; en este sentido es un rebelde indiscutible. No acepta el do-

lor ni la miseria, los condicionamientos ni las propias limitaciones. Con audacia insuperable, Siddharta pretende extinguir las apetencias de su yo. Se somete, persiguiendo la consecución de este fin, a despiadadas maceraciones y prácticas de ascesis. No ha de regatear ningún esfuerzo para llevar a buen término la tarea propuesta. Castiga con crueldad y violencia su organismo físico, controla sus pensamientos, reprime sus emociones, transforma sus reacciones anímicas, se somete a una severa disciplina, capaz de originar una amplia y trascendental metamorfosis en su naturaleza psíquica. Progresivamente va alertando su consciencia y haciendo aflorar la que será su enseñanza. Descubre que el yo es ilusorio, en cuanto que es mutable e inestable, pero su descubrimiento va más lejos todavía: la inestabilidad alcanza a toda la vida en sí; todo es efímero y se disfraza con ilusorias apariencias. Son la ignorancia y el deseo los hostiles espectros que mantienen al hombre en la ilusión (maya) y le impiden la toma de contacto con la realidad y la verdad. Hay que anular todo deseo, incluso el deseo de comunión con la divinidad. El desapego esclarecerá la mente y el hombre podrá redimir su sí-mismo; valga decir, penetrar en el Nirvana. Para ello, sin contemplaciones de ningún género, hay que arrasar la propia personalidad, que es también un producto de la ilusión.

Los deseos vienen provocados por los sentidos. De ahí que Buda sea consciente de que hay que ejercer un implacable control sobre los sentidos, que son graves obstaculizadores. Únicamente en el ser original de uno mismo, tras haber superado todas las limitaciones, puede encontrarse la verdad trascendental. Tras un asombroso proceso de regresión a ese ser original que es él mismo, consigue Buda la iluminación, bajo el legendario Arbol de la Ciencia. Cesan entonces en él todos los hábitos, impulsos e inclinaciones de cualquier tipo, así como todo reflejo

instintivo. Permanece libre de toda ansia de poderío, porque teniéndose a sí mismo, ¿que más podría desear?

Destruído el dolor mediante esta desconcertante psicoterapia, Buda se encuentra en una muy difícil alternativa: ¿Debe o no ayudar a los demás? Sabe que existen tres categorías de humanos: los que están totalmente sumidos en el error (son como ciegos sin posibilidades de ver), los que han alcanzado la propia realización (nada hay ya que hacer en favor de ellos), y los que se encuentran vacilantes entre el error y la realidad. Por estos últimos Buda sí puede hacer mucho en verdad. Y generoso, sabiendo que lo importante no es ser uno-consigo-mismo, sino uno-con-el-Mundo, se decide a predicar su enseñanza. Durante cerca de cincuenta años viajará por los más recónditos lugares de la India, prestando su ayuda a aquellos que como él sienten en su propia carne el sufrimiento de la existencia, a aquellos que se debaten en un mundo de luz y de tinieblas, a aquellos que necesitan aferrarse a una potente mano que les libere definitivamente de su condición de hombres no liberados.

## 9. *La doctrina de Buda*

Analizar detalladamente la doctrina budista comportaría cuando menos todo un volumen, por lo que vamos a limitarnos tan sólo a una exposición sucinta de sus más elementales principios, teniendo siempre en cuenta que la doctrina original es más una forma de vida que una religión. Muy acertadamente, el Bhikshu U Thittila ha explicado: «La enseñanza de Buda no es una religión, sino una manera de vivir práctica.»

### **Principios básicos:**

1. La doctrina de la negación del yo: El yo carece de consistencia real y de estabilidad; es un producto de la ilusión (maya).
2. La doctrina de la universalidad del sufrimiento: La vida es dolor. Tal dolor está provocado por la ignorancia, el deseo y la ilusión.
3. La doctrina del karma: El karma (ley de causalidad) origina la sucesión de continuas existencias. Es necesario agotar el karma, evitar los deméritos para alcanzar la iluminación en vida y no renacer de nuevo, con lo que queda eliminado todo sufrimiento.
4. La doctrina de la inestabilidad: No existe nada estable. Todo permanece en constante cambio.
5. La doctrina de la divinidad del hombre: Todo hombre es un buda en potencia.

**Las cuatro verdades nobles:**

1. La verdad de la existencia del sufrimiento.
2. La verdad de que la ignorancia es la causa del sufrimiento.
3. La verdad de que existe la posibilidad de anular el sufrimiento.
4. La verdad de que hay un camino a seguir para eliminar el sufrimiento.

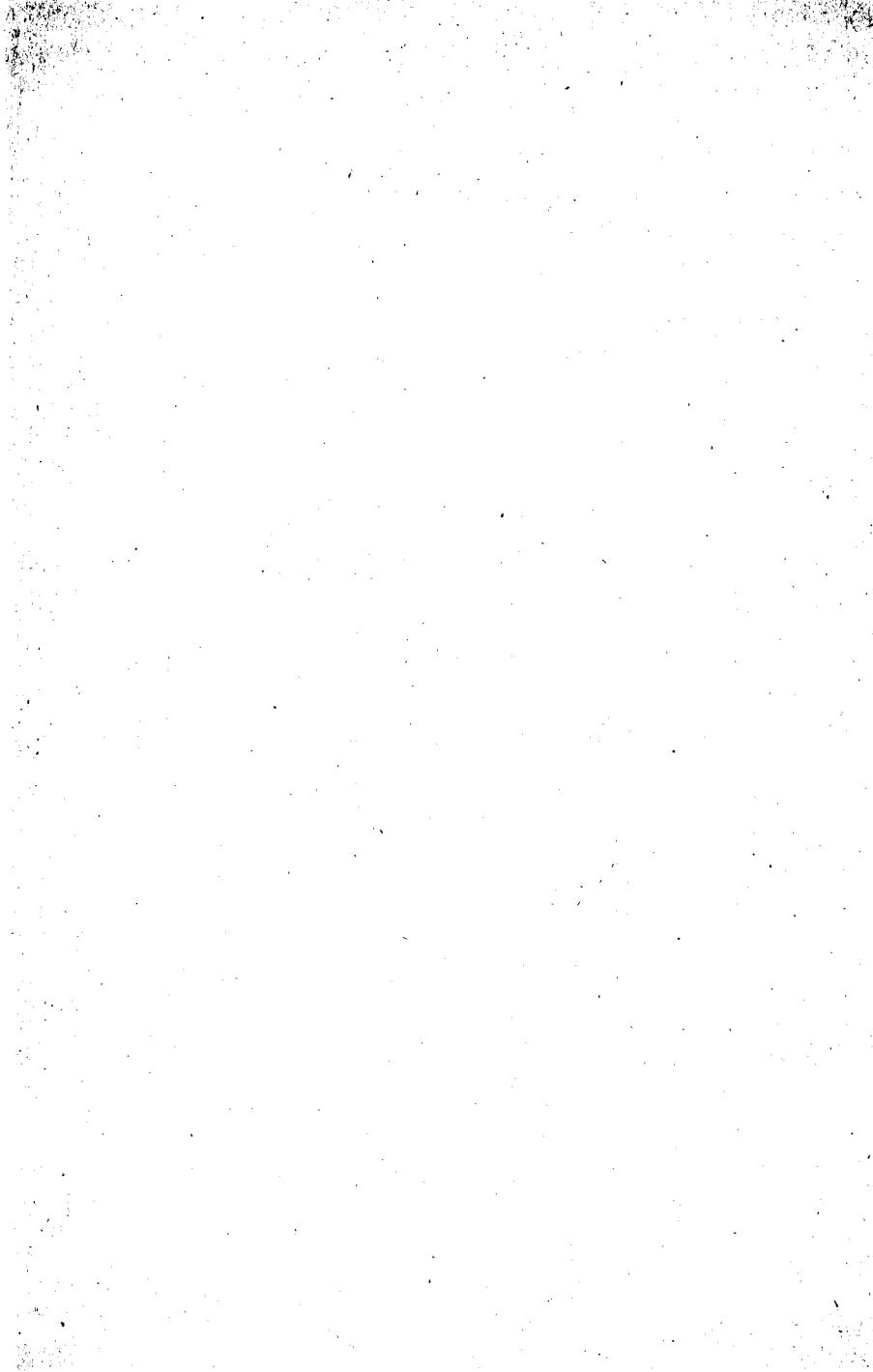
**Las ocho normas que conducen a la supresión del dolor:**

- Fe pura.
- Resolución pura.
- Lenguaje puro.
- Acciones puras.
- Vida pura.
- Aplicación pura.
- Memoria pura.
- Meditación pura.

**El Nirvana.**—La iluminación o realización budista recibe el nombre de Nirvana, y representa la meta última de la ascensión espiritual. Sin embargo, la noción del Nirvana ha sido discutida durante siglos, habiéndose llegado a muy contradictorias conclusiones. Empero, no es imposible comprender por qué se define y lo que representa el estado nirvánico.

La carencia de combustible origina la extinción de la llama. De igual forma, la carencia de deseo y de ignorancia provocan una **extinción**; extinción del Karma y, por tanto, de nuevos nacimientos y muertes.

Nirvana significa «extinción». Representa un estado de total desapego en donde, por supuesto, todo deseo es trascendido. Comporta, además del conocimiento de la Verdad Suprema, la plenitud de la energía búdica existente en el ser humano, la trascendencia del oprimente pensamiento conceptual, el cese de las fluctuaciones mentales, el dominio absoluto sobre las emociones, la disolución de los contrarios, la identificación sujeto-objeto y la consecución de un estado de plena serenidad. El Nirvana es la nada, pero una nada en donde hay total consciencia de esa nada. Libre de toda atadura, el hombre se realiza a sí mismo; mejor dicho, ya está realizado.



II

---

**CONFUCIO:  
El Gran Maestro de China**





## 1. *El Señor de la Gran Sabiduría*

*"He aquí que el Ta'i Chan se derrumba;  
que el gran árbol va a ser destruido.  
¡Y el sabio se va como una planta marchita!"*

Tales palabras entonaba Confucio en el correr del 479 a. de C., una suave mañana, al despuntar el día, frente a la puerta de su estancia. Viéndole, como estaba, animoso y saludable, nadie hubiera podido augurar que siete días después, en la cuarta luna, a los setenta y tres años de edad, el Gran Maestro de China abandonaría este mundo para siempre. Era el día de Ki-ch'eu, que hacía el undécimo del mes cuarto del decimosexto año del reinado del duque de Ngai. Elevados templos en su memoria, festejados sus escritos por millones de personas, distinguido con el título de Duque por la dinastía Han y con el de Príncipe por la dinastía Tang, conmemorado en el lugar más apartado de su patria, el Señor de la Gran Sabiduría supo vivir íntimamente de acuerdo a sus principios y enseñanzas, fue humilde en la instrucción de su doctrina y puede decirse que se ganó el respeto y la amistad de la gran mayoría de aquellos que le conocieron. No fue un filósofo genial, como Buda, ni un ser incansablemente persuasivo, como Mahoma, pero con justicia se mereció como nadie la oración fúnebre que el duque Ngai pronunció en su memoria:

«El cielo no me ha dejado al venerable hombre. No queda nadie que me pueda ayudar. ¡Ay de mí! ¡Qué desgracia la mía! ¡Oh, venerable Ni!»

## 2. *La morera hueca*

Confucio (K'ung-fu-tsu), descendiente de los reyes Chang, vino al mundo en Tseu, aldea del principado de Lu, distrito de Shantung, en la China del Nordeste, allá por el día del «segundo ratón» del décimo mes del año veintiuno, bajo el duque Hsiang de Lu; es decir, el 27 de agosto del 551 a. de C. Era, por tanto, contemporáneo de Nabucodonosor, Buda y Pitágoras.

Rodeado de poderosos Estados que combatían por su hegemonía, era Lu un reducido principado fundado por el duque de Cheu. Entre los encantos del lugar merece destacarse sin duda alguna la montaña sagrada llamada T'ai Shan, cubierta de verdes y frondosos bosques y recordada nostálgicamente por Confucio poco antes de su muerte.

Llamábase el padre de Confucio Shu Liang-ho, y era hijo de Po-hia y nieto de K'ong Fan-chu, gobernador de Seu. Se casó en primer lugar con una mujer perteneciente a la familia Che, que le entregó nueve hijas, y muchos años después, cuando contaba seguramente con más de setenta, se desposó en segundas nupcias con una joven de quince años de la familia Yen. Anteriormente, Shu Liang-ho había tenido un hijo con una concubina, pero como éste fuera deforme, se vio obligado a casarse de nuevo, a fin de asegurar la continuidad del culto a los antepasados.

Cheng-tsai —así se llamaba la segunda esposa de Shu Liang-ho— era la más joven de tres hermanas

y se casó con el venerable anciano para así satisfacer los deseos de su padre. La hermosa muchacha, amante de la maternidad y temerosa de no poder tener un hijo debido a la avanzada edad de su esposo, se dirigió secretamente y plena de fervor al monte Ni-ch'iu, a orar en el templo que allí se levantaba. Se dice que al paso de su peregrinar, las ramas se postraban reverentemente a los pies de la joven creyente.

Tras orar esperanzadamente, Cheng-tsai concilió un profundo sueño y soñó con el Señor Negro (Señor de las Aguas), quien habló así:

—Daréis a luz un niño, un sabio, que depositaréis en una morera hueca.

La rogativa de Cheng-tsai surtió el efecto deseado: había sido embarazada y se repetía así, una vez más en la elocuente historia de los hombres-dioses o los hombres-elegidos, la concepción sin pérdida de la virginidad.

La futura madre era enormemente feliz. Un día, inesperadamente, se sumió en estado de inconsciencia y tuvo una curiosa visión. Se trataba de cinco ancianos que, similares a las esencias de los cinco planetas, portaban junto a ellos un extraño animal de un cuerno que, sumiso, se arrodilló frente a ella y soltó por su amplia boca una pieza de jade. En dicha pieza aparecían inscritas las siguientes palabras:

«Un niño nacido de la esencia del agua sucederá, como rey sin corona, a la dinastía decadente de los Cheu.»

La joven embarazada colocó una cinta bordada alrededor del cuerno del animal. Poco después Cheng-tsai volvía en sí y permanecía perpleja ante su peculiar visión, por lo que le relató el sueño a su esposo, quien se limitó a decir:

—Debe ser el unicornio.

Pasaron los días y los meses, y Cheng-tsai recordó las palabras que el Señor Negro había pronunciado. ¿Dónde estará «la morera hueca»? ¿Qué será? Faltando poco tiempo para el alumbramiento, la joven pidió información al respecto. Su marido le comunicó que sabía de la existencia de una cueva denominada así, y le indicó su ubicación. Cheng-tsai sentenció con firmeza:

—Acudiré a encerrarme en ella.

Shu liang-ho se quedó sumamente asombrado. Entonces su mujer, comprensiva como era, le explicó todo lo que había sucedido y reseñó las palabras del Señor de las Aguas. El anciano accedió al proyecto de su mujer de buena gana.

Cheng-tsai comenzó a prepararse; el parto estaba próximo. Una mañana se retiró a la cueva llamada «morera hueca» y esperó. Cuando acaeció el alumbramiento, la colina en la que se hallaba la cueva estaba resguardada por dos enormes dragones, que velaban por la seguridad de la parturienta. Al nacer el niño una fuente manó tibia agua transparente para limpiar su cuerpo y dos espíritus femeninos rociaron de sublimes perfumes el ambiente. En tanto una suave y melódica música se mezclaba con el aire, una voz nítida se hizo escuchar:

«Conmovido por vuestros ruegos, el cielo os ha entregado un hijo santo.»

Había nacido, pues, K'ung-fu-tsu, nombre que sería latinizado por los jesuitas en Confucio. Se asegura que era un niño muy hermoso y sonrosado, y he ahí lo que de bueno hay en toda leyenda: que al falsear suele embellecer lo cotidiano. El caso es que, como quiera que fuere, Confucio nació en el seno de una familia eminentemente noble y de gran

antigüedad, aunque muy venida a menos con el transcurso de los azarosos tiempos.

Aun cuando en dicho momento nadie pudiera ni siquiera lejanamente sospecharlo, acaba de enriquecerse la población china con un nuevo ser humano, cuyo recuerdo, más adelante, habría de permanecer immaculado por los siglos de los siglos. Sobre Confucio se han escrito millares de páginas y prácticamente todo se ha dicho ya de él. Interesa, no obstante, poder captar fielmente su carácter y personalidad, pues de esa forma nos resultará mucho más fácil aprehender su doctrina.

### 3. *En busca de la madurez*

Cuando Confucio perdió a su padre contaba solamente con tres años de edad. Seguramente era un niño como tantos otros, si bien se ha asegurado que desde su más tierna infancia se mostró amante de toda práctica ritual. Cheng-tsai, que entonces tenía dieciocho años, tuvo que encargarse activamente del cuidado de su hijo. Sus medios eran escasos, puesto que lo que percibían las viudas de los funcionarios sin fortuna era bien poco en realidad. Tal como posteriormente reseñaría en sus Diálogos, el niño hubo de compartir determinados trabajos manuales con su madre. Gustaba de la caza y de la pesca, y acostumbraba a jugar en los alrededores de su casa con los niños de su edad. Los objetos empleados para las ceremonias y los ritos tenían gran encanto para él y despertaban su infantil curiosidad.

Acababa de cumplir el niño siete años cuando su madre le envió a la escuela en la que daba instrucción Yen-Ping-Chung, si bien tales hechos no están suficientemente demostrados. El caso es que Confucio, quien siempre dio pruebas de una excelente capacidad mental, profundizó en las diversas ramas del saber: etiqueta, prácticas ceremoniales, aritmética, música, etc. Que la enseñanza le fuera impartida años antes o después, es un detalle que carece de importancia. Lo cierto es que mucho más tarde el Maestro diría:

«A los quince años estudiaba; a los treinta esta-

ba completamente formado; a los cuarenta ya no dudaba; a los sesenta comprendía lo que oía, y a los setenta, siguiendo las inclinaciones de mi corazón, no transgredía las reglas.»

Aparte de las materias mencionadas, es probable que Confucio también se adiestrase en el tiro al arco, la conducción del carro, la danza y la caligrafía. En verdad todo lo que se diga en torno a sus maestros son puras hipótesis, pues no existe un conocimiento ni aproximado de los mismos. En cambio, por generalización, sí se puede precisar la instrucción recibida por el joven. Se ponía especial atención en las llamadas tres virtudes cardinales: fidelidad al príncipe, al maestro y al padre.

Como era habitual, una vez Confucio hubiese acabado sus estudios, le fue impuesto el birrete viril, en medio de una pomposa ceremonia a la que asistían familiares y amigos. Previamente, quien así iba a ser distinguido, se dejaba crecer la trenza. En el oficio público una sonora voz rasgaba el aire:

—En este excelente día, en este fausto día, se pone el birrete en vuestra cabeza. Que sean desterrados vuestros sentimientos de niño; actuad conforme a vuestra virtud de hombre formado; que vuestra vejez sea feliz; que sea acrecida vuestra resplandeciente felicidad.

La emoción embargaba a los así «coronados»; los corazones latían de prisa y la sonrisa se dibujaba en los labios temblorosos. No hay que olvidar que el espíritu chino ha vibrado íntimamente con todo tipo de ceremonial. Y aquella, sin ningún género de dudas, era una ceremonia importante, que consistía en reconocer en público el paso de niño a hombre.

Tras la imposición del birrete se procedía a poner el sobrenombre (nombre de adulto). El de Con-



fucio fue Chu Ni, es decir, Ni el segundón, para así diferenciarlo de su hermanastro, Ni el primogénito. Antes de gozar de su sobrenombre, el joven Confucio hubo de escuchar:

«Los ritos y las ceremonias han finalizado. En este favorable mes, en este fausto día, yo proclamo vuestro sobrenombre. Este sobrenombre es perfectamente favorable; a un patricio que lleva su moño es un nombre que le conviene; os conviene a vos, que habéis alcanzado la edad de hombre; recibidle y conservadle para siempre.

Habían quedado atrás los juegos infantiles y alborozados alrededor de la modesta casa familiar. Confucio había sido reconocido públicamente un hombre, un ser responsable y maduro. Se casaría a la edad de diecinueve años, pero se supone que antes hubo de viajar al Chow-oriental. También se dice que con facilidad sorprendente aprendió a tocar el laúd con el músico Hsiang, que, asombrado por la maestría de su discípulo, un día se inclinó ante él en señal de reverencia.

El Chow oriental estaba situado en la provincia de Honan. Al parecer fue allí en donde aprendió a tocar el laúd con el maestro Hsiang. Llegó a esta población sirviéndose de un coche de dos caballos que le fue prestado por el príncipe de Lu. Una de las primeras cosas que hizo el joven en Chow fue acudir presuroso a visitar el templo levantado en honor de Hou-chi, ministro de Agricultura durante la época de Shun. Allí tuvo ocasión de contemplar una estatua de bronce que tenía la boca precintada con tres sellos y que dejaba leer las siguientes palabras:

«No hables mucho; muchas palabras, muchas tonterías.»

«Nunca digas que esto o aquello es malo. La desgracia puede mucho.»

«Que todos se prevengan a tiempo, porque la previsión es la fuente de la felicidad. La despreocupación es, en cambio, la puerta de las calamidades.»

«El violento no puede morir en paz.»

«Los ambiciosos encuentran, a veces, rivales dignos de su ambición.»

Ante tan admirable inscripción, Confucio se sintió encantado. Era como si aquellas palabras hubiesen sido escritas por él, que hablaba poco, no solía lamentarse, era precavido, pacífico y poco ambicioso. No pudo por menos que dar su sincera aprobación y sonreír feliz.

#### 4. *Felicidad y dolor*

Confucio se casó a los diecinueve años. Lo hizo con una joven de la familia de Chien-kuan, del principado de Song. El matrimonio era feliz y esta felicidad aumentó con la llegada de un varón, al que se le llamó Li y más adelante se le pondría el sobrenombre de Peh-Yu. Li significa carpa, y Confucio dio este nombre a su hijo para honrar al duque de Chu, que le había regalado una carpa para festejar su paternidad. Este aparentemente insignificante detalle demuestra que a pesar de la escasez de medios propia de Confucio, era, no obstante, considerado grandemente por la nobleza.

Poco después de ser padre, Confucio fue nombrado intendente de los graneros públicos, cargo modesto que le sirvió al menos para resolver sus vicisitudes económicas. Posteriormente, se le distinguía como vigilante de los postes que servían para que fuesen atados los carneros y los bueyes de sacrificio. En tal ocasión se pronunció así:

—Yo cuido de que mis rentas sean exactas; eso es todo. Cuido de que los bueyes y los carneros estén gordos y vigorosos y crezcan. Sería una tontería hablar de cosas elevadas en una situación humilde.

Confucio desempeñó su cargo con una admirable perfección. Era un hombre calculador y justo, que siempre sabía permanecer en el plano que le correspondía.

Aproximadamente por aquel entonces, un importante ministro de Lu, llamado Yangh-ho, se empeñó en mantener una entrevista con Confucio, pero éste repetidamente declinó tal privilegio. El ministro, ante la tenaz negativa del joven, le envió como obsequio un lechón asado. Los preceptos de la etiqueta indicaban que el funcionario inferior debe visitar al superior cuando éste se sirve regalarle algo. Confucio, que en tal sentido era de una rigidez asfixiante, acudió a visitar a Yang-Ho. La entrevista fue desagradable. El ministro, fatuo y vanidoso, acusó acremente al joven de estar anticuado en todas sus ideas y expresarse como un demente. La reacción de Confucio fue desconcertante: esbozó una imprecisa sonrisa y guardó silencio.

Iba por fin Confucio a iniciar en la vida aquella que fuera su más cara ilusión: la enseñanza. Corría el 530 a. de C. y pedía de sus alumnos interés y un mínimo de inteligencia:

—Yo no puedo hacer comprender a aquel que no se esfuerza con todo su corazón en comprender. Yo no puedo enseñar a hablar a aquel que no se esfuerza en hablar. Si yo le he descubierto un rincón del problema y él no vislumbra los otros tres, renuncio a enseñarle.

Podían acudir a su escuela toda suerte de alumnos; exigía de ellos lo que quisiesen entregarle voluntariamente según sus medios económicos.

—Siempre que alguien ha acudido espontáneamente a mi escuela, trayéndome los presentes de costumbre, aunque no fueran más que diez rebanadas de carne seca, yo no me he negado a instruirle.

Quienes han querido ver en aquella escuela de Confucio una escuela filosófica o esotérica están ampliamente equivocados. Era en realidad una escuela normal, acorde a la enseñanza oficial. Ni siquiera

puede decirse que Confucio fuera un maestro genial o un creador, en absoluto. El mismo decía: «Yo transmito, y no innovo.» Los muchachos aprendían historia, música, caligrafía, poesía, ceremonial, etc. Confucio se mostraba con suavidad, aunque siempre se hacía respetar. A sus veintidós años ya se tomaba muy en serio la enseñanza. Sereno, preciso en sus palabras y en sus gestos, hasta cierto punto afectuoso, el joven maestro contaba cada vez con un grupo más numeroso de discípulos. Era entonces dichoso, pero esa dicha que inundaba su ser habría de tornarse al poco tiempo en amargura. Su madre iba a morir en el 528 a. de C.; un duro revés del destino al que, por lo general, todo ser humano está fatalmente condenado.

Como ya sabemos, el padre de Confucio murió cuando éste tenía tres años de edad. El ataúd se colocó con carácter temporal sobre el camino de Wu-Fu. Una anciana llamada Wan-gu le dio a conocer esta noticia a Confucio, quien se sintió muy complacido por ella, ya que su deseo era enterrar juntos a sus padres. Enterró juntos a su madre y a su padre y les entregó eterno y sereno reposo en el Monte Fang. Hizo después algo desusual: elevar un túmulo de cuatro pies de altura. Quisieron los dioses que una cruda tormenta echase por tierra el amado túmulo, y el joven vio en tal signo un castigo divino. Las lágrimas afloraron a sus ojos: el dolor era enorme.

—¡Oh! —se lamentó— ¡No hacían así en la antigüedad! En los tiempos antiguos no se elevaban túmulos sobre la tumba. Pero yo soy un hombre que pertenece al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, y tengo necesidad de algo que mantenga su recuerdo.

Aquel lugar en donde dos cuerpos fueron enterrados juntos, en estrecha compañía, tomó desde entonces el significativo nombre de «La Floresta de los Padres del Sabio».

## 5. *“Hoy he visto a Lao-Tse. Es como un dragón”*

Cuando moría un familiar querido se acostumbraba a llevar luto por él durante veintisiete meses. Así lo hizo Confucio y únicamente después de observar este período de tiempo se permitió cantar y tocar el laúd. Durante el tiempo de luto, Confucio rehusó toda clase de fiestas, suspendió su escuela y se dedicó a la meditación y al estudio de los clásicos. Se suceden después una serie de años en los que no aparece clara ni la figura ni las actividades de Confucio. Se supone que peregrinó incansablemente de un lado para otro, de corte en corte, buscando algún señor feudal que le emplease a su servicio. Los tiempos eran sumamente difíciles; los señores, ansiosos de poder, luchaban de continuo entre sí; la dinastía Chou estaba perdiendo toda su fuerza. No obstante, la ardua situación en la que se encontraba Confucio iba a evolucionar favorablemente gracias a un acontecimiento que sucedería en el 518 a. de C.

Mong Hi, el que fuera ministro de Lu y jefe de uno de los tres clanes existentes en el país, estaba próximo a encontrarse cara a cara con el temido fantasma de la muerte. Y no es extraño por tanto que el ministro estimulase su memoria y pudiese recordar que el desconocimiento de los ritos le había reportado más de un problema a lo largo de su existencia. Amante de su hijo, Mong Y, le hizo llamar para comunicarle:

—Hijo mío, el conocimiento de los ritos es el fun-

damento de un hombre. Sin él no podrá mantenerse firme. He oído decir que hay un hombre que los conoce perfectamente y que se llama Confucio. Desciende de los hombres más santos, y aun cuando su extirpe se extinguió en Song, tuvo entre sus antepasados a Fu-fu-Hog, que renunció al trono en favor de su hermano, y a Ch'en, K'ao-fu, que estaba reputado por su ciencia y su humildad. Tseng Hi ha observado que si los hombres sabios y muy virtuosos no alcanzan el lugar preeminente que les corresponde en el mundo, no dejará de producirse en su descendencia un hombre dotado de singular veneración. Estas palabras se realizan en Confucio. Después de mi muerte deberás acudir a estudiar los ritos con él.

El ministro murió y su hijo se apresuró a cumplir la última voluntad de su padre. En compañía de Nan-kong Kua (hijo de familia noble y amigo leal), Mong Hi fue a visitar a Confucio y le pidió que les aceptase como incondicionales discípulos. El Maestro accedió y poco después saldrían para Lo Yang, capital del imperio de los Chou, rica en lugares de culto de excelsa celebridad, y que, empero estar en pleno declive, conservaba un reconfortante sabor religioso.

El duque de Lu entregó a los viajeros un servidor, un carro y dos caballos. Y de tal forma los corazones henchidos de felicidad y plenitud, se emprendió el viaje rumbo a Lo Yang. Tai Chan, las colinas de Chantung, la llanura de Honan... Los viajeros bordeaban las orillas del denominado río Amarillo. Después de un trabajoso viaje, como sin duda alguna lo eran todos los de aquella época, los viajeros llegaron a Lo Yang y permanecieron extasiados ante sus múltiples bellezas naturales y artificiales. En aquel lugar todo era de una grandeza sorprendente.

Se ha dicho que en Lo Yang Confucio se entrevi-

tó con el misántropo Lao-Tsé (fundador del taoísmo), que era entonces archivero-historiógrafo de la ciudad. De tal entrevista abundan múltiples versiones, pero dado que todas conservan un fondo similar, expondremos tan sólo una de ellas, más en verdad por lo que tiene de anecdótica que de ilustrativa.

Cuando Lao-Tsé supo que Confucio quería hablar con él, se negó en rotundo, pero ante la tenaz insistencia del joven, el hurano filósofo accedió por último a recibirle. Ceremoniosamente, Confucio saludó al estilo de la época y después comenzó a exponer sus ideas. Lao-Tsé le interrumpió con cierta acritud:

—Tan sólo quiero conocer los principios básicos.

Confucio, firme la voz, agregó:

—Son la Justicia y la Humanidad.

Lao-Tsé le miró con cierto escepticismo.

—La Justicia y la Humanidad, ¿se encuentran acaso en la naturaleza humana?

—Sin duda —sentenció Confucio—. ¡Ellas son la naturaleza misma del verdadero hombre!

—¿Me es dado preguntaros qué entendéis por Justicia y Humanidad?

Confucio no vaciló:

—Amar a todos los seres con un amor desinteresado y encontrar goce en todas las cosas, eso es Humanidad y Justicia.

Lao-Tsé miró al joven escrutadoramente. Confucio le devolvió la mirada y vio tan sólo un rostro impenetrable. El viejo-niño, como se le denomina a Lao, dijo:

—No comprendo vuestro punto de vista. Ese amor



universal de que habláis, ¿no es acaso una perversión de los sentimientos naturales, no es una intromisión, no es acaso interesarse diciéndose desinteresado? Mirad el Cielo, el Sol, la Luna, las plantas y los animales en la Naturaleza: ellos no tienen necesidad de que nadie se interese en amarlos y ordenarlos. Buscar la Humanidad y la Justicia es como perseguir, a golpes de tambor, a un fugitivo que se nos escapa. El cisne no necesita, para ser blanco, lavarse cada mañana; ni el cuervo necesita teñir sus plumas para ser negro. Los peces sacados del agua se asfixian de todos modos, con o sin ayuda de nadie: lo que ellos necesitan es la profundidad del río, su libertad y sombras.

¿Qué distantes estaban las palabras de Lao-Tsé de la mentalidad de aquel joven más práctico y mucho menos filósofo! En sus palabras Lao-Tsé había vertido parte de la sabiduría del Taoísmo; había aplicado el básico principio taoísta de la «no-acción». ¿Entendió algo de aquello Confucio? Es probable que no, pero no es posible precisarlo; taoístas y confucionistas nunca han llegado ni a una conciliación de compromiso. Lo cierto es —si es que de certidumbre se puede hablar alguna vez a propósito de esos grandes hombres, cuya vida se mezcla con la leyenda— que al finalizar la entrevista, Confucio no podía hablar y que cuando logró hacerlo, le comunicó a Nan-kong Kua:

—Sé que el pájaro vuela, que el pez nada, que las bestias andan; pero a las bestias se las puede coger por el freno, a los peces con el sedal, a los pájaros con la flecha. En cuanto al dragón no sé nada, salvo que es elevado al cielo por las nubes y el viento. Hoy he visto a Lao-Tsé. Es como un dragón.

Tales escenas tenían lugar alrededor del año 517 antes de Cristo.

Luego de unos meses de permanencia en Lo Yang, Confucio regresó a Lu, en donde, con toda clase de éxitos, habría de reanudar la enseñanza. Aunque la cifra es sin duda exagerada, se ha dicho que alcanzó la cifra gigantesca de tres mil alumnos, entre los que se hallaban infinidad de hijos de gentes socialmente muy destacadas. Si de algo se puede estar seguro, es de que Confucio de siempre fue un legitimista, amén de un fervoroso amante de las grandes personalidades del pasado; sus esfuerzos estaban enfocados hacia la consecución de un perfecto orden moral; alababa la justicia y respetaba la ley.

Mientras que Confucio, apaciblemente, en un tranquilo lugar, impartía la enseñanza a los jóvenes, la situación política de Lu era tan densa y febril como poco clara. A finales del 516 a. de C. se desencadenó la crisis y el Maestro, al comprobar que su príncipe era vejado y sus ideales echados por tierra, se exiló voluntariamente. Una prueba más de que Confucio era leal consigo mismo.

El Señor de la Gran Sabiduría se retiró a Ts'i, en donde se granjeó rápidamente la confianza del duque de dicho estado, quien en más de una ocasión le pidió consejos sobre economía y forma de gobernar. Confucio se pronunciaba con excelente claridad. En cierta ocasión dijo:

—Que el príncipe obre como príncipe, el súbdito como súbdito, el padre como padre y el hijo como hijo.

Pero si por una parte el Maestro inspiraba confianza a aquellos que actuaban de buena fe, por otra se ganaba la antipatía y el recelo de aquellos otros que tenían algo que ocultar, veían amenazada su posición y temían por sus propios destinos. Por esta razón fueron vanos los intentos de Confucio por conseguir que alguien utilizase sus servicios, lo que debió producirle un amargo dolor. El duque de King

deseó obsequiarle con valiosas tierras, que él, no creyéndose merecedor de ellas, rehusó.

Confucio, como hombre sensato e inteligente que era, se dio cuenta de que sus enemigos proliferaban en Ts'i y de que ya nadie prestaba atención a sus palabras. Había que tomar una determinación, y la tomó. No habría de pasar mucho tiempo antes de que abandonase aquel estado. ¿Qué sucedió a partir de ahí? ¿Dónde fue? ¿Qué hizo? Tales interrogantes no son fáciles de resolver. Cierto es que Confucio regresaría a Lu, su querido estado, pero no existe ninguna garantía que permita señalar en qué año lo hizo. Quizá en el 515 a. de C.; tal vez en el 514; probablemente en el 509. El caso es que durante muchos años Confucio permanece en el anonimato. Aquí o allá, eso no importa. Seguramente estudió durante ese tiempo los clásicos y tuvo tiempo de meditar largamente. Después, Lu, los cargos públicos y, nuevamente, el exilio y la peregrinación. La ambición y el desenfreno de los clanes oligárquicos —a quienes alguien ha denominado mal endémico de la China de aquel tiempo— chocaban de plano con la mentalidad de Confucio.

## 6. *Cargos públicos*

Tenía Confucio cincuenta años (501 a. de C.) cuando fue nombrado gobernador de Chung-tu, gracias al duque Ting. Tuvo entonces ocasión el Maestro de demostrar lo mucho que valía y lo útil que podía ser para un pueblo la honestidad y el sacrificio de sus gobernantes. Elaboró un conjunto de leyes trascendentales: los hijos debían sustentar a sus padres hasta la muerte y realizar dignas exequias una vez ésta; los comerciantes debían abstenerse de explotar a sus clientes; los robustos y los débiles no soportarían los mismos pesos; los ancianos y los jóvenes debían ser alimentados de diversa forma; nadie debía apoderarse de nada que no fuese suyo, ni siquiera de los objetos que pudiese encontrarse en plena calle. Su gobierno duró un año y puede calificarse de excelente.

El duque, sorprendido gratamente ante tan óptimos resultados, le preguntó a Confucio si aquella forma de gobierno podría generalizarse a todo el país. La respuesta fue afirmativa. El duque, complacido, nombró a Confucio intendente de Obras Públicas, y, más adelante, ministro de Justicia. El Maestro le había comunicado al duque de Ting:

—Mi deseo es que todos los Estados del mundo se gobiernen igual, sin que nunca tengan nada que decir unos de otros.

Desempeñó el cargo de intendente de Obras Públicas con inteligencia y equidad, enseñando a los agricultores lo que debían sembrar en las diferentes

regiones según la naturaleza de las tierras. La agricultura obtuvo un enorme incremento.

Como ministro de Justicia, Confucio también demostró su sabiduría y su tacto. Era sobre todo un hombre que no se dejaba ni dominar ni abatir por las circunstancias adversas. En el 499 a. de C. sucedió un acontecimiento que define muy bien su carácter.

Confucio fue nombrado maestro de ceremonias para una conferencia de paz entre Tsi y Lu, que se llevaría a cabo en Kia-Ku. Primer ministro de Ts'i era el astuto e inteligente Yeng Ying, que demostraba un amplio desprecio por Confucio. En realidad, el primer ministro de Ts'i únicamente pretendía en Kia-Ku demostrar su enorme poderío guerrero y acomplejar al duque de Lu. Sin ningún género de dudas, el Maestro sospechaba que la tal conferencia de paz no lo fuese tanto, y por ello aconsejó al duque:

—Vuestro súbdito ha oído decir que cuando se trata de un asunto pacífico se deben hacer preparativos de guerra, y cuando se trata de un asunto de guerra se deben llevar preparativos de paz. Llevad con vos a vuestros mariscales de la derecha y de la izquierda.

Los príncipes se saludaron a la manera clásica, pero con visible frialdad; poco después, ante la sorpresa del duque, se escuchaba potente la música de «Los cuatro puntos cardinales», y una horda de bárbaros armados aparecían por todas partes. Confucio, sin perder la serenidad ni un momento, estudió velozmente la situación. Serio, circunspecto, venerable como era, elevó los brazos en el aire y se expresó sin vacilaciones:

—Nuestros príncipes mantienen una reunión amistosa. ¿Qué viene a hacer aquí la música de los bárbaros? No es así como Ts'i podría mandar a los prin-

cipes del Reino Florido. Esta conducta, frente a los dioses, no puede reportar más que desgracias.

Todo el mundo se paralizó ante el asombro que producían las palabras del maestro de ceremonias; las miradas, como cientos de agujones afilados, se clavaron en el duque de Ts'i, quien, indeciso y un tanto ridiculizado, ordenó que los bárbaros se tranquilizaran.

Las conversaciones entre los príncipes iban a dar comienzo, pero no fue así. Por lo visto había un bien premeditado proyecto de boicot. Sonó la música «Palacio interior» y el ambiente se vio inundado por las risotadas y estridentes chillidos de numerosos bufones. Confucio tampoco se alarmó ante este visible signo de mala voluntad. Incorporóse de nuevo, elevó los brazos en el aire y gritó:

—Cuando seres viles turban una conferencia de los príncipes merecen ser castigados. ¡Que se los prenda y se los castigue según las leyes!

El duque de Ts'i se desconcertó en extremo. Intuyó además que sus contrarios no habían hecho preparativos de paz, sino peligrosos preparativos de guerra; el temor le hizo estremecerse y quiso negociar. Lu le entregó trescientos carros de guerra y Ts'i, a cambio, le devolvió las tierras que le había usurpado. La victoria diplomática de Confucio fue notable.

## 7. *El largo peregrinar*

Tras sus éxitos políticos y diplomáticos, Confucio alcanzó un considerable prestigio en la corte y sus servicios eran altamente estimados. Pero como era habitual, la situación política en Lu no era nada envidiable y, por otra parte, los ministros y el mismo duque llevaban una vida de lo más disipada y muy próxima a la negligencia. Confucio se sintió decepcionado; ese hombre rígido y moralizante no había aprendido en cuestiones de gobierno a transigir. En el 497, no sin cierta nostalgia y una profunda tristeza, abandonó Lu, acompañado de sus discípulos. A pesar de lo que perdía, se sentía firme y orgulloso, con ese orgullo poderoso e incluso necio que puede llegar a dominar a todo aquel que moralmente se cree superior a los demás. Dijo a sus discípulos, que estaban consternados y dolidos:

— ¿Por qué os afligís de que vuestro maestro haya perdido su cargo? Hace ya mucho tiempo que el mundo se ha salido de su ruta. El cielo se sirve de vuestro maestro como de una campana de badajo para advertir al pueblo.

Los caminantes pusieron rumbo a Wei, estado vecino. Allí Confucio obtuvo una acogida familiar, en especial por el duque del Estado, que generosamente le facilitó una pensión de sesenta mil medidas de grano. Pero Confucio inspiraba graves temores a los poderosos; hay que decir que su afán moralizador resultaba en muchas ocasiones fuertemente empalagoso. Se sabe que incluso llegó a machacar con sus

consejos los oídos de los jefes de los bandoleros. La atmósfera en Wei estaba tensa contra él, y él, prudente y precavido, generalmente muy poco heroico, aunque valeroso, se alejó del lugar. Y que era valeroso lo demuestra el incidente que le sucedió al pasar por K'oang, en donde los habitantes del lugar quisieron agredirle. Confucio observó una encomiable serenidad y dijo para apaciguar a los discípulos:

—¿No me ha sido confiada la doctrina del rey Wei, después de su muerte? El cielo no me habría hecho su heredero si hubiera querido hacerla desaparecer de la superficie de la tierra. Y si no lo quiere, ¿qué pueden hacerme las gentes de K'oang?

El Maestro, cambiando repentinamente de idea, y quizá ante la sorpresa de sus discípulos, retornó a Wei, en donde habría de vivir dos sucesos no carentes de ironía y de interés.

Había en Wei una hermosa princesa llamada Nantse, que se complacía en llevar una existencia hedonista y en practicar los siete pecados capitales con una naturalidad que resultaba casi encantadora. Era la favorita del duque y se la tenía en la localidad como una mujer sumamente libertina. ¿Cuál no sería la sorpresa del Maestro al saber que la bella mujer se empeñaba en verlo! Las dudas minaban a Confucio: ¿qué podía hacer? Además la princesa había dicho:

—Los sabios de los cuatro puntos cardinales que no han sentido vergüenza de mantener relaciones fraternales con nuestro príncipe no han dejado de hacerme una visita a mí, humilde princesa.

Confucio se vio entre la espada y la pared y naturalmente accedió. ¿Cómo se desarrolló la curiosa entrevista? Nada se sabe con seguridad al respecto, por lo que no podemos satisfacer la curiosidad del interesado. Lo cierto es que a Tse-lu, discípulo de



Confucio, no le agradó ni mucho ni poco que su Maestro hubiese osado entablar conversación con la pecadora mujer. Confucio, ante el visible disgusto de Tse-lu, exclamó:

—Si yo he obrado mal, ¡que el Cielo me rechace!  
¡Que el Cielo me rechace!

Pero todavía el Señor de la Gran Sabiduría habría de ser criticado por culpa de la célebre princesa. En cierta ocasión, el duque pidió a Confucio que le acompañase en su cotidiano paseo, al que también acudía Nan-tse. Entonces los transéuntés, en tono de chanza seguramente más que de crítica, gritaron:

—¡He ahí que la virtud corre detrás de la belleza!

A Confucio —muy sensible a las críticas, como todo moralista— no le debió agradar en absoluto la mordaz observación. Únicamente dijo:

—No he encontrado todavía un hombre que ama la virtud tanto como la ostentación.

Los sucesos personales siempre ilustran con nitidez la personalidad de un ser humano. Confucio era, por todo y sobre todo, un legista, y tan marcada característica provocaba temor. Su prudencia le impulsó nuevamente a abandonar Wei, y se dirigió a Song. Allí estuvo a punto de ser asesinado por un jefe de caballería, pero logró ocultarse y poner a salvo su vida. Maestro y discípulos encaminaron sus pasos a Ch'en, adonde llegaron a finales del 495 antes de Cristo. Permaneció en tal Estado por espacio de dos o tres años, hasta aquel momento en que la situación política se vio gravemente alterada y creyó más aconsejable partir hacia otra parte. ¿Dónde podía ir ahora, en este largo peregrinar de un lado para otro? Al menos en Wei era conocido: ¿entonces, por qué no regresar allí? La desgracia de Confucio era que nadie quería tomarle a su servicio, lo que le hacía sentirse frustrado e impotente.

En Wei Confucio seguía desocupado; corrían malos tiempos para que alguien deseara emplear a un hombre de la rigidez del Maestro. Aburrido, hastiado y descorazonado, abandonó Wei para dirigirse a Tsin, con la finalidad de entrevistarse con el primer ministro de Estado, Chao-Chien-Tze. Ante el río Amarillo se enteró de que dos funcionarios de Tsin, Tow-Ming-to y Shun-Hwa, antiguos discípulos suyos, habían sido asesinados. Apenado, contempló las aguas del río y observó:

—El agua es linda, mas, a pesar de todo, yo no debo atravesar este río. Tow-Ming-To y Shun-Hwa eran dos estudiantes aplicados y ahora Chao-Chien-Tze los ha matado. ¿Podría yo continuar mi viaje estando tan triste?

Lo único que podía hacer es regresar a Wei. Allí se dedicó a la enseñanza de las «Seis Artes»: el Libro de los Cambios, el Libro de las Odas, los Cánones de la Historia, el Libro de los Ritos, los Anales de la Primavera y del Otoño, el Libro de los Principios Musicales.

De nuevo Confucio parte de Wei y se encamina hacia Ch'en, en donde pasó unos cuantos meses. Después, siempre errante y desocupado, se dirigió a Ts'ai y meses después a Che. Es curioso que aún cuando Confucio era sumamente conocido como singular legista, nadie ahora quería ofrecerle ningún cargo, lo que es muy probable que se debiera al hecho de que muy pocos son los que gustan aliarse con un hombre recto y estricto en exceso. Se le hacían toda clase de deferencias, pero de ahí a una más estrecha relación había un largo trecho. Su peregrinar, pues, parece condenado a la eternidad: año tras año, de Estado en Estado, esforzándose en ser escuchado por unos oídos sordos y en ser empleado por unos señores que prácticamente llegaban a detestar su afán moralizador. Buda exponía una doctrina cautivadora

y Mahoma era un visionario genial, pero Confucio, el digno, sabio y honesto Maestro, rendía pleitesía a los clásicos, abogaba por el retorno de las viejas y caducas costumbres y trataba de imponer unas normas demasiado rancias. No olvidemos que un hombre puede llegar a ser tan odiado por su exceso de virtudes como por su carencia de las mismas; a nadie le resulta grato tener al lado una implacable conciencia que no ceje en su empeño perfeccionista.

No era envidiable la situación de Confucio ni sus circunstancias. Es probable que en más de una ocasión, deprimido y angustiado, se preguntase: ¿Qué he conseguido en realidad a mis sesenta años?

Regresa a Wei. Por fin, se le facilita un cargo. Pero Confucio, quizá ahora más místico que legista, quizá demasiado cansado, quizá decepcionado de gobernantes y políticos, rehúsa toda función. Como un anacoreta en busca del desprendimiento, como un místico en la soledad hermética del desierto, como un yogui en pos de la liberación, Confucio, el maestro errante, permanece cerca de seis años en el más oscuro anonimato ¿Qué hace? ¿Qué piensa? ¿Qué sueña?...

Estamos en el 483 a. de C. Confucio tiene sesenta y ocho años. El jefe del clan Ki desea conocer a Confucio y para ello envía al Maestro un mensajero con determinados presentes. Vuelve a Lu, después de catorce años de destierro, de catorce años a la búsqueda de un señor, como un desafortunado samurai en busca de un príncipe que requiera sus servicios. Nadie le ofrece ningún cargo..., pero ya, ¿qué puede importar? No está lejos la muerte, el final para una vida que en muchos sentidos ha sido lamentablemente trágica.

Dos años después, allá por el 481-2, alguien cogió un rarísimo animal con motivo de una cacería del

duque. Era un unicornio. Cuando Confucio fue llevado ante él, lo reconoció al punto y fue consciente de que la muerte no se haría esperar mucho. Afligido, contempló al extraño animal y dijo:

—¿Por qué has llegado tan tarde?

Aquellas palabras encerraban una honda amargura. Después, una escena todavía más llena de patetismo. Ocultó su ajado rostro entre sus amplias manos y sollozando, con voz entrecortada, dijo:

—Mi doctrina ha acabado.

Todavía estaba preparada el hacha del dolor para asestar un golpe más al maestro. Tuvo noticias de que su fiel discípulo Tse Lu había muerto en una cruenta lucha en Wei. Aquello era demasiado, pero no cabe duda de que Confucio sabía que la vida era un camino cubierto de amargas espinas.

Viejo y fatigado, tenía todavía que esperar. Había sido su existencia algo así como un afluente que nunca encuentra el río principal. Lo que quizá él jamás pudo intuir es que, tras su muerte, su recuerdo se perpetuaría durante cientos de años.

## 8. *Confucio por fuera y por dentro*

Confucio aparentaba ser sosegado y armonioso, incluso en ocasiones ligeramente dulce, aunque siempre solemne y riguroso. Sabía inspirar confianza, si bien lo excesivamente rígido de sus principios intimidaba a aquellos que le conocían. Por su aspecto, se le veía seguro de sí mismo, estable y capaz de mostrarse cordial si era necesario. Era, ante todo, sumamente respetuoso, digno y amante de la ética. A veces era jovial y abierto; otras, reconcentrado y serio, como un asceta apesadumbrado; con frecuencia se investía de una densa aureola de notable severidad. Pero por lo común se le tenía por hombre sencillo y afable, aunque jamás hablaba más de lo preciso y difícilmente perdía su aire de trasnochada dignidad. Su mentalidad era la auténtica de un chino cultivado de la época.

El maestro K'ong era corpulento y alto, aunque sus piernas, carentes de proporción con respecto a las dimensiones de su tronco, resultaban algo cortas. De ojos saltones, orejas achatadas, nariz muy prominente, nariz saliente y afilada, dientes abultados, su expresión, cuando permanecía serio, resultaba algo adusta. Hablaba poco y lo hacía con toda corrección, esbozando de vez en cuando una confortadora sonrisa. Su sólida y copiosa barba le asemejaba a un legendario patriarca. Sus manos eran fuertes y nervudas, y había aprendido a gesticularlas con estudiada suavidad. Su rostro, fuerte y ancho, se tenía de un color ligeramente oscuro. Tal era física-

mente Confucio, aunque es muy probable que su apariencia fuese otra en realidad, pues no podemos en tal sentido dejar de basarnos en meras conjeturas.

Pero un ser humano interesa más por dentro que por fuera; su físico es cuando más un débil reflejo de su psique y su estructura emocional. ¿Cómo era en verdad Confucio? ¿Cuál era su carácter, su personalidad? ¿Cuáles sus inclinaciones, sus hábitos, sus deseos, sus fantasías y ensoñaciones? ¿Dónde residía su grandeza y dónde su miseria? ¿Por qué era amado? ¿Por qué temido?

En cierto modo, Confucio era un idealista. Deseaba un gobierno justo para todo el mundo; gobierno en el que muy posiblemente él anhelaba participar, no por ninguna clase de fines materiales, sino únicamente para satisfacer su tendencia moralizadora. En una ocasión, Yen-Yuan le preguntó a Confucio:

—¿Qué se entiende por la «perfecta virtud»?

El Maestro respondió:

—La perfecta virtud consiste en el olvido de sí mismo y en la solemne observancia de las reglas de la etiqueta. Si un hombre pudiera olvidarse un día de sus mezquinos intereses y respetar y cumplir exactamente las normas de la etiqueta, todo el mundo diría de él que era un ejemplo vivo de la virtud perfecta. Esta es una cosa que está en nosotros mismos.

—¿Cuáles son los medios para alcanzarla?

Entonces el sabio se definió así:

—Que nadie pida con insistencia nada, porque ello es contrario a las reglas de la etiqueta. No saber oír, también lo es. No hablar y estar quieto es también contrario a la etiqueta.

¿Qué desmesurada importancia tenía la etiqueta para el maestro chino! Algunos psicoanalistas desea-

rían saber qué de patológico se ocultaba tras ese férreo impulso. Como quiera que sea, dejando al margen las posibles motivaciones psicológicas que condicionasen a Confucio en tal sentido, hay que observar en favor de él que una de sus obsesiones era la de establecer un gobierno plenamente justo. Merece relatarse una significativa anécdota.

Camino de Ts'i, cuando el Maestro se exiló voluntariamente, tuvo ocasión de ver a una mujer anegada en llanto ante una tumba en la ladera del monte T'ai. La mujer explicó:

—El padre de mi marido fue devorado por un tigre, después lo ha sido mi marido y ahora mi hijo ha corrido la misma suerte.

Sorprendido, Confucio quiso complacer su curiosidad:

—¿Y por qué no cambias de lugar de residencia?

La respuesta de la mujer fue de lo más inesperado:

—¡Aquí no hay gobierno que oprima al pueblo!

Se volvió el Maestro a sus discípulos y comentó:

—Ved, queridos discípulos: un mal gobierno es más de temer que un tigre.

Confucio era un hombre concreto y práctico, considerablemente equilibrado. No poseía en absoluto —como algunos han pretendido— una mentalidad mágica o filosófica; en tal extremo era vulgar. Estaba tan lejos de ser un visionario como un intrépido revolucionario; era a su modo, eso sí, un reformador. Jamás se definía nítidamente sobre los aspectos oscuros de la existencia o sobre cuestiones relacionadas con la magia. Ni filósofo ni metafísico, era fundamentalmente escueto y nada impositivo en su doctrina. Polo opuesto de Mahoma, era objetivo y humilde en sus enseñanzas:

—No oso pretender la santidad y la perfección humanas. Todo lo que podrá decirse de mí es que cultivo la virtud sin descanso y que enseño sin desanimarme jamás.

Y también decía:

—Discípulos míos, ¿creeis que yo os he ocultado algo? Nada os he ocultado. No he hecho nada que no lo hayáis sabido.

Aunque a veces deslumbrado por el poder, no se debe poner en duda la honestidad del Señor de la Gran Sabiduría. Parecen sinceras las palabras que profirió ante el duque Ai, príncipe de Lu.

—Para amar la ciencia, es preciso estar próximo a la sabiduría. Para practicar el bien apasionadamente es necesario estar próximo a la benevolencia. Para tener sentimiento de la dignidad es necesario estar próximo al valor. Cuando se conocen estas tres cosas ya sabemos cómo nos tenemos que conducir en la vida. Conociendo la manera de conducirse a sí mismo, ya se conoce la manera de conducir a los hombres. Sabiendo conducir a los hombres se sabe dirigir y gobernar al Imperio, al Estado y a la familia. Ahora bien, si un hombre ama a la ciencia, el saber que adquirió puede aumentársele día a día, repitiéndose a sí mismo: «Para amar la ciencia es preciso estar próximo a la sabiduría.» Esforzándose por ser bueno, la inteligencia le impulsará cada vez más hacia las buenas acciones, hasta hacerle pensar: «Para practicar el bien apasionadamente es necesario estar próximo de la benevolencia.» Deseando enmendarse de sus yerros es cuando debe pensar: «Para tener el sentimiento de la dignidad es necesario estar próximo al valor.» Lo que hay de mejor en la vida del hombre es que puede mejorarse a sí misma, para lo cual es necesario que sepa las tres cosas anteriores.



Entra dentro de lo posible el que Confucio en su fuero interno se tuviese a sí mismo como un elegido, pero nos permitimos dudarle, y lo cierto es que él jamás se expresó en tal sentido, sino que, por el contrario, se limitó a observar que era tan sólo un hombre en busca de la verdad. Demostraba un característico empeño en obtener el justo medio en todo momento y circunstancia:

—Haciendo cortesías más allá de la norma ritual nos fatigamos. Siendo circunspecto más allá de la norma ritual, se vuelve uno temeroso. Siendo animoso más allá de la norma ritual, se crea el desorden.

El término medio y la sinceridad eran dos principios esenciales para él. Un pasaje a tal respecto resulta jugoso e ilustrativo.

Observó el Maestro a un hombre que pretendía atravesar la corriente de un río. Le preguntó:

—¿Cuál es el medio de que te vas a valer para atravesar la corriente: la magia o la destreza?

—Espero —contestó el hombre— que con la sinceridad y la verdad podré vencer la corriente.

Y dicho esto, se lanzó al río y sin dificultades arribó a la orilla opuesta. Confucio se volvió a sus discípulos y dijo:

—Acordaos de este ejemplo, hijos míos. Si hasta el agua se puede vencer por la verdad y la sinceridad, ¿cuántas cosas no podremos hacer de la misma manera con las personas? Nunca os olvidéis del proverbio que dice :«Que vuestras palabras sean sinceras y verdaderas y que vuestras acciones sean honrosas y respetables.» Esta es la conducta que deben seguir hasta los bárbaros y salvajes. Si vuestras palabras o vuestras acciones no poseyesen tales virtudes, ¿con qué derecho podríais aspirar al respeto ajeno?

Pero de todas sus palabras quizá las que mejor definan a Confucio sean las siguientes:

—Un caballero puede y sabe sufrir privaciones. Los que no saben sufrirlas son las personas vulgares. Esto quiere decir que un caballero puede siempre soportar momentos de extrema privación en actitud correcta, mientras que las personas sin educación, en cuanto tienen necesidades y sufren privaciones toman por un camino desenfrenado y cometen, a veces, actos deshonorosos.

No era un místico, ni un filósofo, ni un asceta, ni mucho menos un renunciante; detestaba los extremismos. Era un hombre honesto que buscaba su propia virtud y armonía; un hombre que iba hacia la vida aunque trataba de no verse aprisionado por ella; era, en todos los sentidos, un perfeccionista. Y la perfección es hermosa, pero también puede llegar a ser terriblemente tediosa. Exhaustivamente moralista, fatigaba en exceso a los que no permanecían en total acuerdo con él. Debemos creer, sin embargo, que buscaba la vida que le llevase al cielo y que enseñaba a sus discípulos aquello que él mismo aprendía en su trabajo interior. Se le ha acusado de ambicioso del poder y de mundano, de astuto y de soberbio. Puede ser. Pero él mismo nunca pretendió ser perfecto:

«No aplicarme en realizar la virtud; no explicar claramente lo que estudio; no cumplir lo que comprendo que es mi deber; no corregirme de mis defectos: tales son mis preocupaciones.»

Y porque nunca pretendió ser perfecto, luchó por superarse día a día. Y cuando un hombre es capaz de hacer eso sin desfallecer es porque, a pesar de sus limitaciones y de sus debilidades, conserva una dosis considerable de grandeza en su corazón.

## 9. "Sin duda, es porque yo desciendo de los Yin"

Año 479 a. de C. Confucio entona una significativa canción. En el fondo de su corazón sabe que su final está próximo, pero ello no parece preocuparle en absoluto. Tiene setenta y tres años de edad. A lo largo de su prolongada vida hubo momentos dichosos y momentos muy difíciles; trató siempre de comportarse de acuerdo a sus más caras ideas; conoció el poder y el exilio; supo de la grandeza y de la miseria; estuvo entre pobres y entre ricos, aristócratas y plebeyos, niños y ancianos. Sus discípulos se contaban por millares; todos le consideraban, cuando menos, un hombre venerable y respetuoso.

Las palabras entonadas por el Maestro llegaron a oídos de su fiel discípulo Tse-Kong.

—¿Sucede algo, maestro?

—¡Oh, Tse! ¿Por qué llegas tan tarde?

Guardó silencio durante unos segundos y después, clara la voz, firme el espíritu, procedió a relatar su último sueño:

—Bajo los Hia se depositaba el ataúd en lo alto de la escalera del Este; bajo los Cheu, en lo alto de la escalera del Oeste; bajo los Yin, entre las dos columnas. La noche última he soñado que estaba sentado entre las dos columnas, delante de las ofrendas que se hacen a un muerto. Si duda, es porque yo descendo de los Yin.

Tras narrar el singular sueño, guardó silencio. Luego se introdujo en su habitación a meditar. Una

semana después era el día de Ki-ch'eu: Confucio daba comienzo a su más larga peregrinación. Para amarga tristeza y desconsuelo de sus discípulos, el Maestro había partido de este mundo de contradicciones que él tan bien conoció.

El cadáver de Confucio fue enterrado en el actual Estado de Chou-Fou, al sur del río Ize; lugar que por ello se ha considerado sagrado desde hace siglos. Sus discípulos guardaron luto durante tres años. Antes de partir para sus respectivos hogares colocaron sus capas, laúdes y sombreros sobre la tumba de su maestro. Aunque había muerto estaba entre ellos: un maestro digno para unos dignos discípulos.

## 10. *La doctrina de Confucio*

La doctrina confuciana es eminentemente práctica, positiva y, por lo general, racionalista, por lo que no es de extrañar que resulte igualmente anodina y en muchas ocasiones falta de todo interés. Confucio es un exhaustivo tradicionalista y se esfuerza por revivir el pensamiento, la moral y la civilización tradicionales. En realidad su enseñanza no es ni una filosofía, ni una religión, ni un sistema soteriológico. El pasado inunda toda la existencia del Maestro de China; únicamente a través de él concibe una ética y una moral consistentes. No gustaba de definirse en lo que respecta al Más Allá, a la divinidad, a los espíritus o a las vías de liberación. Es ante todo un racionalista, y quienes han visto en él un visionario, un místico o un demente, es que nada o muy poco sabían de su personalidad o de sus enseñanzas. Ante la difusión que obtuvo el confucionismo y su clamoroso éxito, uno no puede por menos que permanecer perplejo y confundido. Quizá la vitalidad que ha observado su doctrina se deba más al impulso de sus discípulos y seguidores que a él mismo en sí. No es que no creyese en Dios, en la supervivencia e incluso en las artes adivinatorias, sino que no se pronunciaba nítidamente en cuanto a tales aspectos. Es muy probable que ni el mismo Maestro Kong tuviese una idea clara sobre dichas cuestiones. Decía: «Puesto que no comprendéis la vida, ¿cómo podréis comprender la muerte?» O bien: «Si no podéis servir al hombre, ¿cómo podréis servir a los espíritus?»

Era Confucio un hombre moderado, frío y desapasionado, alérgico a todo problema abstracto, teológico o metafísico; era además un utilitarista en todo el sentido de la palabra, un materialista si se quiere. Predicaba sobre aquello que era tangible, afanándose en restaurar los viejos ritos, en activar las viejas costumbres. Concreto, equilibrado, poseedor de una excelente capacidad de autocontrol, era por encima de todo un moralista, y toda su doctrina se basa en dicha moral: educación, corrección, honradez, sinceridad, templanza. Sabía adaptarse perfectamente a las circunstancias, pero despreciaba el presente, la evolución. Despreocupado de toda disquisición filosófica, buscaba el bienestar terrenal. Estaba convencido de que para que tal bienestar fuese un hecho indiscutible, había que contar con unos dirigentes inteligentes y honestos, cultos y desinteresados. Metódico, positivista, precavido y cerebral, luchaba el Maestro por encontrar esos perfectos gobernantes que pudieran dignificar a su pueblo.

Con vibrante y ardorosa fuerza, Confucio añoraba el pasado, la sociedad rural de antaño, la madura relación entre padres e hijos, gobernantes y súbditos. Consideraba que en toda sociedad es imprescindible la existencia de un príncipe virtuoso que ofreciese buen ejemplo a su pueblo. Para el Maestro el mal no es una realidad, sino un artificio. Todo ser humano que reciba una correcta educación es bondadoso por principio; innatamente el hombre tiende hacia el bien y no hacia el mal, por lo que debe ser gobernado por sabios, por agudos dirigentes que cultiven sus inmanentes instintos de bondad. El egoísmo es uno de los mayores males que puede aquejar al hombre; el monarca perfecto debe ver la forma de combatirlo y fomentar la caridad. Como la gran mayoría de los maestros orientales, Confucio era esencialmente antibelicista y propugnaba en todo momento la paz y la no-violencia.

Confucio alentaba el culto a los antepasados y la piedad filial. De los antepasados había mucho que aprender; era necesario contemplarse en su fina y perdida inteligencia. Los hijos deben honrar a sus padres, protegerles y cuidarles, amarles y respetarles; unas relaciones maduras entre padres e hijos permitirán unas relaciones igualmente maduras entre los súbditos y el príncipe. La enseñanza de Confucio se basa en su mayor parte en una moral patriarcal, el adiestramiento en el justo medio y la corrección. Todo hombre debe luchar por mantener vivo su sentido moral y hacer felices las relaciones con sus semejantes. El siguiente párrafo de «La Gran Enseñanza» ilustra como ninguno la doctrina y las pretensiones del Gran Maestro de China:

«Cuando los antiguos quisieron establecer las virtudes ilustres a través del Imperio, comenzaron por ordenar debidamente sus Estados. Para arreglar debidamente sus Estados, empezaron por arreglar bien las familias. Para arreglar bien las familias, comenzaron por cultivarse a sí mismos. Deseando cultivarse a sí mismos, rectificaron sus propósitos. Queriendo rectificar sus propósitos, exigiéronse absoluta sinceridad en sus pensamientos. Para ser sinceros, extendieron sus conocimientos al máximo posible. Y esto lo obtuvieron por la investigación de las cosas. Por la investigación de las cosas, su conocimiento se hizo extenso. Siendo éste extenso, sus pensamientos devinieron sinceros. Siendo sinceros sus pensamientos, sus propósitos se rectificaron. Habiendo rectificado sus propósitos, ellos se cultivaron a sí mismos. Habiéndose cultivado a sí mismos, sus familias se pusieron en orden, sus Estados estuvieron bien gobernados. Siendo sus Estados bien gobernados, el Imperio fue tranquilo y próspero.»

El deseo de Confucio era el de que floreciese la conciencia moral de sus compatriotas, considerando

que sin dicha conciencia eran inútiles las esperanzas de un gobierno honesto y eficaz. Había, pues, que luchar por ese hombre superior que en potencia todos llevamos dentro; había, en pocas palabras, que corregir los propios defectos y acentuar las virtudes.

Las que se han venido llamando las «cinco virtudes cardinales» del confucionismo son:

Bondad: honestidad, piedad filial, espíritu público, caridad.

Rectitud: fraternidad, valor, pureza, integridad, lealtad.

Corrección: fidelidad, respeto, humildad, educación, deferencia.

Conocimiento: conocimiento de la vida, del destino, de la Naturaleza, del ser humano.

Buena fe: sinceridad, honradez, sencillez, verdad.

Además es necesario enumerar las «cinco relaciones fundamentales» del confucionismo:

Relación de soberano a súbdito.

Relación de padre a hijo.

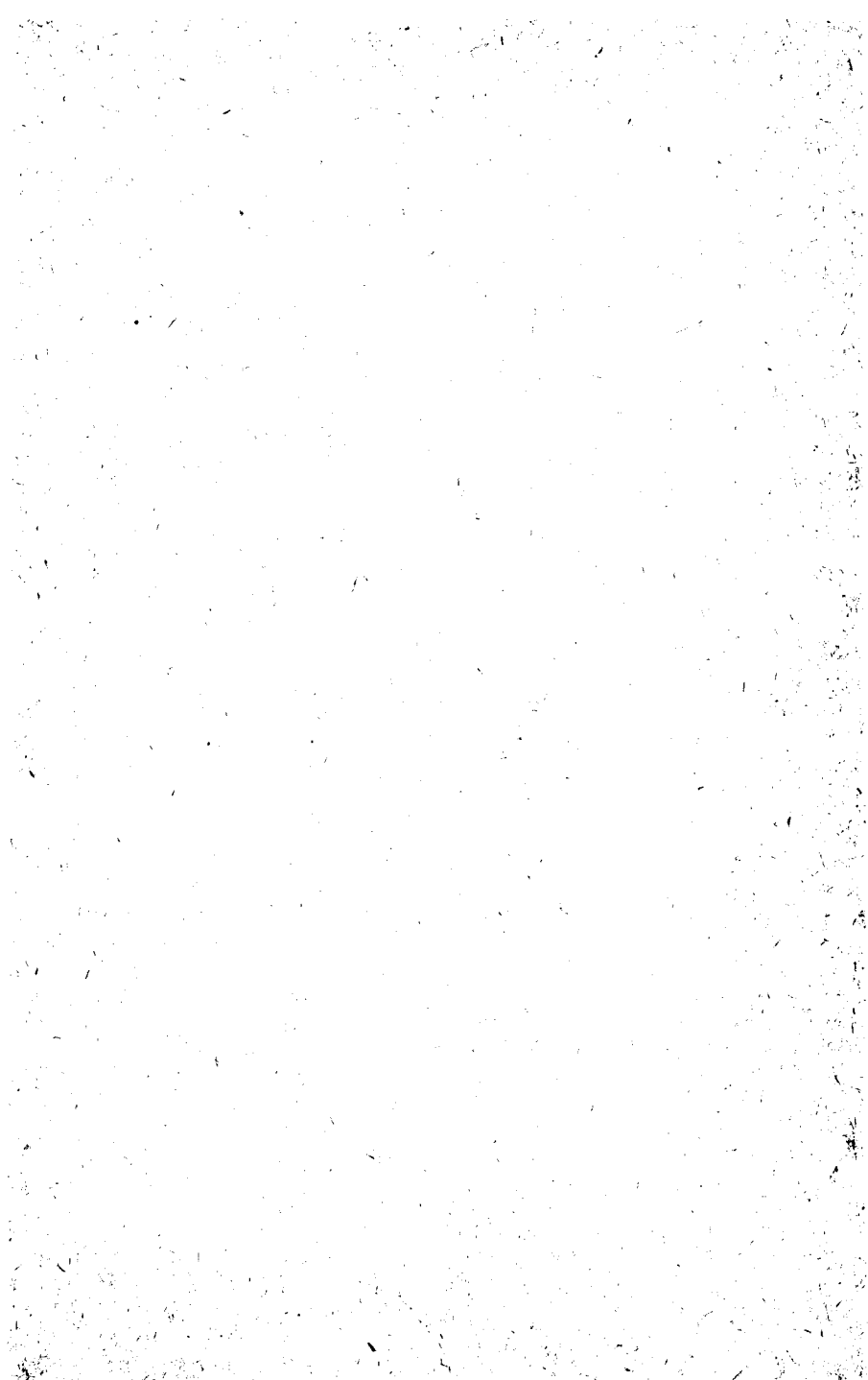
Relación de hermano mayor a hermano menor.

Relación de esposo a esposa.

Relación de amigo a amigo.

Confucio deseaba un mundo mejor, más próspero y tranquilo. En realidad, perseguía una fugaz utopía. Quiso imponer sus principios y no pudo; deseó servir a los monarcas de la época y fue despreciado; anheló cargos públicos y apenas los obtuvo. Sin embargo, jamás desesperó, como un peregrino incansable vagó de un lado para otro, tratando de exponer su propia verdad.

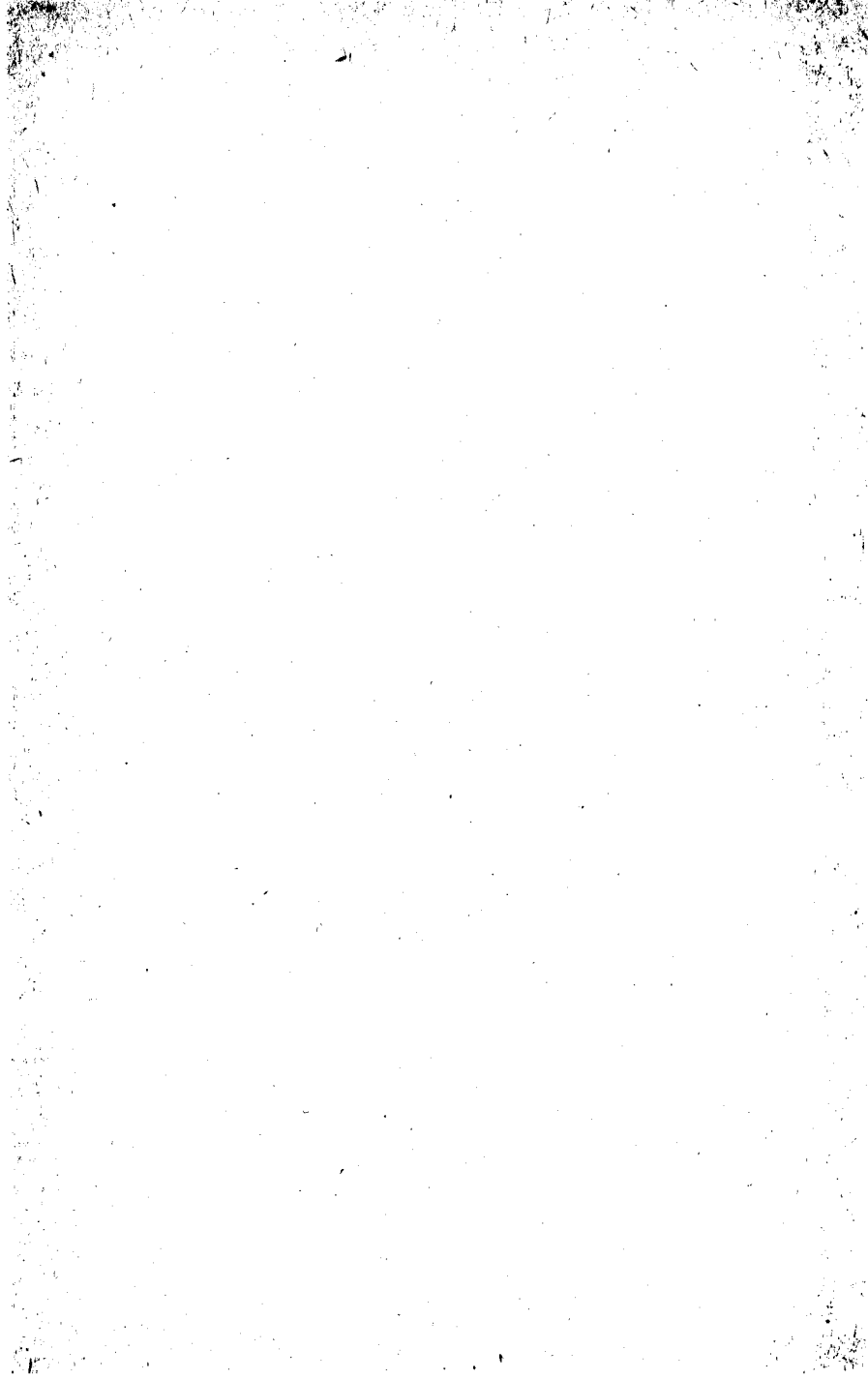




**III**

---

**MAHOMA:  
El Gran Profeta del Islam**



## 1. *Debilidades y grandezas*

Una figura compleja, un hombre singular, una personalidad intuitiva, un férreo carácter, un profeta inolvidable: el Enviado de Alá. ¡Cuántas enconadas críticas en torno a él, cuánta miseria vertida sobre su persona, cuánto rencor! No es fácil aceptar y comprender a un hombre que corre el peligro de sucumbir ante la tiranía de sus creencias, convertirse en un fanático y matar por sus ideas si lo estima necesario.

Buda era un renunciante; Confucio, un ligista moralizador; Mahoma, un visionario y un defensor vehementemente de su propia mística. Gustaba de convencer a los demás de sus principios; sus observaciones podían llegar a ser tan mordaces como crueles, y llegado el momento podía, sin vacilar un instante, empuñar la espada y hendir su hoja en el vientre de los paganos. Pero no debemos interpretarle mal por ello. En la época y en las circunstancias en las que se desenvolvió no estaba al alcance de la mano ser un santo. A Mahoma le faltaba la inamovible bondad de un Cristo, el desapego de un Buda y el sentido de estricta justicia de un Confucio. Era una persona con tantas debilidades como grandezas, porque tal vez de otra forma no hubiera logrado subsistir. Entre gente inculta y nada cultivada, materialista de por sí y básicamente escéptica, Mahoma no podía haber sido de otro modo.

Aunque su buena fe se ha puesto en tela de juicio durante siglos, todo parece indicar que Mahoma era honesto y leal consigo mismo. Como todo ser

humano que no se concede a sí mismo un margen de duda, podía ser violento y duro. Su afán impositivo dio como fruto un sistema religioso de gran duración y una suma nada despreciable de unos trescientos millones de adeptos que lo siguen. Para obtener tan sorprendentes resultados se precisa poco menos que ser un genio, gozar de unas facultades anímicas excelentes y poseer un sólido talento. Pasar a la historia, al menos hacerlo de una manera digna y consecuente, es tarea sumamente ardua. Mahoma supo luchar, pero también, en pronunciado contraste, supo ser afable y cariñoso, humilde y modesto, espontáneo y natural. Aunque orgulloso, no se dejó dominar por una soberbia que muy bien hubiera podido recrear con sus victorias. Excepto en lo referente a la vida sexual, sus costumbres eran muy simples, a veces casi ascéticas. Si bien su cultura era muy baja, conocía a sus semejantes y era capaz de comprender sus reacciones. Era dueño de una fe inquebrantable, y quizá su más grave defecto fue el de servirse de la violencia y de la guerra para llevar la doctrina al corazón de los hombres.

No había obstáculo que pudiera detener la vertiginosa carrera de Mahoma; Alá estaba a su lado y le instaba en todo momento a continuar hacia adelante. De creerlo necesario, no nos queda la menor duda de que hubiera eliminado a todos los paganos del mundo. No lo habría hecho por él, en absoluto, sino porque habría juzgado que eso era lo mejor para satisfacer a su Dios. Guerreaba, sí, pero no experimentaba un especial placer en la batalla, y la consideraba a lo sumo como un mal necesario. Hasta donde un fanático pueda serlo, el Profeta era bondadoso y complaciente. Actuaba de buena fe. Hizo siempre aquello que creía justo y apropiado; si en realidad no fue más generoso es porque seguramente no supo serlo.

A pesar de sus muchas flaquezas, Mahoma fue un hombre extraordinario. Ningún hombre corriente hubiera podido enfrentarse a los orgullosos coreítas, granjearse la confianza de cientos de adeptos e inmortalizarse mediante una religión que practican millones de seres humanos. Se necesita para ello una clarividente visión, una enorme fuerza de voluntad y persuasión, un eficaz control sobre sí mismo y un admirable valor. Y Mahoma tenía todo eso y más; tenía un Dios que se le revelaba a través de un ángel y una misión sublime que cumplir. No obstante, él nunca se hizo pasar por taumaturgo ni por una divinidad reencarnada; le bastaba con ser el Enviado de Alá, y no dudaba en admitir sus fallos y sus imperfecciones.

Psicológicamente, Mahoma era un introvertido y es posible que ciertamente tímido. Más que deductivo era intuitivo, aunque cuando lo requería la situación era consciente y reflexivo. De hábitos sencillos, lejos de toda ostentación, era cortés, amable y poseedor de una sonrisa considerablemente atractiva. Quizá porque en su interior era un ser que se sentía solo, trataba de cubrir ese vacío mediante la búsqueda de la admiración y el amor de los demás. Es necesario decir, empero, que así como pueden perfectamente estructurarse la personalidad de Buda o la de Confucio, no es tan factible hacerlo con la de Mahoma, porque sus reacciones no se presentan diáfanas en su totalidad. Aquello que se diga en torno a la personalidad de Mahoma es gratuito. Por sus actos, parece posible determinar que actuaba con una indudable buena fe, pero ni aun así sería del todo refutable la hipótesis que lo mostrase como un simulador o un ambicioso charlatán.

La personalidad de Buda, por ser específica y singular, es muy clasificable; la de Mahoma aparece turbia e imprecisa. Incluso la cuestión tan discutida

de sus múltiples matrimonios no es del todo dilucidable. Buda pertenece a la categoría del renunciante puro; Confucio, a la del moralista nato, pero ¿y Mahoma? ¿Era un reprimido? ¿Un desenfrenado? ¿Un redentor? No logramos saberlo. Dictador con frecuencia, tolerante en otras muchas ocasiones, ora orgulloso y serio, ora afable y sonriente, no resulta ni siquiera probable determinar con exactitud la personalidad del Profeta. Cuando se ha escrito tanto sobre un hombre, de tan variada forma, desde tantos enfoques y tan subjetivamente, se termina por adular hasta tal punto su modo de ser que se hace prácticamente irreconocible. Y por si eso fuera poco, la vida del Profeta, aun estando mucho más limpia de leyenda que otras tantas, no acaba de ser psicológicamente identificable. Pero hay algo más valioso que el hombre en sí, y es aquello que le ha trascendido. Mahoma en tal sentido es digno de toda admiración, porque a pesar de su escasez de medios, de las dificultades que le planteaban la época y el ambiente, tuvo el coraje de predicar su verdad y tratar de que la misma inundase las existencias de aquellos que le rodeaban.

## 2. "Muy alabado"

No resulta sencillo precisar en qué año vino al mundo Mahoma —Mohamed: «muy alabado»—, pero se estima que lo hizo entre los años 567 y 572, siendo el más probable de ellos el 571, denominado «año del elefante». Como quiera que sea, lo que nadie puede permitirse dudar es que el Profeta es un personaje histórico y que, en general, es factible delimitar dónde acaba la realidad y da comienzo la leyenda.

Nace Mahoma en La Meca, ciudad sin considerables recursos naturales, pero grandemente favorecida por servir de paso para el Arabia meridional y Mesopotamia, siendo, por tanto, su principal riqueza el comercio. Además —y es éste un detalle trascendental— acudían muchos peregrinos a La Meca para visitar la Caaba, construcción de piedra que adoptaba la forma cúbica, se veía rodeada de singulares ídolos y contenía la admirada Piedra Negra; estaba ubicada en el centro de una plaza de amplias dimensiones e inspiraba un peculiar rito llamado el tawaf, que consistía en rodear el templo siete veces en el sentido contrario al de las manecillas del reloj.

Mahoma nació en el seno de una familia perteneciente a una rama pobre de la tribu coreiscita, aunque se asegura que ilustre. Digamos que los coreiscitas, establecidos en La Meca, formaban una gigantesca tribu y eran en su mayoría comerciantes, que se lucraban por el paso de dos grandes caravanas anuales: la del Yemen, en verano, y la de Siria, en in-



vierno. Los coreiscitas (éstos serían los más encontrados enemigos del Profeta) eran en extremo amantes del lujo y de la comodidad, recalcitrantes sibaritas, creyentes de los chinn o genios, politeístas, despreocupados de toda cuestión metafísica y mucho más de conceptos tales como el Más Allá o el Juicio Final. Y precisamente frente a estos hombres, cegados por su denso y empalagoso materialismo, iba a permanecer Mahoma: visionario, poeta e implacable en sus principios; una férrea lucha que alentaría la animadversión y el rencor, y derramaría sangre suficiente para enjugar las arenas del desierto.

Ya Abd Al-Muttalib, abuelo de Mahoma, soñó que habría de tener un nieto extraordinario. Era aquél, al parecer, un hombre bueno y respetado, intuitivo y padre de diez hijos, entre los que se contaba Abdaláh, el padre del Profeta.

El bello Abdaláh se casó con Amina bint Wahb, quien en seguida concebiría a Mahoma. La leyenda, jugando a fantasear desorbitadamente, dice que durante la concepción hablaron los animales, se resquebrajaron los ídolos y se apagó el fuego sagrado en los templos; la gloriosa embarazada pudo contemplar, extasiada, una potente luz que emanaba de La Meca y se extendía por todas partes. También se ha dicho —ignorando despreciativamente que, como es lógico, Mahoma nació y creció pagano— que, al poco de nacer, el niño se arrodilló en tierra y oró fervorosamente. Pero no demos rienda suelta a los ligeros corceles de la leyenda y centrémonos en la realidad; ya sabemos que de todos los grandes reformadores religiosos (Buda, Lao-Tsé, Confucio, etc.) se han relatado los más portentosos sucesos. Si creemos lo que se nos asevera, Amina no tuvo la menor molestia durante su embarazo, se sintió plena de confianza y tuvo sueños proféticos. Sin embargo, lo que sí se acepta indiscutiblemente como

cierto es que Abdalah murió antes de que naciese su hijo y que como toda herencia le dejó una anciana y débil esclava, una modestísima casita y dos famélicos camellos; eso era todo: muy poco para una mujer sola con su hijo.

Amina, la madre del Profeta, estaba sumida, pues, en la pobreza. El niño fue entregado a una mujer beduina llamada Halima, ya que su abuelo, Abd Al-Muttalib, determinó que ésta habría de ser su nodriza. Halima, que tenía varios hijos, se hizo cargo del niño con visible complacencia. Fue Mahoma, durante sus primeros años de vida, un pastorcillo corretón y jovial. La leyenda dice que cuando tenía cuatro años de edad se apoderaron dos ángeles de él y lo extendieron sobre el suelo; seguidamente, diseccionaron su torax y extrajeron una gota de sangre negra de su adolescente corazón; después lo lavaron y purificaron con nieve recogida en una vasija de oro puro. Los ángeles, finalizada esta extraña operación, pesaron al niño en una balanza contra diez personas de su pueblo; observando que el peso del niño era superior, lo pesaron luego contra cien y contra mil, pero los resultados fueron los anteriormente constatados. Entonces uno de los ángeles sentenció:

«¡Déjalo estar! ¡Aunque lo pesares contra todo su pueblo, pesaría más!»

Revela y simboliza este pasaje la fortaleza espiritual de Mahoma, que no encuentra un rival capaz de contrapesarlo.

Tenía el niño cinco años cuando la cariñosa Halima pretendió devolvérselo a su madre. Pero Mahoma se perdió y provocó una tan larga como angustiada búsqueda. Anhelante, una vez lo hubo encontrado, su abuelo lo colocó sobre sus hombros y, orando en señal de gracias, lo paseó siete veces alrededor de la Caaba.

Regresa el niño con su madre y ésta muere poco después. Tiene ahora el adolescente seis años, una edad en la que el subconsciente puede absorber un hecho y relegarlo al olvido o, por el contrario, puede mantenerlo vigilante y permanentemente vivo. Dado que Mahoma apenas estuvo con su madre, no sería de extrañar que tan lamentable suceso apenas le afectara; se cuenta, empero, que cuando el Profeta conquistó definitivamente La Meca, se arrojó anegado en llanto sobre el sepulcro de su madre y oró por ella, puesto que había muerto pagana. Resbalando copiosas las lágrimas por sus mejillas, con la voz entrecortada por la emoción, dijo:

—Este es el sepulcro de mi madre. He rogado a Alá que me permitiese visitarlo y me lo ha concedido. Entonces le he pedido perdón para mi madre, pero ya no quiso escucharme. Por eso lloro.

Mas si en algo se empeña la leyenda, es en facilitar las cosas de aquellos que adopta como hijos preferidos. Por ello, posteriormente, se dijo que Alá, bondadoso para con su siervo, resucitó a los padres del Profeta para que éste pudiese convertirlos durante unos momentos.

Si el niño sintió profundamente la muerte de su madre, es algo que no podrá saberse. No obstante, hay algo muy cierto: que Mahoma se hallaba en una situación nada envidiable...; pero el destino sería misericordioso con él.

### 3. *Una vida de hombre*

Una vez el niño se quedó huérfano, pasó a vivir con su abuelo Abd Al-Muttalib, quien le profesaba un profundo cariño. Pero transcurridos dos años también murió su abuelo, y Mahoma fue recogido por un tío suyo llamado Abu Thaleb, con quien se cree tuvo ocasión de viajar a Damascena, en donde conoció a Bahira, un monje nestoriano que en cierto modo pudo influir en el muchacho.

Bahira, quien vivía ascéticamente en una celda anteriormente habitada por múltiples monjes, jamás prestaba atención al paso de la caravana. Sin embargo, en aquella ocasión en la que Mahoma acompañaba a los Quraychies, el monje-ermitaño salió de su mutismo y, vehemente, preguntó por el joven que iba en la caravana y rogó que viniera ante su presencia.

Mahoma estaba frente a aquel singular personaje que con tanta avidez le había reclamado. Bahira escrutó detenidamente al muchacho. Sus conocimientos esotéricos le decían que no era aquel un niño vulgar, sino un elegido; comprobó una serie de signos que le caracterizaban como profeta. El monje se aproximó a Abu Thaleb y le dijo:

—Vuelve con tu sobrino a tu tierra y guárdale de los judíos, pues si le ven y saben de él lo que yo sé intentarán hacerle mal.

Los años también contaban para Mahoma. Llegó así a una edad en la que ya indudablemente podía

considerarse un hombre: veinticinco años. Fue entonces cuando Abu Thaleb, siempre amante de su sobrino, le dijo:

—Soy un hombre pobre y es ésta una época nada buena para nosotros. Jadiya envía una caravana a Siria. Deberías presentarte ante ella y ofrecerle tus servicios.

Así lo hizo el joven y Jadiya no tuvo inconveniente alguno en aceptarle; Mahoma resultaba considerablemente atractivo e inspiraba confianza.

Fue siempre Jadiya una mujer notable; notable por su energía, por su inteligencia, por su seguridad en sí misma. Socia de un poderoso consorcio que dirigía caravanas, doblemente viuda, mujer muy rica y decidida, era de las más sobresalientes que había entre los Quraychies. Mahoma le agradó desde el principio, y visible prueba de ello es que le concedió cuatro camellos en vez de dos y le entregó doble paga.

Salió Mahoma en compañía de la caravana que se dirigía a Siria. Mediante estos viajes encontraba el joven oportunidad de entrar en contacto indirecto con el cristianismo y su culto, si bien es cierto que nunca adquirió unos conocimientos exactos de dicha religión. Pero lo importante es que Mahoma, sin ser siquiera consciente de ello, iba elaborando en su interior su propio sistema religioso, aquel que exhortaría a los árabes hasta un grado difícilmente imaginable.

Durante el tiempo que invirtió la caravana en su prolongado viaje, Mahoma fue querido y admirado por todos, especialmente por el jefe, que se comportaba con él más como un siervo que como un superior. Innegablemente Mahoma reflejaba una especie de magnetismo tan atractivo como cautivador..., excepto con los coreiscitas. Conoció en Siria

a un monje llamado Nestur, pero se desconoce si hubo o no intimidad entre los dos hombres o si fue un mero conocimiento del todo superficial.

El viaje daba a su fin. Mahoma regresó a La Meca y, no mucho después, la inteligente Jadiya, consciente de las destacadas cualidades del joven, le propuso, abiertamente y sin ambages, matrimonio. Era lo que se ha venido calificando de un matrimonio desproporcionado, pues en tanto que Mahoma contaba veinticinco años, Jadiya frisaba ya en los cuarenta. Fue, no obstante, un matrimonio verdaderamente afortunado, que se extendería durante cerca de veinte años. A su energía y decisión, Jadiya sabía unir una amplia tolerancia y comprensión; siempre supo alentar y ayudar a su esposo, e impertérrita se colocó llena de firmeza a su lado cuando él se dijo el Profeta de Alá. Muchos años después, Mahoma, viva Jadiya en su memoria, diría de ella: «Creó en mí cuando todos los demás eran incrédulos; ella tuvo mis palabras por verdaderas, cuando todos los demás me tomaban por un impostor.»

La edad de Jadiya no representó obstáculo alguno para que le diese a su esposo cuatro hijas (Samab, Rokayya, Umenkolthum y Fátima) y dos hijos; éstos últimos morirían a muy temprana edad.

De la vida de Mahoma desde los veinticinco a los cuarenta años nada se sabe en realidad. Llevó «una vida de hombre», como señala el Korán, y supo ganarse la consideración de todos aquellos que le trataban, hasta tal punto que le denominaron «Al-Amin», el de fiar. ¿Viajó? ¿Dirigió caravanas? ¿Se dedicó de lleno a los negocios de su esposa? Se desconocen las actividades del Profeta durante estos tres lustros. Seguramente se contentó con gozar de su hogar, de sus hijos y de su envidiable posición social y económica. En cuanto a su físico, se ha dicho que era de mediana estatura, amplias espaldas

y ancha cabeza; de aspecto robusto, andaba un poco encorvado hacia adelante, con rapidez y energía. Vestía acorde a su posición y gustaba de perfumarse exquisitamente. Su negro cabello, peinado en cuatro cortas trenzas, contrastaba fuertemente con su pálido rostro, ensombrecido por una densa barba. En su boca destacaban unos dientes blancos, grandes y bien formados. Miraba con detenimiento y profundidad, como si escudriñase en lo más profundo del alma de su interlocutor. Era amable y generoso, aunque con frecuencia de un carácter vehemente e impulsivo. Ni sus más íntimos amigos, ni su propia esposa, ni él mismo, hubieran podido nunca intuir, ni siquiera lejanamente, que iba a ser aquél el Profeta del Islám, un hombre que fundaría su propia religión, adquiriría un enorme poder y se mantendría durante cientos de años en la memoria de millones de seres humanos. Era aquél Mahoma; más tarde, el Profeta de Alá.

#### 4. *La revelación*

Una gran parte de los elegidos, profetas o guías espirituales, «despertaron» alrededor de los treinta años. Mahoma en tal sentido fue una excepción. Tenía unos cuarenta años (610 ó 611) cuando comenzó a experimentar una profunda metamorfosis anímica. Al igual en esto que otros místicos, se le apareció el mundo como transitorio y vacío. Todo le parecía absurdo y permanecía en total desacuerdo con la vida sin sentido que llevaban sus conciudadanos. Decepcionado de su propio paganismo, de sus hábitos e inclinaciones, de sus costumbres, de su intrascendente forma de vida, Mahoma empezó a buscar su camino, aunque todavía sus ideas estaban muy lejos de ser claras y sus aspiraciones eran del todo turbias y disipadas.

Como todo hombre en busca del sendero espiritual, Mahoma busca la soledad y el silencio, única manera de escuchar con nitidez la elocuente voz del yo. Reparte múltiples limosnas e invierte la mayoría de su tiempo en la oración. No encuentra la luz y su corazón está confuso y desorientado, aunque tiene algunos reveladores sueños que le confortan y estimulan. Anhelante de la iluminación, se retira a la grandiosa soledad de las montañas, exactamente a la cueva del monte Hira, para llevar una vida ascética, soportando la amargura que produce la «noche oscura del alma», como un anacoreta al que repele el egoísmo y la corrupción de sus semejantes. Es la suya allí una vida de oración y de meditación. En las noches cálidas, bajo las parpadeantes estrellas,



un hombre lucha contra sí mismo, en aguda rebel-  
día, esforzándose por descender a los más hondos  
abismos de su alma y encontrar a Dios. Los sueños  
reveladores se intensifican; también escucha difu-  
sas voces y tiene extrañas visiones. La verdadera re-  
velación está próxima.

Mahoma empieza a sufrir la transformación mís-  
tica; el mundo material pierde todo valor para él;  
descubre la existencia de un único Dios y se prome-  
te no traicionarlo jamás. Afortunadamente, cuando  
su afán es mayor, encuentra en sus visiones un com-  
pañero, un mensajero que le orientará y animará.  
Se trata del ángel Jibrail, Gabriel. Era una noche de  
la última década del Ramadán. Mahoma permanecía  
sumido en meditación en una gruta del monte Hira.  
Cayó en éxtasis y oyó la voz del ángel y la voz de su  
corazón: él será el enviado de Alá, el profeta de la  
religión islámica. Pero sucedió que el mismo Maho-  
ma quedó consternado ante la revelación de tal modo  
que incluso llegó a dudar de su salud mental. Jadiya,  
siempre inteligente, le hizo conservar la serenidad;  
ella tenía una poderosa fe en su marido. No obstan-  
te, consultó Jadiya a su viejo primo, el ciego Wará-  
ka, quien trató de despreocuparla.

Aquella primera revelación era tan solo el comien-  
zo. Mahoma habría de atravesar muy difíciles mo-  
mentos durante su período de autorrealización; nin-  
gún sendero es tan tortuoso como el espiritual. Se  
encontraba en esa angustiosa etapa que tan bien han  
conocido los místicos cristianos y los de todo el orbe  
en general. Pero la luz espiritual no estaba ya lejos.

Transcurrían los días entre largos paseos, agota-  
doras meditaciones y una desenfrenada lucha por  
el descubrimiento de sí mismo. Mahoma dudaba  
completamente de su estabilidad; tenía miedo y su-  
fría terriblemente; sumido en un profundo caos, aca-  
rició más de una vez la idea excitante del suicidio:

poner término a todo dolor. Sólo Jadiya le ayudaba, únicamente ella estaba afectuosa a su lado y, como si de un niño temeroso se tratase, guardaba la cabeza del futuro Profeta en su regazo. El ángel había hablado una vez y Mahoma quería escucharlo de nuevo, convencerse a sí mismo de que no era todo un producto de su febril imaginación. Y un día —¡oh felicidad!— Jibrail deslizó de nuevo su voz en los inmateriales oídos de Mahoma. El debería ser el enviado de Alá, predicar la verdad a los orgullosos, fatuos y corrompidos coreiscitas.

Mahoma comienza a recibir el Korán. Durante cerca de veinte años, en estado de trance, será objeto de la revelación. A lo largo de todo este tiempo se reflejan en el Korán tanto las preocupaciones del Profeta como las vacilaciones de su pueblo y sus aspiraciones; abundan los consejos y las sugerencias, las exhortaciones, las incitaciones a la guerra santa, determinadas prohibiciones y amenazas, amenazas, amenazas... También hay política, ética, moral y reglas religiosas. Al parecer el mismo Mahoma se extrañaba de la revelación y no podía comprenderla. ¿Cómo la recibía o por qué? No es fácil contestar dicha pregunta. Suponiendo que obrara de buena fe —lo que es muy probable—, que no fuera un mero charlatán o simulador, es posible que se tratase de un estado de autohipnosis, de un directo aflorar del subconsciente. Sin embargo, ni siquiera la parapsicología sabe lo más mínimo sobre los procesos del éxtasis y sus manifestaciones.

A propósito de la revelación, dijo Mahoma:

«Yo desperté de mi sueño y era como si un escrito estuviese escrito en mi corazón. Salí de la cueva y cuando me encontré en medio de la montaña oí una voz que decía: «Oh, Mahoma, tú eres el apóstol de Alá y yo soy Gabriel.» Levanté mis ojos y ví a Gabriel en la figura de un hombre con las piernas

cruzadas en el horizonte del cielo. Permanecí quieto y contemplándole, sin ir adelante ni atrás, y cuando desvié de él mi vista seguía viéndole, empero, en el horizonte, dondequiera que me volviese.»

En su primer encuentro, el ángel le había dicho a Mahoma:

—¡Alza la voz y proclama el hombre de tu Señor que creó! Creó al hombre de un grumo de sangre. Proclama que tu Señor es el más generoso, es aquel que enseñó a usar la pluma y enseñó al hombre lo que no sabía aún.

Y más adelante:

—¡Oh tú, que te envuelves en el manto, álzate y predica! Glorifica a tu Señor, purifica tus vestiduras y apártate de la abominación.

Respecto a las crisis revelatorias del Profeta se han dicho muchas necedades. Sin ningún lugar a dudas, es la más necia de todas aquella que se mantenía en la creencia de que las revelaciones le eran hechas por el diablo; idea muy pobre y manifestada únicamente para atacar a la religión islámica. También se ha sustentado durante muchos siglos que Mahoma era un epiléptico, pero tal suposición parece errónea. Ciertamente es que Mahoma, durante la revelación, en éxtasis, atravesaba momentos angustiosos, hasta tal extremo que transpiraba copiosamente, temblaba con estrépito, jadeaba y lloraba, y debía ser cubierto con un manto, seguramente para evitar el extraño espectáculo. Pero digamos que tales crisis han sido experimentadas por infinidad de místicos y que rebasaría la presente obra realizar un estudio psicológico del hombre-místico y determinar hasta qué punto su naturaleza es normal o patológica. Lo que es indiscutible es el hecho de que cuando uno está familiarizado con la mística no pueden ya asombrarle tan peculiares manifestaciones.

Dentro del misticismo y del camino espiritual, el caso de Mahoma es normal. Más difícil es, empero, precisar si Mahoma era o no honesto consigo mismo y con los demás. Durante muchos siglos se ha mantenido una leyenda negra en torno a este hombre singular, al que se ha acusado de simulador, charlatán, falso y demás calificativos por el estilo. Quienes se han complacido en mantener dicha leyenda eran en su gran mayoría detractores o fanáticos de otras religiones. En la actualidad, se ha extendido la creencia de que Mahoma era un hombre fiel consigo mismo y que actuaba de buena fe. Quizá tan sólo de esta forma pudo fundar una religión que desde hace muchos siglos se mantiene viva.

## 5. *El enfrentamiento con los coreiscitas y la hejira*

En cierta ocasión explicó el Profeta:

«La revelación viene de dos modos hasta mí: Gabriel me visita y me la comunica, como un hombre habla a otro, pero lo que él habla desaparece para mí luego. O viene hasta mí con un estrépito como de una campana, tal que mi corazón se confunde. Lo que así me es revelado no desaparece para mí.»

La revelación era generalmente auditiva, aunque en ocasiones contempló a Gabriel. Como quiera que fuere, y a pesar de que la misma producía a Mahoma una lacerante angustia psíquica y física, el Profeta se sentía tras ella mucho más confortado. Pero los deberes que la revelación imponía al enviado de Alá eran en verdad difíciles de observar. Predicar a los orgullosos coreiscitas era tarea casi inextricable; no obstante, Mahoma la llevó a cabo. Les hablaba de la caridad, el desprendimiento, la vida modesta, casi ascética; cosas todas que irritaban a aquellos empedernidos comerciantes. Y por si predicar tales conceptos fuera poco, el Profeta aseguró que había un solo Dios y que nadie escaparía al Juicio Final. Mas los coreiscitas no comprendían lo que decía aquel que les parecía un completo demente. No podían soportar, además, que alguien les hablase de deberes y obligaciones, así como de enormes castigos para aquellos que no cumplieren la Ley Divina. Por otra parte, la idea de Mahoma en cuanto al Juicio Final resultaba ya enfermiza, obsesiva.

incluso asfixiante. Para unos hombres libres —casi libertinos— como eran los coreiscitas, eran ingratas en sumo grado las trabas que ponía Mahoma a su libre albedrío, su afán moralizador, sus tabúes. En este estado de circunstancias, el conflicto no podía hacerse esperar mucho. En breve tiempo sus conciudadanos se volverían los peores enemigos del Enviado de Alá.

Los coreiscitas veían un grave peligro para sí mismos en la enseñanza de Mahoma, pero además de eso —y es éste un detalle importante—, no lograban entenderle; se había convertido ante los ojos de sus compatriotas en un ser extraño que se pronunciaba en cosas más extrañas todavía. Se le acusó de mago, obsesivo, loco y poetastro. Los coreiscitas y el Profeta comulgan con principios esencialmente diferentes.

Da comienzo una lucha abierta y sin cuartel entre los mercaderes y el elegido de Alá. No obstante, debido a su importante posición, Mahoma no lleva en absoluto la peor parte, aunque con harta frecuencia es ridiculizada su persona y boicoteados sus sermones. El Maestro del Islám se siente desfallecer, pero las revelaciones renuevan sus energías. El orgullo de los coreiscitas es muy vulnerable; no pueden soportar que un hombre como Mahoma, al fin y al cabo del vulgo, se atreva a hacerles frente, a tener la osadía de crear sus propias normas político-sociales. Es demasiado. La furia se desencadena. Prestando atención a la sugerencia de Mahoma, cerca de setenta fieles huyen a refugiarse en Abisinia. La situación es difícil.

Aún cuando Mahoma se muestra ante sus conciudadanos con humildad y carente de toda agresividad, éstos temen que pueda minar ingratamente al Estado. Además, ¿qué podían esperar los ávidos comerciantes de un hombre que es capaz de asegurar

que habrá una resurrección para los muertos? ;Y si al menos ofreciese alguna garantía de su clarividencia!... Pero Mahoma no hacía milagros; era un hombre sencillo, que sencillamente predicaba y pretendía la santidad; un hombre que no desesperaba fácilmente, que sabía ser original y enérgico, persuasivo y valeroso, que si no era inteligente en el completo significado de la palabra, poseía, al menos, una envidiable naturaleza intuitiva.

Pero no todas las personas se burlaban o despreciaban la enseñanza del Profeta; algunas de ellas, por el contrario, la respetaban y admiraban. Se hizo así Mahoma con unos cuantos discípulos, que si no eran muy numerosos, sí eran verdaderamente leales y consecuentes. Confiaban en su maestro y se sentían atraídos con fuerza por la solidez de su personalidad. Entre los discípulos, con ser todos de una fidelidad inquebrantable, merece ser destacado Abu Bakr, quien sacrificó todas sus riquezas por la causa. También muy digno de tomarse en cuenta fue Omar, hombre de una rectitud poco común y de un carácter enérgico y sincero. Mahoma, pues, no estaba totalmente aislado, y en tan difícil situación sabía, al menos, que contaba con incondicionales amigos.

En el 620 Mahoma pierde a Jadiya, su primera esposa y la que más amase con mucho, así como a su tío Abu Talib, que en todo momento le había ayudado y protegido. El Profeta hubiera querido que su tío se convirtiese a la doctrina, pero no fue así, porque deseó morir en la religión de sus antepasados.

Aunque la doctrina parece no prosperar, la mecha está prendida y ya nadie habrá que pueda detener su avance. Mahoma obtiene un enorme éxito con los habitantes de Yatrib, que se comprometen firmemente a seguir la religión observada por el Maestro y a observar sus normas. Yatrib es un oa-

sis ubicado al norte de La Meca, cuya población de campesinos se hallaba dividida en dos tribus enemigas: los Aws y los Jazraj. Inteligentemente, el Enviado de Alá hizo llegar a aquella localidad a algunos de sus devotos, con la exclusiva finalidad de extender la enseñanza.

No pasa mucho tiempo antes de que Mahoma sea abiertamente acusado de traidor, por lo que se ve obligado a refugiarse en una cueva durante tres días. Le acompaña su fiel camarada Abu Bakr. La cueva estaba situada en el monte Taur y sirvió para ocultar a Mahoma de la furia de sus conciudadanos. El 12 del mes de Rabii del año 622 es un día notable, porque el Profeta salía de La Meca y se iba a iniciar la Era musulmana. Una nueva vida comenzaría a partir de ahora para Mahoma. De momento, los inflexibles coreiscitas quedaban atrás. Finalizaba así una etapa de años que se habían caracterizado por la guerra fría e implacable entre unos hombres soberbios y poderosos y un hombre solitario y falto de medios. Pero esperaban las grandes batallas, las de la gloria y las de la derrota.



## 6. *Alá apoya a su enviado*

Mahoma partió de La Meca con dolor, ya que prácticamente todo ser humano aspira a afirmarse entre aquellos con los que se ha desenvuelto durante muchos años. Pero en realidad los coreiscitas no se merecían al Profeta. La partida recibió el nombre de hégira («higra»), que significa **emigración**, aunque en Occidente se haya traducido por **huida**. Mahoma, con Abu Bakr, fue el último en iniciar la emigración. Anteriormente, en reducidos grupos, habían ido saliendo de La Meca hacia Medina sesenta y nueve personas.

A su llegada a Medina, el Profeta levantó una modesta mezquita de ladrillo, en donde habrían de llevarse a cabo los primeros oficios religiosos. Acompañaba a Mahoma su segunda mujer, una viuda de edad avanzada, llamada Sauda. A los musulmanes que fueron de La Meca a Medina se les denominó «emigrantes», y a aquellos que se convirtieron en Medina, «auxiliares». La situación económica de Mahoma y sus seguidores era poco menos que alarmante.

El Profeta vivía en una casa amplia, con diversas habitaciones y un gran patio, en donde se celebraba la oración y predicaba el Maestro. Entre tanto, quizá los coreiscitas ignoraban el peligro que representaba Mahoma en Medina, en una ciudad por donde se veían forzadas a pasar tanto las caravanas de peregrinación como las que se dirigían a La Meca. Pero el peligro no era inminente; de momento había que

estructurar toda la situación interna. Mahoma se muestra tolerante y comprensivo, más desde luego por diplomacia que por sentido de estricta bondad. Trató incluso de granjearse la confianza de los judíos, pero fracasó rotundamente en su intento, como si ellos intuyesen con claridad sus futuras intenciones belicistas. Los judíos eran numerosos y gozaban de una excelente condición económica, pero lo que indiscutiblemente habría de perderles sería su total desunión. Los cristianos, por su parte, no se interferían, por lo general, en la labor de Mahoma.

Ante la escasez de medios, Mahoma optó por una solución que no puede considerarse honesta en absoluto y que ha servido de base a las adversas críticas de sus muchos detractores. Se permitió asaltar diferentes caravanas, sin considerar las copiosas muertes que dichos actos podían provocar. Parece ser que el primer intento fue fallido, pero el segundo puede considerarse un éxito absoluto. La agresión se llevó a cabo contra una rica caravana que retornaba a Siria, en el segundo año de la hégira. Dicha caravana había sido organizada por la gran mayoría de los mercaderes de La Meca, era dirigida por Abu Sufyan y comprendía alrededor de mil camellos. Previamente al conflicto, Abu Sufyan sospechó lo que iba a suceder y pidió ayuda. Un millar de hombres acudieron en su favor, en tanto que el Profeta únicamente contaba con 300 musulmanes, de los cuales sesenta iban a camello.

A escasos kilómetros de Medina, exactamente en el valle de Bedr, al declinar el día 17 del Ramadán del año II se fraguó el cruel y violento enfrentamiento, una encarnizada lucha que arrojaría sesenta muertos, sesenta y cuatro prisioneros coreiscitas y catorce musulmanes. Era la guerra santa: el musulmán que encontrase la muerte iría a alojarse eternamente en el cielo. Mahoma había sabido exhortar

perfectamente a sus hombres, que combatieron con inigualable ardor.

Durante el tiempo que duró la contienda, Mahoma permaneció orando en su cabaña. La estrategia, muy estudiada, de los musulmanes, se impuso rápidamente a la desunión de los coreiscitas. El enviado de Alá se estaba jugando todo a una carta, valga la expresión. Pero el Maestro confiaba en la protección que Alá y Gabriel habrían de prestar a sus guerreros. Y contra todo posible pronóstico, por un dislocado juego del azar, los musulmanes obtuvieron una clamorosa victoria. Al mediodía de la siguiente jornada el triunfo era para el Profeta y los coreiscitas emprendían una desenfrenada huida. La suerte estaba de cara para Mahoma. Ahora todos sus partidarios pensarían: ¿Quién sino Alá ha hecho posible semejante victoria? Dios apoyaba a su enviado. ¡Gloria a Mahoma!

Los cuerpos de los enemigos fueron enterrados en una fosa común. Mahoma se aproximó a ella y clamó:

—¡Oh, gente del pozo! ¿Mantuvo la promesa nuestro Señor? ¿Yo encontré verdadera la promesa de mi Señor!

Y volviéndose a los suyos, agregó:

—¡Oyen lo que les digo mejor que vosotros, pero no pueden contestar!

Del botín conseguido, que era muy considerable, ordena el Korán que una quinta parte sea para el Profeta, su familia y la comunidad, y que las cuatro restantes se repartan con equidad entre los musulmanes. Así se hace. Nadie hay ya que se crea capaz de poder oponerse a las indicaciones de Alá o de su enviado Mahoma. Aquel hombre que hace apenas dos años fuera despreciado y burlado en su ciudad es ahora venerado casi como un dios. Joga-

retas del destino. Mahoma gozaba de autoridad, prestigio, poder y fidelidad. Un amplio horizonte se dibuja para la religión islámica, aunque los coreiscitas, resentidos y ávidos de venganza, tratarán de impedirlo.

## 7. Poderío y violencia

El prestigio de Mahoma se acentuó considerablemente. Para sus fieles había quedado demostrado el apoyo de Alá a su enviado. Una victoria de frescos hombres contra mil no era cosa común. Los musulmanes prefirieron creer más en causas sobrenaturales que en hechos del todo explicables. Medina estaba de fiesta, excepto los judíos, que bien pronto sufrirían sobre sí mismos las represalias del portavoz de Alá en la Tierra.

Sólo hacía falta un vanal motivo o incidente para que Mahoma descargase su deseo de venganza contra aquellos hombres que no sólo no le habían aceptado, sino que incluso se habían permitido criticarle acremente. Hay que aclarar, ante todo, que los judíos, al haber adoptado tal medida, estaban en su justo derecho, pues tenían una superior cultura bíblica y se sentían molestos por las afirmaciones gratuitas que llevaba a cabo Mahoma en tal sentido. Quiso el destino que un suceso alerbase definitivamente al Maestro contra sus enemigos. Un judío de la tribu Banu Kainuka se mofó de una musulmana casada, lo que provocó la cólera de un árabe y la muerte del ofensor. Los judíos, irritados, mataron a su vez al agresor, acto que desencadenó la indignación del Profeta.

Ahora había encontrado Mahoma la oportunidad deseada para satisfacer su rencor. En un principio, había intentado por todos los medios granjearse la confianza de los judíos, había incluso llegado a efec-

tuar e imponer algunas prácticas judías, tales como la ablución previa a la oración, orar con la cara vuelta hacia Jerusalén y el ayuno del kippur. Mas los judíos nunca tomaron en cuenta las demostraciones amistosas de aquel intruso y alimentaron contra él su mordacidad.

Mahoma ejerció un hermético asedio sobre la tribu judía, forzándola a claudicar y aceptar unas desventajosas condiciones. Se toleró la partida de los judíos hacia Siria, pero fueron confiscadas sus propiedades. Además del resentimiento que el soberano de Medina profesaba a los judíos, hay que observar otro elemento muy importante: las tribus judías gozaban de copiosa fortuna y dicha riqueza se quería aprovechar para formar un ejército poderoso contra los coreiscitas. La carencia de dirección y organización, la desunión y el desconcierto, terminaron por minar a los judíos. En cuanto a los cristianos, ¿qué podían ellos hacer? Eran pocos y frágiles, y parte de ellos se convirtieron a la nueva doctrina. Entra así el islamismo en una época de esplendor, sin competencia posible, con el campo despejado y unos horizontes de envidiable grandeza.

Al contrario que Medina, La Meca estaba de luto. No importaban tanto las bajas humanas como la humillación que se había inflingido. Entre los desesperados, era quizá Abu Sufyan el más desesperado de todos. Sediento de venganza, juró tomarse la revancha en cuanto fuese posible. Pero no había que precipitarse, sino prepararse concienzudamente y poder devolverle la derrota a los musulmanes.

Transcurre un año desde el encarnizado enfrentamiento en el valle de Berd. Durante ese tiempo hubo escaramuzas de pequeña importancia y algunos muertos. Es en la primavera del año III (625), cuando los coreiscitas, en número de 3.000 (setecien-

tos protegidos de coraza), formaron una poderosa expedición y se lanzaron en busca de Mahoma. El Profeta descubre el propósito de sus enemigos y en un tiempo récord consigue reunir 1.000 hombres, que pronto salen al encuentro de sus oponentes.

Los seguidores de Mahoma se situaron próximos a Medina, en el monte Uhud. Se aleccionó a los hombres para que lucharan en orden cerrado de batalla, reforzados por los arqueros a sus espaldas. Entre tanto, los coreiscitas avanzaban henchidos de odio, seguidos de sus mujeres, que implacables les recordaban el desastre anterior, estimulándoles a la batalla mediante poemas de naturaleza épica. Abu Sufyan dirigía a aquellos enfurecidos hombres, ahora dispuestos a pelear hasta el final.

La estrategia militar sugerida por Mahoma era acertada: mantener el orden cerrado de batalla, no ceder ante la carga de la caballería y mantener los soldados unidos y firmes en todo momento. En las primeras refriegas los musulmanes rechazaron a los coreiscitas y les obligaron a huir; pero en poco tiempo la situación dio la vuelta por completo. Los musulmanes, confiados, quebrando las directrices marcadas por Mahoma, se lanzaron al saqueo, y en seguida hicieron lo mismo los arqueros, quedando así peligrosamente desguarnecida la retaguardia. Los coreiscitas atacaron por la espalda, de forma tal que aislaron en bolsa a los creyentes y el pánico corrió entre sus filas. Los medinenses comenzaron a correr despavoridos, sin escuchar la angustiada voz del Maestro, que les ordenaba cerrarse en grupo. La batalla estaba prácticamente perdida. Mahoma se abrió paso entre los enemigos, ocultándose tras su espada y sabiéndose impotente ante la nefasta huida de sus hombres. De súbito, una piedra, con singular violencia, se estrelló contra su rostro, rompiéndole los dientes y ensangrentándole la boca. Veloz surgió la no-

ticia de que el Enviado había muerto. El desconcierto fue inenarrable. Aquellos hombres horas antes orgullosos de su poder, satisfechos de su táctica militar, perdieron todo resto de moral y se desplomaron en el más auténtico de los caos.

No había posibilidades de reorganización. Hanza, tío del Profeta, había muerto en la batalla. Mahoma, en compañía de sus hombres, emprendió también la huida. La victoria por parte de los paganos era un hecho consumado. Pero se desconoce por qué exactas razones —seguramente por negligencia— los coreiscitas no atacaron Medina y terminaron de una vez por todas con el poderío mahometano. En una sorprendente reacción, Abu Sufyan no ordenó perseguir al enemigo. Embriagados por la victoria, los coreiscitas se entretuvieron en saquear los cadáveres y mutilarlos después.

Suponemos que Mahoma se hallaba descorazonado, pero aun así en su mente acariciaba la idea de tomar venganza. Había habido en las filas creyentes insubordinación y desorden, muerte y desolación, mas los coreiscitas no habían sabido aprovechar la gran ocasión que se les había presentado de reducir a cenizas al Profeta.

El prestigio de Mahoma sufrió un duro golpe. ¿Dónde estaba ahora Alá? ¿Dónde su apoyo al Enviado? ¿Por qué Dios había permitido tantos muertos y, más aún, por que había tolerado que una pedrada hiriese el rostro del Maestro? Los detractores se volcaron contra el que consideraran un charlatán y un ambicioso político. Las críticas se hicieron más mordaces que nunca. Mahoma, empero, permanecía impertérrito, haciendo acopio de toda su energía y persuasión para que no se ensombreciera más su soberanía. Sus seguidores, con fe inquebrantable, seguían confiando en él y no dudaban en apoyarle incluso con sus vidas.



Pasado algún tiempo, para consolar a sus fieles, Mahoma expulsó de Medina a una segunda tribu de judíos, que, no obstante, se alejaron entonando orgullosos cantos, con los rostros bien altos y el desprecio en la mirada. Posteriormente, el soberano se desposó con una bella mujer, llamada Seineb, anteriormente esposa de un hijo adoptivo de aquél (Seid), que hubo de repudiarla para que pudiese celebrarse este matrimonio. Con el tiempo, el Profeta habría de casarse con las siguientes mujeres: Umm Selma, viuda de un emigrado de Abisinia; Rihana y Zafiya, dos judías; Umm Habida, hija de Abu Sufyan, y Maimuna, hija de un importante general coreiscita. Antes de contraer matrimonio con la mujer de su hijo adoptivo lo había hecho también con la hermosa joven Aixa, hija de Abu Bakr.

Los hombres de Mahoma continuaron asaltando caravanas coreiscitas y el Profeta volvió a gozar de un poder muy estimable. Los paganos se alarmaron gravemente y formaron un ejército de 10.000 combatientes; seguidamente, pusieron rumbo a Medina, deseando acabar definitivamente con aquella turbia situación que les atenazaba desde hacía años. Sin embargo, el soberano de Medina supo de los belicistas proyectos de sus enemigos y se preparó para la defensa. Aleccionado por Salmán, un persa convertido a la doctrina, atrincheró toda la ciudad, haciéndola realmente infranqueable. La sorpresa de los coreiscitas ante lo que para ellos era una estrategia sucia y sin precedentes fue absoluta. Sin atreverse a atacar, permanecieron un mes a las afueras de la ciudad, y luego, irresolutos, se retiraron.

Solamente quedaba una tribu judía en Medina (los quraizas) y aún por poco tiempo. Mahoma, con una crueldad inusitada, fanática y demente, alucinado por su rencor, se encargaría de eliminarla. ¡Triste destino siempre el de los judíos a lo largo de toda

su historia! Habían despreciado al Profeta, lo habían ridiculizado y herido con su sarcasmo y acritud, pero no había ni la menor justificación para que el Enviado de Alá cometiese tan despiadado acto. He aquí la diferencia entre un Buda, un Cristo o un Ramakrishna y un Mahoma; los primeros no permitían que la venganza anidase en sus corazones, en tanto que Mahoma se veía dominado por ella. Fue un acontecimiento terrible, una cruenta matanza, una de esas dolorosas actuaciones que ningún animal, excepto el humano, se atreve a efectuar. Durante toda una larga jornada se cortaron las cabezas condenadas: la sangre se mezclaba a torrentes con la tierra y había que cavar repetidas fosas para los mutilados cadáveres. Las mujeres y los hijos de los muertos, rebajados a la condición de esclavos, fueron vendidos en Siria. Un hombre que, como Mahoma, es capaz de ordenar tan aterradora matanza, no tiene posible defensa; en tal aspecto no puede ser benignamente juzgado. Pero consideremos que el Profeta era un hombre más de su época, y ciertamente no un santo perfecto. Actuó como lo hubieran hecho en aquel entonces la gran mayoría de sus contemporáneos, pero la brutalidad, por ser general, no es más disculpable. De toda su existencia, es ésta la actuación, con mucho, más condenable de Mahoma; en otras ocasiones dio pruebas de honestidad, bondad y tolerancia, pero nos cuesta mucho creer que un verdadero elegido pueda cometer fallos como el acaecido con la última de las tribus judías que quedaban en Medina. Ha de comprenderse, no obstante, la oscura mentalidad de la época y los condicionantes de la situación y el ambiente. Como quiera que sea, unos hombres fueron injustamente asesinados y sus familias vendidas al mejor postor. Lamentable.

Eliminados los judíos, sometidos los cristianos, intimidados los detractores, el poder de Mahoma llegó

a su máximo esplendor, tanto más en cuanto que progresivamente se iba ganando la confianza de todas las tribus de la localidad y minando poco a poco la posición de La Meca. En el año VI, o sea, en el 628 de nuestra era, el profeta congrega a mil cuatrocientos hombres y les dirige en peregrinación hacia La Meca, para visitar la Caaba. Por estar atravesando los meses santos, estaba prohibida toda actividad bélica. No obstante, Mahoma propuso el ataque a Abu Bakr, pero éste no lo creyó aconsejable.

Se les prohibió la entrada a los musulmanes en La Meca. Sin embargo, el Profeta, prudente y sagazmente, obtuvo una tregua de diez años y el permiso para visitar al año próximo la Caaba. Mientras tanto continuaría reforzando sus ejércitos, aleccionando a sus hombres, logrando victorias y riquezas. Este hombre de conciencia sumamente elástica que era Mahoma poseía una especial habilidad para mantener en plenitud la confianza de sus devotos.

## 8. *La conversión de La Meca*

La vertiginosa carrera política y militar de Mahoma continuaba adelante, cosechando éxitos y honores, manteniendo el contacto de sus hombres. Diversas tribus, tras la tregua con los coreiscitas, se adherieron incondicionalmente a él. Meses después, en una continua actividad de expansión, el Profeta dispuso una expedición contra Khaibar, espléndido y fértil oasis judío situado a unos ciento veinte kilómetros de Medina, que se caracterizaba por la riqueza de sus cultivos. Después de un implacable mes de asedio, el oasis cayó en sus manos y pudo recogerse un extraordinario botín, en donde abundaban valiosas joyas. Se les permitió —o forzó— a los judíos que permaneciesen en sus tierras, siempre y cuando entregasen a los musulmanes la mitad de sus cosechas, que arrojaba una bonita cifra de sesenta mil quintales de dátiles anuales. De tal modo el Enviado de Alá tenía más que suficiente para mantener un ejército de seis mil hombres.

Mahoma, siempre dispuesto a ir más allá en sus conquistas, comienza a madurar la idea de ocupar La Meca. Y así, en absoluto silencio, sin confiarse siquiera ni a sus más íntimos colaboradores, el Profeta se traza un plan y comienza a preparar una gigantesca expedición. En enero del 630 —miércoles de Ramadán del año VIII— salen 10.000 hombres de Medina en dirección a La Meca, de donde Mahoma, perseguido y despreciado, había huido hacía ocho años, contando únicamente con setenta u ochenta seguidores. Desde aquel entonces, ¿cómo había au-

mentado su poder, su prestigio, su refinada astucia! El ejército se puso en marcha, habiendo componentes de las más diversas tribus aliadas.

Los coreiscitas comprendieron que toda resistencia era inútil y, aconsejados por Abu Sufyan, conservaron la calma. Mahoma, pues, pudo ocupar La Meca con una tranquilidad asombrosa. Montado en su camello, dio siete vueltas a la Caaba y, seguidamente, pronunció estas memorables palabras:

—No hay otra divinidad que Alá, el único. Su promesa se ha cumplido, su siervo ha vencido y Alá sólo ha puesto en fuga a los ejércitos. ¡Todos los privilegios hereditarios, todos los resarcimientos por la sangre derramada, todas las reivindicaciones las pongo bajo mis pies! Excluyo la custodia de la Caaba y ofrecer agua a los peregrinos. Los homicidios involuntarios serán compensados con la máxima indemnización: cien camellas, cuarenta de las cuales en estado de gravidez. ¡Pueblo coreiscita! En Verdad que Alá os despoja de la soberbia pagana y la vanidad nobiliaria. Todos los hombres proceden de Adán y Adán procedía del polvo.

Y agregó:

—Nadie pudo antes que yo profanar este terreno sagrado, y nadie podrá hacerlo después que yo. Yo mismo sólo he podido hacerlo en una parte de un día.

La victoria no embriagó en esta ocasión los sentidos del Profeta. Se mostró ecuánime y equilibrado. Sus palabras resonaron con singular potencia:

—¡Sed libres!

Es curioso observar los muchos matices con que puede estar troquelada la personalidad de un ser humano. En otra circunstancia despiadado y cruel hasta donde más no cabe (el amargo suceso de los judíos), se presenta ahora Mahoma bondadoso y dócil, casi como un padre bienhechor. Únicamente algunas

personas que se habían mofado durante muchos años de él fueron condenadas. El profeta supo revestirse con una amabilidad exquisita, enseñando esa sonrisa suya que inspiraba confianza e incluso ternura. La magnanimidad que demostró fue del todo insospechada.

Las llaves sujetas en la mano, sentado ante la Caaba, el Profeta escuchó el juramento de total obediencia a Alá y a su Enviado. La gran mayoría de los coreiscitas se convirtieron, si bien algunos, más escépticos que sus hermanos, pidieron dos meses de tiempo para reflexionar. Mahoma, generosamente, les concedió el doble de meses, aunque no fuera necesario tanto tiempo, pues con la conversión los paganos obtenían amistad, seguridad, dinero y ganado.

Gradualmente, el Profeta extendió su dominio sobre toda Arabia. Se sometieron múltiples tribus, que pagaban considerables tributos. En su afán de «islamización», Mahoma enviaba misioneros a diferentes zonas para conseguir conversos. Los idólatras eran considerados basura y se atacaba toda forma de paganismo. Había que eliminar a los paganos, de ser necesario, matarlos sin consideración alguna. Era la lucha por y en favor de Alá.

## 9. *La peregrinación del adiós*

En el año 632 Mahoma realizó la primera y última peregrinación que hiciese a La Meca en toda su vida, por lo que se la ha venido denominando como «la peregrinación del adiós». Al terminar la misma, desde lo alto de su camello, el Profeta se dirigió a sus hombres:

«¡Oh, hombres, escuchar mis palabras, porque desconozco si tras este año volveré a hallaros en semejante ocasión! ¡Oh, hombres, la vida y la hacienda de los demás deben ser sagradas para vosotros, hasta el día que os encontréis con Alá, tan sagradas como este día y este mes, ya que un día habréis de hallaros ante vuestro Señor y seréis interrogados por él a propósito de vuestras acciones! Yo he concluido mi obra. Quien tenga consigo un depósito que lo devuelva a quien se lo confió. Alá ha decidido que todo interés sobre los préstamos sea anulado, pero vuestros capitales os pertenecen; si no hacéis injusticias, no padeceréis injusticias. Todas las venganzas por la sangre derramada en tiempo de la barbarie han quedado canceladas, empezando por aquella más antigua. Y prosiguiendo os digo, ¡oh, hombres!, que Satanás ha perdido toda esperanza de ser adorado en vuestra tierra. Si alguien, aun no adorándole, le obedece cometiendo malas acciones, Satanás se alegrará; por eso, ¡oh, hombres!, defended vuestra religión del diablo.»

Algunos meses después de «la peregrinación del adiós», el Enviado de Alá se vio aquejado por unas

altas temperaturas. La enfermedad que había contraído (¿malaria? ¿pulmonía? ¿pleuritis?) sería fatal para el Profeta, aunque de momento —es posible que ni siquiera él— nadie había pensado en un tan trágico desenlace. Sintiéndose empeorar, solicitó permiso de sus otras mujeres para irse a vivir con Aicha. Días después mejoró visiblemente, hasta tal punto que pudo acudir a la mezquita. Pero sus días estaban contados. El Enviado de Alá, el Gran Profeta del Islam, el hombre que tanto había luchado por imponer sus creencias religiosas, expiró en el regazo de Aixa el 8 de junio de 632, o sea, el 13 del mes Rabii. Ante el dolor de su fiel esposa, en la parca habitación de una humilde casa de Medina, había encontrado la muerte, que para él era la vida en el Más Allá.



## 10. *La doctrina de Mahoma*

El libro sagrado del Islamismo, producto de las continuas revelaciones de Mahoma, es el Korán. Demoró en formarse más de veinte años, ya que durante todo ese tiempo, en los momentos más trascendentales y difíciles, el Profeta recibió la revelación. Los discípulos más cercanos de Mahoma lo oyeron de voz del Maestro y lo conservaron en su memoria. No mucho tiempo después, se procedería a su redacción. Tras la muerte del Enviado de Alá, su fiel servidor Abu Bakr dio órdenes al que fuera secretario de aquél para que pusiese al día los manuscritos. Zeid, que así se llamaba el secretario, tuvo la singular idea de colocar los capítulos más modernos —y los más extensos precisamente— al principio, y progresivamente los menos recientes al final, o sea, realizando una total inversión del orden cronológico. El Korán es al Islamismo, lo que la Biblia al Cristianismo. Es un libro que resulta con frecuencia reiterativo y ligeramente tedioso, aunque no está desprovisto en muchos pasajes de cierta belleza y parquedad de estilo.

Se reflejan en el Korán a lo largo de sus 114 capítulos, las inquietudes del Profeta y de su pueblo, así como de sus más íntimas aspiraciones. Hace referencia con incansable constancia a Alá, Dios único del Islamismo, omnisapiente y omnipotente. El contenido del Korán ha inundado por completo la mentalidad árabe, que puede decirse que en muchas ocasiones fluye a través del libro sagrado. Es considerado

como una joya, como la enseñanza directa de la divinidad a su profeta, leído y respetado en todo momento por sus observantes. No obstante, reina en sus páginas la confusión y el desorden. Sus capítulos reciben el nombre de suras y aparecen titulados. El sura se divide en versículos. Característica primordial y básica del Korán es su sencillez. Lógicamente, el Korán finaliza con la muerte de Mahoma.

Debido a lo extenso de la doctrina de Mahoma, trataremos de simplificarla en sus principios más esenciales.

**Alá:** El Dios del Islamismo recibe el nombre de Alá y a él corresponden una serie de atributos muy parecidos a los que posee el Dios del Cristianismo. Alá es omnipotente, omnisapiente y omnisciente; es eterno en el pasado y en el porvenir; creó el mundo en seis días y ni una brizna puede moverse si no es por su deseo; creó al hombre; es justo, misericordioso e increado. Es único y plenamente poderoso.

Mahoma criticaba con sólida acritud el politeísmo y la idolatría.

**Los profetas:** Mahoma no fue el único profeta, ni mucho menos. Según él mismo, han existido 124.000 profetas. Aun cuando el Korán solamente enumera veinticinco, especifica que cada pueblo ha contado con su profeta. El profeta es un vehículo de Dios, un intermediario de su enseñanza si se prefiere, y, por tanto, debe ser honrado, creído y respetado por los fieles.

**Los ángeles:** En la jerarquía marcada por el Islamismo, entre los profetas y los hombres se encuentran los ángeles, aunque hay una categoría de ángeles que se consideran inferiores al género humano.

Los ángeles son seres inmateriales, que colaboran con Alá en el mantenimiento del mundo y que permanecen bajo sus órdenes.

**Los ginn:** Los ginn (duendes para los coreiscitas) son seres sobrenaturales que aunque inferiores al ser humano, tienen mucho más poder que éste. Los ginn pueden ser hostiles y perversos o tolerantes y bondadosos; son invisibles, aunque pueden adoptar cualquier forma animal o incluso humana; al igual que los hombres pueden, según sean sus acciones, salvarse o condenarse.

**El diablo:** En el Islamismo el diablo recibe el nombre de Iblís. Fue el único ángel que se negó a rendir pleitesía a Alá, por lo que fue condenado y será definitivamente derrotado el día del Juicio Final.

**La revelación:** El fiel debe creer firmemente en la revelación, en la posibilidad de comunicación directa entre Alá y uno de sus elegidos. La revelación puede ser de tres clases: Wahy o inspiración repentina; mediante el sueño, la visión o la audición de voces (roya, kashf, Ilham); mediante la toma de contacto con un ángel. Alá se reveló mediante el Korán, que contiene su mensaje y es el libro de los libros para los árabes.

**El Más Allá:** La religión mahometana cree en la supervivencia del alma, sujetándose a la clásica ecuación de que los pecadores serán condenados al infierno y los virtuosos salvados para el cielo. En el Korán la vida futura es denominada al-akhira.

**El Juicio Universal:** Para los fieles mahometanos llegará un día en que Alá pedirá cuentas a los hombres. Será el día del Juicio Universal, cuando Alá juzgará a buenos y malos, tomando en cuenta, para el futuro destino de los juzgados, sus perversas o virtuosas acciones.

**La oración:** Todo fiel debe rezar determinadas veces al día. La oración se llama salah. Existen cinco momentos al día oportunos para realizar la oración: la noche (Ishá); la mañana (Subh); el mediodía (Suhr); pasado el mediodía (Asr); el ocaso (Magh-

rib). Desde el balcón del minarete de la mezquita, el muecín estimula a la oración.

**La caridad:** Para ganar gracia, todo fiel debe practicar la caridad, no solamente en limosna, sino también en buenos actos, confortadoras palabras y sacrificios humanos. La caridad es de dos clases: obligatoria (zakat) y voluntaria (sadaca).

**El ayuno:** El ayuno en el Islamismo da comienzo con la luna nueva del Ramadán (mes noveno según el calendario islámico) y finaliza con la llegada de la luna del mes siguiente. A lo largo de este mes, los fieles no deben ingerir comida o bebida desde la aurora hasta el declinar del día, estando excluidos de tal obligación los ancianos, los imposibilitados y los enfermos.

**El Jihad:** Consiste el Jihad en la obligación moral que tiene todo musulmán de extender la doctrina hasta donde sea posible, y con ello el nombre de Alá, aun cuando haya que recurrir a los más aductos sacrificios personales.

**La peregrinación a La Meca:** Entre los varios deberes religiosos que tiene el fiel (ayuno, oración, Jihad y caridad), se encuentra el de peregrinar a la casa de Dios (La Caaba) en La Meca, una vez al menos en la vida. La peregrinación (hajj) tiene lugar del 7 al 10 del mes de Zulhajj, último del año según el calendario islámico. Entre otros actos religiosos, el fiel debe, partiendo de la Piedra Negra, circundar siete veces La Caaba.

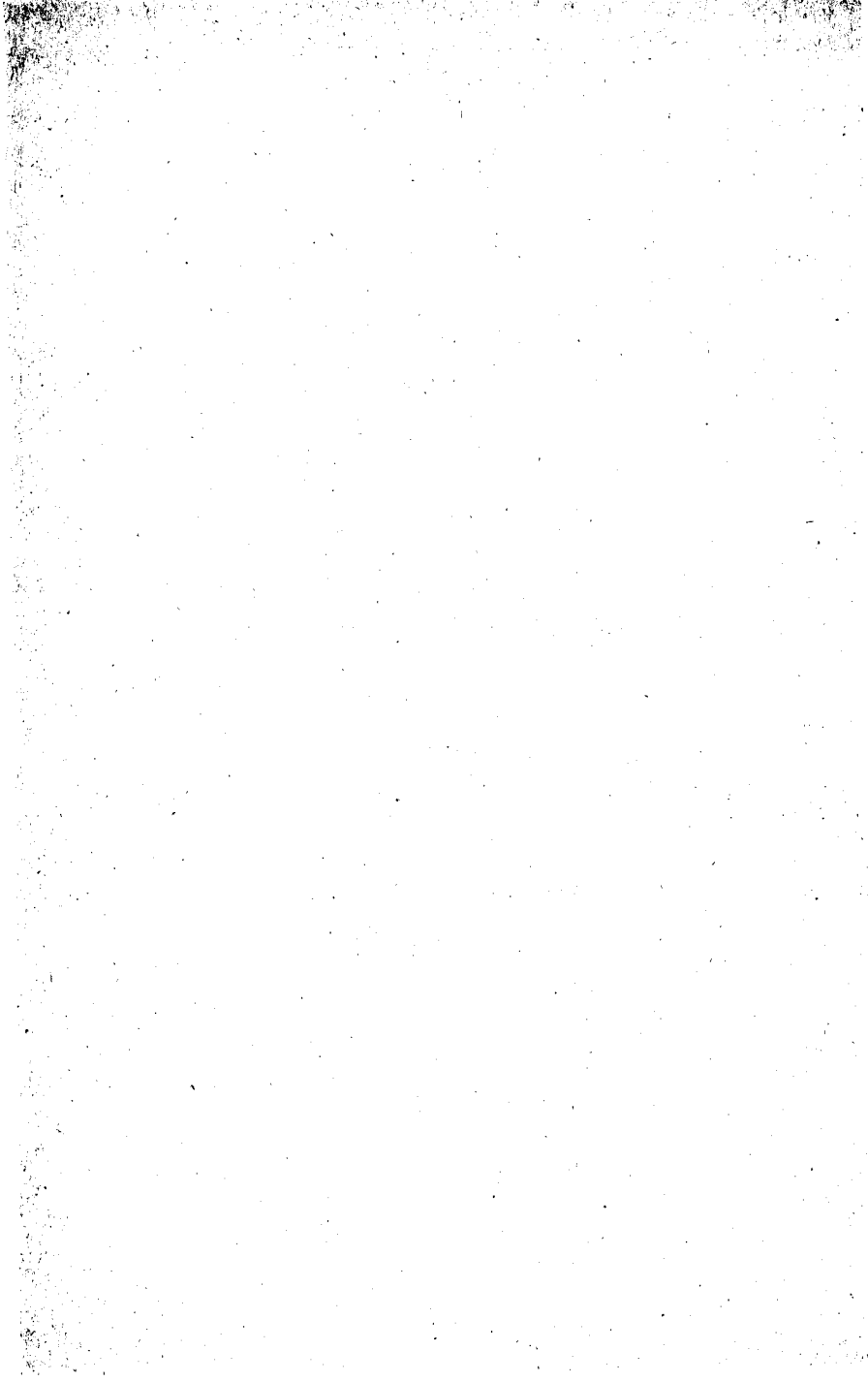
**La Guerra Santa:** La Guerra Santa, que debía ser declarada por el califa, consiste en combatir hasta la muerte cuando el territorio musulmán resulte invadido o atacado. Previamente, se le invitará al enemigo a que se convierta, y de no hacerlo éste, comenzará la contienda. Aun a riesgo de su propia vida, el fiel debe defender su religión.



**IV**

---

**Selección de textos**



## **EL DHAMMAPADA**

*(De Siddharta Gautama Buda)*

### **Capítulo I: VERSOS PARALELOS**

Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado; en nuestros pensamientos se basa, en nuestros pensamientos se forma. Si un hombre habla u obra impulsado por una mente impura, la desgracia le seguirá como la rueda sigue al buey que arrastra el carro.

Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado; en nuestros pensamientos se basa, de nuestros pensamientos se forma; si un hombre habla u obra con una mente pura, la felicidad le seguirá como si fuera su inseparable sombra.

«El me engañó, me golpeó, me maltrató, me robó.»  
Quienes tales pensamientos albergan jamás podrán despojarse del odio.

Porque el odio nunca se abolió mediante el odio; el odio cesa mediante el amor: tal es el anciano principio.

Ignoran las gentes que todos hemos de encontrar aquí el final; pero aquellos que lo saben, evitan instantáneamente sus disputas.

Aquel que únicamente vive en busca del placer, sin controlar sus sentidos, sin moderarse en el co-



mer, abandonándose a la pereza y a la indolencia, será vencido por Mara como el árbol débil es vencido por el viento.

Aquel que vive sin buscar el placer, que controla sus sentidos, se modera en el comer y se mantiene disciplinado y diligente, no será vencido por Mara, al igual que la sólida montaña no puede ser derribada por el viento.

Aquel que quiere colocarse la vestidura amarilla sin haberse purificado y aquel que desprecia la moderación y la verdad, son indignos de colocarse la vestidura amarilla.

Sin embargo, aquel que se ha purificado, que es recto y moderado y ama la verdad, es digno de colocarse la vestidura amarilla.

Aquellos que equivocan lo verdadero con lo erróneo y lo erróneo con lo verdadero, jamás obtendrán la verdad, sino que, por el contrario, serán dominados por el deseo.

Aquellos que identifican lo verdadero con lo verdadero y lo erróneo con lo erróneo, obtendrán la verdad y únicamente se verán impulsados por deseos dignos.

De la misma forma que penetra la lluvia en una casa deficientemente techada, así penetra la pasión en una mente incontrolada.

De la misma forma que no penetra la lluvia en una casa bien techada, tampoco penetra la pasión en una mente controlada.

Aquel que actúa mal encuentra la desgracia en el mundo presente y en el venidero; en ambos casos es desgraciado. Es desgraciado y sufre al comprobar los malos frutos de sus acciones.

Aquel que actúa bien es feliz en el mundo presente y en el venidero; en ambos es feliz. Goza al comprobar los buenos frutos de sus acciones.

Aquel que obra mal encuentra la desgracia en el mundo presente y en el venidero; en ambos es desgraciado. Sufre al comprobar el mal que ha realizado y al tener que continuar por el mal camino.

Aquel que obra correctamente es feliz en el mundo presente y en el venidero; en ambos es feliz. Goza al comprobar el bien que ha realizado y al continuar por el buen camino.

El hombre que lee las Escrituras pero que no las sigue, no progresa espiritualmente, pareciéndose al vaquero que enumera las vacas de los otros.

El hombre que no lee mucho las Escrituras, pero que las sigue, dominando la indolencia, la codicia y las pasiones, y disipando el deseo y el apego, obtiene el progreso espiritual.

### **Capítulo III: LA MENTE**

Como un arquero endereza su flecha, de igual forma el sabio endereza su mente inestable y fluctuante, la cual es difícil de dominar y controlar.

Como un pez extraído de su acuático hogar y tirado sobre la tierra seca, así se agita nuestra mente al tratar de esquivar el mundo de las tentaciones.

Es aconsejable estabilizar la mente, aunque es difícil de controlar y es esquiva. Una mente controlada reporta la dicha.

Aquellos que controlan su mente no son dominados por las tentaciones.

Permitid que el sabio controle su mente, la cual es difícil de captar, esquiva y buscadora de placeres. Una mente perfectamente controlada reporta la felicidad.

Si la fe de un hombre no es sólida, ignorará la verdadera doctrina; si es perturbada la paz de su mente, nunca encontrará la verdadera ciencia.

Para aquel cuya mente ha sido controlada, que rechaza el odio y está más allá del bien y del mal, el temor ha cesado.

Convenciéndose de que el cuerpo es frágil como un cántaro y haciendo su mente sólida como una fortaleza, debe agredir con el arma del conocimiento a Mara (las pasiones); debe controlarlo una vez sea derrotado y siempre permanecer vigilante.

No transcurrirá mucho tiempo sin que este cuerpo repose sobre la tierra, olvidado, inerte, como un madero inservible.

Por mucho que el enemigo hiera al enemigo y el rencoroso al rencoroso, mucho mayor será el que realice una mente perversa.

Por mucho beneficio que nos preste una madre, un padre o un pariente, mayor es el que nos hará una mente pura.

## Capítulo VI: EL SABIO

Si ves a un hombre que te muestra tus errores, que te reprende y que es sabio, síguelo como si fuese a enseñarte un tesoro escondido, porque es un bien y no un mal para el que le sigue.

Permitidle que reprenda, que os enseñe, que os prohíba el mal; será amado por los buenos y odiado por los malos.

No tengáis amistad con aquellos que hacen mal, con las personas malintencionadas; tened amistad con los virtuosos. Seleccionad entre vuestras amistades a los mejores hombres.

El que observa la Ley vive dichoso, con el ánimo feliz. Siempre el hombre sabio sigue la Ley, tal como la muestran los elegidos.

Los poceros conducen el agua donde desean; los

arqueros apuntan sus flechas; los carpinteros trabajan la madera; los sabios se hacen a sí mismos.

De la misma forma que una sólida roca no es agitada por el viento, así el sabio no es perturbado ni por alabanzas ni por reproches.

Los sabios, tras haber escuchado la doctrina, se tornan apacibles como un tranquilo, profundo y transparente lago.

Los hombres virtuosos actúan con reflexión en todo momento y circunstancias; los hombres virtuosos no hablan sin sentido ni se dejan dominar por sus pasiones. Los sabios no se tornan fatuos ante la fortuna ni se deprimen ante la adversidad.

Aquel hombre que resiste la tentación de tener hijos, riquezas o poder y no se sirve de medios deshonestos para obtener el éxito, es sabio y virtuoso.

Escasos son aquellos hombres que llegan a la orilla opuesta; la mayoría vagabundea en la costa de un lado para otro.

Pero aquellos que proceden con rectitud, observando la doctrina, llegan a la orilla opuesta y trascenderán el dominio de la mente, que es muy difícil de trascender.

El sabio debería abandonar el oscuro estado de la vida cotidiana y sumirse en el luminoso estado de los renunciantes. Dejando su hogar por la vida sin casa ni hogar, debe buscar la felicidad en el desapego, que es difícil de encontrar.

Abandonando los placeres sin ninguna dificultad, el sabio obtiene la tranquilidad de su espíritu.

Aquel en cuya mente permanecen fuertemente arraigados los elementos de la Realización, se ha desapegado de todas las cosas, está satisfecho con ello y ha dominado sus pasiones; aquel, lleno de luz, ha logrado la Iluminación en vida.

## **Capítulo VII: EL VENERABLE**

Para aquel que ha finalizado su tarea y se ha liberado de sus pesares, que ha abolido todas sus ataduras y se ha desapegado, no hay dolor.

Este hombre, que siempre tiene controlada su mente, abandona su hogar, tal como los cisnes que abandonan el lago.

De ese hombre que no posee riquezas y que se sustenta mediante los alimentos que le regalan, que sabe de la total libertad, difícil es seguir su rastro, igual que pasa con las aves a través del espacio.

Incluso los dioses envidian a aquel que controla sus sentidos como el jinete controla a su corcel; cumplidor de su deber, es tolerante como la tierra que está libre de orgullo y de avaricia; ese hombre, es semejante a un lago transparente; para él ha finalizado la reencarnación.

Su mente es apacible, apacibles sus palabras y sus acciones de aquel que ha obtenido la libertad interior y la serenidad mediante el recto conocimiento.

En una aldea o en un bosque, en el mar o en la tierra, donde quiera que sea, allí en donde habiten los Arahates (Venerables) es un lugar encantador.

Encantadores son los bosques; en aquel lugar en donde las gentes no encuentran deleite alguno, lo encuentra el hombre liberado de las pasiones, puesto que él no busca placeres.

## **Capítulo VIII: LOS MILLARES**

Mucho más importante que un discurso con un millar de palabras vacías, lo es una sola que conduzca la serenidad a aquel que la escucha.

De nada sirve un poema de un millar de palabras si éstas están vacías; es preferible una sola palabra con tal de que serene a aquel que la escucha.

Más vale una sola palabra que serene al que la escucha, que un centenar de poemas formado de palabras vacías.

Aunque un hombre conquiste en batalla a un millar de millares de hombres, aquel que se conquista a sí mismo es el más grande de los vencedores.

Conquistarse a sí mismo es mejor que vencer a todos los hombres de la tierra. Ni un dios, ni un Gandharva, ni siquiera Mara, podrían convertir en derrota la victoria de un hombre que se ha vencido a sí mismo y vive con la mente controlada.

Mucho mejor es rendir reverencia a un hombre que está en el recto sendero, que ofrecer mes a mes un millar de sacrificios por espacio de cien años.

Sea lo que fuere lo que un hombre ofrezca como sacrificio en este mundo durante un año, su valor no vale nada comparado con la reverencia rendida a aquél que sigue el recto camino.

Es más importante un día de existencia del hombre virtuoso y controlado que los cien años vividos en la inmoralidad y el desenfreno.

Es más importante un día de vida del hombre controlado que cien años vividos en la ignorancia y la indolencia.

Es más importante un día de la vida de un hombre que comprende el comienzo y el fin, que los cien años vividos sin comprender el comienzo ni el fin.

Es más importante un día de la vida de un hombre que comprende el camino de la inmortalidad, que cien años vividos sin comprender el camino de la inmortalidad.

Es más importante un día de la vida de un hombre que comprende la Verdad, que cien años vividos sin comprender la Verdad.

### Capítulo IX: EL MAL

El ser humano debe caminar por el camino del bien con firmeza y apartar sus pensamientos del mal; si el hombre practica el bien con indolencia, su mente se desplomará en el mal.

Si un hombre comete actos deshonestos, debe tratar de evitarlos, ya que la acumulación de pecados produce dolor.

Si un hombre comete actos virtuosos, debe tratar de repetirlos, ya que la acumulación de virtudes produce el goce.

Incluso el deshonesto vive feliz en tanto no madura las malas acciones; pero una vez las madura, siente placer.

No considere el hombre el mal a la ligera diciéndose: «Esto no me llegará», pues al igual que el cántaro se llena de agua gota a gota, así el necio se llenará poco a poco de maldad.

No considere el hombre el bien a la ligera diciéndose: «Esto no me llegará», pues al igual que el cántaro se llena de agua gota a gota, así el sabio se llenará poco a poco de bondad.

Debe el hombre evitar las acciones deshonestas al igual que el comerciante que tiene poca compañía y transporta muchas riquezas evita los senderos peligrosos, o como el hombre que desea la vida evita el veneno.

Quien no tiene herida alguna en la mano puede

tocar el veneno, ya que el veneno no es dañino para el que no tiene heridas; de igual forma no existe el mal para quien no lo comete.

Como el polvillo arrojado por el viento caerá el mal sobre aquel que ofenda a una persona inofensiva, pura e inocente.

Los hay que renacen. Los deshonestos van al infierno; los honestos, al cielo; los desapegados entran en el nirvana.

Ni en el cielo, ni en medio del mar, ni en las cavernas de la montaña, en ningún sitio del mundo, podrá el hombre verse a salvo de sus malas acciones.

Ni en el cielo, ni en medio del mar, ni en las cavernas de la montaña, en ningún sitio del mundo, podrá el hombre verse a salvo de la muerte.

## Capítulo XI: LA VEJEZ

Estando el mundo dominado por el fuego de las pasiones, ¿cómo es posible que haya risas o alegrías? Rodeados por las tinieblas, ¿por qué no buscáis la luz?

Observad el cuerpo hermosamente engalanado, cubierto de heridas, convertido en una masa informe, gastado, lleno de postizos, pero sin que nada persista.

Este cuerpo plenamente extenuado, lleno de enfermedades, no perdura; esta miserable masa se desintegra; realmente la vida finaliza con la muerte.

¿Qué placer puede comportar la existencia cuando se mira ese conjunto de huesos grises, secos como calabazas en el otoño?

Una vez que con los huesos se ha fabricado una especie de armazón, se le recubre de carne y sangre



y en él habitan la vejez y la muerte, el orgullo y la falsedad.

Destruídos quedan los esplendorosos carros de los soberanos; igualmente el cuerpo va hacia la destrucción. Pero la virtud de las personas honestas nunca se acerca a la destrucción: esto es lo que el hombre virtuoso dice al hombre virtuoso.

El hombre que poco ha aprendido envejece como un buey; aumenta su peso, pero no su saber.

En busca del autor de semejante tabernáculo, he renacido múltiples veces, sin poder encontrarlo; y es doloroso nacer una y otra vez. Pero se te ha observado ahora autor de tal tabernáculo y ya no volverás a reconstruirlo. Se rompieron tus cabrios y quebráronse tus parihuelas; la mente, penetrando en el Nirvana, se desprende de todo deseo.

Aquellos que no se condujeron de una manera honesta ni adquirieron sabiduría en su juventud, mueren como garzas en un lago sin peces.

Aquellos que no se condujeron de una manera honesta ni adquirieron sabiduría en su juventud, mueren añorando el pasado, como arcos rotos.

## **Capítulo XII: EL YO**

Si un hombre se ama a sí mismo, debe vigilarse con atención; respecto al sabio, debe permanecer vigilante una de las tres vigiliass cuando menos.

Primero debe uno llevar una vida recta y después podrá instruir a los demás.

Si un hombre actúa acorde a lo que predica y tiene un total control sobre sí mismo, puede ayudar a los demás para que se controlen, ya que no es fácil dominarse por sí mismo.

Cada uno es dueño de sí mismo, pues, ¿quién otro podría ser el dueño? Controlándose a sí mismo no puede hallarse otro dueño que mejor pueda hacerlo.

El necio que por ignorancia desprecia la instrucción de los Venerables, los Nobles, los Virtuosos, labra su propia destrucción y es semejante a la caña Kattaka.

Es uno mismo el que realiza el mal, uno mismo el que padece, uno mismo el que evita el mal, uno mismo el que se purifica. De uno mismo dependen la pureza y la impureza; nadie puede purificar a otro.

Por importantes que sean los demás, jamás uno mismo debe olvidar su propio deber. Todo hombre, una vez ha comprendido su propio deber, tiene que perseverar en el sendero elegido.

#### **Capítulo XIV: EL BUDA**

A aquel cuya victoria nunca ha de ser derrota, cuya victoria nada puede en todo el mundo enturbiar, él el Iluminado, el Omnisciente, el que no deja huellas, ¿por qué senda podréis conducirlo?

Incluso los dioses envidian a aquellos que están absorbidos en la meditación, siempre alerta, vigilantes: los Budas, cuyo deleite es la serenidad del renunciamiento.

Difícil es ser hombre, difícil es la existencia, difícil es oír la verdadera doctrina y alcanzar la iluminación.

La enseñanza del iluminado consiste en abstenerse de pecado, hacer el bien y controlar la propia mente.

El iluminado tiene por alta penitencia el ser paciente y el ser sufrido por nirvana; porque él no es un anacoreta que maltrate a los demás ni un asceta que los injurie.

No insultar, no maltratar, vivir rectamente, ser moderados con los alimentos, dormir y reposar solo, situar la mente en pensamientos sublimes, tal es la enseñanza del iluminado.

Ni siquiera con un lluvia de monedas de oro pueden aplacarse los deseos sensuales, ya que son insaciables, efimeros y productores de dolor; consciente de esto, el sabio ni aun en los placeres celestiales se recrea. El discípulo iluminado únicamente se complace en la extinción de los placeres.

Muchos hombres, impulsados por el miedo, buscan refugio en las montañas y bosques, temples o árboles.

Pero no existe ningún refugio seguro, ningún supremo refugio, y el hombre que acude a uno de estos refugios no se libera así del dolor.

Cuando el hombre se refugia en el Buda, en la Doctrina y en la Orden, puede vislumbrar nítidamente las Cuatro Nobles Verdades, que son: el dolor, la causa del dolor, la extinción del dolor y el Noble Octuple Sendero que conduce a la cesación del dolor.

No resulta fácil encontrar un Buda, pues no nace en cualquier parte. Dondequiera que nace un sabio así, prospera su linaje.

Dichoso es el nacimiento de los Budas, dichosa la instrucción de la doctrina verdadera, dichosa la unidad de la Orden, dichosa la devoción de los que se mantienen unidos.

Quien obedece a aquel que es digno de tal obediencia, a aquel que se ha iluminado o a los discípulos de él, a aquellos que han dominado las pasiones y

atravesado el torrente de la tristeza, quien les obedece como a quienes han encontrado la iluminación y superado los temores, obtiene unos méritos que nadie puede emular.

### Capítulo XIX: EL JUSTO

No es justo el hombre que realiza alguna acción valiéndose de la violencia. Merece llamarse justo aquel que discierne entre el bien y el mal, que es instruido y dirige a otros, no mediante la violencia, sino por medio de la ley; aquel que es sabio y defiende la ley.

Un hombre no es sabio porque hable mucho; aquel que es paciente está libre de odios y temores: ese merece llamarse sabio.

No está un hombre versado en la doctrina porque hable mucho. Aunque un hombre tenga un conocimiento limitado de la Doctrina, si no es descuidado con la misma y ha experimentado la verdad, es en verdad un sostén de la Doctrina.

No es anciano el hombre porque tenga canas; puede que su edad sea madura, pero debe denominarse «viejo-en-vano».

Aquel hombre en el que hay verdad, virtud, compasión, control de sí mismo, pureza y sabiduría, merece que se le llame anciano.

Ni la estudiada verbosidad ni la bella apariencia hacen respetable al hombre envidioso, avaro y deshonesto. A aquel que ha conseguido destruir todo rencor, sí es digno de que se le llame anciano.

El hombre indisciplinado y embustero no se convierte en Renunciante por raparse la cabeza. ¿Cómo puede ser Renunciante aquel que está todavía domi-

nado por la concupiscencia y la codicia? Aquel que rechaza las malas acciones, grandes o pequeñas, merece ser llamado Renunciante, porque ha evitado toda maldad.

Sólo porque un hombre pida limosna no es mendicante (bhikshu); lo es aquel que observa la Doctrina, y no sólo aquel que se limita a mendigar.

Aquel que está más allá del bien y del mal, que es puro, que pasa por el mundo con claro discernimiento, a ese se le puede denominar mendicante (bhikshu).

No es un hombre un muni (quien ha practicado voto de silencio) sólo porque observe silencio, si por otra parte es necio e ignorante; es un muni el sabio que, similar a una balanza, se inclina hacia el bien desechando el mal; ese sí es un muni y lo es dondequiera. Aquel que en este mundo pesa el pro y el contra puede ser llamado muni.

No es un hombre un elegido (Ariya) porque desprecie a los seres vivientes; sino que, por el contrario, merece llamarse Ariya cuando demuestra su compasión por todo ser viviente.

No sólo mediante el control y los votos, la sabiduría, el coraje y el dormir sólo se obtiene la felicidad de la liberación, que ningún mundano puede conocer. ¡O bhikshu, aquel que consigue la abolición del deseo, logra la seguridad!

#### **Capítulo XXI: MISCELANEA**

Si es suficiente con dejar pasar una pequeña dicha para obtener otra mayor, el sabio dejará pasar la primera y atenderá a la grande.

Aquel que para obtener su propio placer provoca

el sufrimiento en los demás, jamás se liberará del rencor que él mismo ha engendrado.

Se descuida lo que debe hacerse y se realiza lo que no debe hacerse; los deseos de las personas incontroladas e insensatas van siempre en aumento.

Aquellos que se mantengan alerta respecto a su propio cuerpo, que no sean vencidos por las tentaciones y actúen de acuerdo a la Doctrina, ellos, vigilantes y sabios, evitarán el deseo.

El verdadero brahman sigue seguro y salvo su camino aunque haya matado a su padre y a su madre, a dos reyes guerreros y destruido todo un reino.

El verdadero brahman sigue seguro y salvo su camino aunque haya matado a su padre y a su madre, a dos reyes santos y a un hombre célebre.

Los discípulos de Gotama están en todo momento alerta, y día y noche sus pensamientos permanecen fijos en Buda.

Los discípulos de Gotama están siempre bien despiertos, y día y noche sus pensamientos permanecen siempre fijos en la doctrina.

Los discípulos de Gotama están siempre bien despiertos, y día y noche sus pensamientos permanecen fijos en su propio cuerpo.

Los discípulos de Gotama están siempre bien despiertos, y día y noche permanecen sus pensamientos en la meditación.

Los discípulos de Gotama están siempre bien despiertos, y día y noche permanecen sus pensamientos en la no-violencia.

Duro es abandonar el mundo y hacerse monje; duro es no gozar del mundo; duro es el monasterio; apesadumbradas son las casas; doloroso es convivir

con iguales, compartirlo todo, y el peregrino mendicante está sujeto al dolor.

El hombre pleno de fe, si es honesto y virtuoso, es respetado allí donde se encuentre.

Las personas virtuosas brillan a lo lejos tales como las montañas cubiertas de nieve; las personas deshonestas no se ven como las flechas disparadas en la noche.

Sentándose en la soledad, andando sin cesar en la soledad y liberándose en la soledad, sea dichoso el hombre, próximo a los confines de algún bosque.

#### **Capítulo XXV: EL BHISKSHU (el monje)**

Es beneficioso controlar el ojo, el oído, la nariz, la lengua.

Es beneficioso controlar el cuerpo, la palabra, el pensamiento, todas las cosas. El bhikshu que se controla en todo permanece libre del sufrimiento.

El que tiene control sobre su mano, sobre sus pies, sobre su habla, el que se domina completamente a sí mismo, el que goza interiormente, que es circunspecto, amante de la soledad y feliz, ese es al que se denomina bhikshu.

Dulce cual la miel es la palabra del bhikshu que controla su lengua, se expresa sabiamente, explica y divulga la doctrina.

Aquel que se establece en la doctrina, que se regocija en la doctrina, medita en la doctrina y en ningún momento olvida la doctrina, ése nunca se apartará de la doctrina verdadera.

Guárdese ése de menospreciar lo que ha recibido ni envíe a los demás: el bhikshu que envidia a los otros no obtendrá la serenidad del espíritu.

El bhikshu que, aunque reciba poco, no menosprecia lo recibido, será alabado por los dioses, siempre que su vida sea pura y él no sea perezoso y descuidado.

El que nunca se identifica con el nombre y con la forma y no se apena por aquello que ya no es, ése es acertadamente llamado bhikshu.

El bhikshu cuya vida es amor y encuentra la felicidad en la doctrina de Buda obtiene el estado de paz y bienaventuranza, o sea, la serenidad libre de condicionantes.

¡Oh bhikshu!, vacía tu barca, ya que vacía navegará más veloz; eliminadas las pasiones y superados los rencores se entrará en el nirvana.

Corta las cinco ataduras, suprime las cinco siguientes y cultiva las cinco restantes; el bhikshu que de tal forma se suelta de las cinco ataduras recibe el nombre de «el que ha salvado la corriente».

Medita, bhikshu, y no seas negligente. No dirijas tu mente hacia lo que produce placer, pues no sea que por tu negligencia tengas que tragarte en el infinito la bola de hierro candente y gritar mientras te esté quemando: «Esto sí que es dolor.»

Sin ciencia no hay meditación, sin meditación no hay ciencia; quien posee ciencia y meditación se encuentra cerca del nirvana.

El bhikshu que se ha retirado a su solitaria morada y tiene la mente apaciguada, que percibe la doctrina, siente un placer mayor que el del común de los seres humanos.

Una vez que el bhikshu ha considerado profundamente el origen y la destrucción de los agregados del cuerpo, encuentra la felicidad y la alegría de aquellos que han experimentado el nirvana.



Y tal es el comienzo para llegar a ser un bhikshu prudente y sabio: controla los sentidos, observa la ley, conserva amistades nobles y puras y no apáticas o negligentes.

Vivir en la caridad, ser diligente en el cumplimiento de los deberes; haciéndolo de tal forma se pondrá término al dolor, en la plenitud del placer.

Como las flores marchitas se desprenden de la planta denominada vassika, así deberían desprenderse los hombres de la pasión y el odio, ¡oh bhikshus!

El bhikshu que es sereno corporalmente, en su lengua y en su ánimo, que es circunspecto, que ha superado los deseos mundanos, merece llamarse apacible.

Aliéntate a ti mismo por ti mismo, analízate a ti mismo por ti mismo; permaneciendo así, alerta y protegido por ti mismo, vivirás feliz, ¡oh bhikshu!

Porque el yo es el señor del yo, el yo es el refugio del yo; contrólate a ti mismo como el chalán controla a un hermoso corcel.

El bhikshu pleno de satisfacción dichoso en la doctrina de Buda, alcanzará el nirvana, ya que la felicidad estriba en la extinción de las pasiones.

Aquel que aun siendo un bhikshu joven observa la doctrina de Buda ilumina el mundo como la luna cuando se disipan las nubes.

#### **Capítulo XXVI: EL BRAHMAN**

Haz frente a la corriente, libérate del deseo mediante los placeres de los sentidos, supera los agregados de la existencia, pues de tal forma, ¡oh brahman!, comprenderás el no-creado.

Cuando el brahman obtiene la concentración y el autocontrol, cuando llega a la otra orilla de la doctrina y consigue el conocimiento, entonces queda libre de toda atadura.

Aquel para el cual no hay una orilla ni otra, que es seguro y desapegado, le llamo verdadero brahman.

El sol resplandece de día, la luna resplandece de noche, el guerrero resplandece en la armadura, el brahman resplandece en la meditación; pero Buda resplandece tanto de día como de noche.

Al hombre que está exento de maldad se le llama brahman; al que camina serenamente se le llama samana; al que se ha despojado de toda impureza se le llama peregrino.

Nadie debe agredir a un brahman, mas ningún brahman debe golpear al agresor si es atacado. ¡Ay de aquel que osa maltratar a un brahman!, pero más justificadamente, ¡ay de aquel que golpea a su agresor!

No pierde el tiempo el brahman en apartar su mente de los placeres mundanos, puesto que cuanto menor fuerza tenga el deseo de injuriar más rápido cesará todo dolor.

A aquel que no daña ni con el cuerpo, ni con la palabra, ni con el pensamiento, y que controla estas tres actividades, a ése llamo yo brahman.

A aquel que aprende la doctrina como si se la enseñase el mismo Buda y ofrece frecuentemente sacrificios, a ése llamo yo brahman.

El hombre no se convierte en brahman por su cabellera trenzada o por su familia o por su nacimiento; se convierte en brahman aquel que es honesto y recto: ese bendito es un brahman.

¿Qué finalidad tiene, oh necio, la cabellera trenzada? ¿Para qué sirve la vistidura hecha de pieles

de cabra? Mientras limpias el exterior dentro de ti hay avaricia.

A aquel hombre que está demacrado y mal vestido, que medita en la soledad del bosque, a ése llamo yo brahman.

No llamo yo brahman a nadie por su origen o su madre: ese es fatuo y opulento; pero a aquel pobre que está libre de toda ilusión, a ése llamo yo brahman.

A aquel que después de romper sus lazos nunca siente temor y es desapegado, a ése llamo yo brahman.

A aquel que aun no habiendo cometido acto deshonesto alguno soporta castigos, golpes y prisiones, que acepta y es resignado, a ése llamo yo brahman.

A aquel que no se encoleriza, que cumple con sus deberes, que es virtuoso y comedido, que se autocontrola y no reencarnará más, a ése llamo yo brahman.

A aquel que no se ve dominado por los placeres mundanos, a ése llamo yo brahman.

A aquel que conoce la naturaleza de su dolor, que ha abandonado su cargo y se ha desapegado, a ése llamo yo brahman.

A aquel que posee la ciencia trascendente, la sabiduría, que conoce el camino recto y el desviado, que ha alcanzado el supremo fin, a ése llamo yo brahman.

A aquel que se mantiene tan apartado de los laicos como de los mendicantes, que no visita casa alguna y que tiene mínimos deseos, a ése llamo yo brahman.

A aquel que no provoca daño a animal alguno, ya

sea fuerte o débil, que no mata ni origina matanza, a ése llamo yo brahman.

A aquel que es tolerante con los intransigentes, dócil con los violentos, espléndido entre los avaros, a ése llamo yo brahman.

A aquel que ha superado la ira y el rencor, la vanidad y la hipocresía, como grano de mostaza de la punta de una aguja, a ése llamo yo brahman.

A aquel que dice la verdad, es instructivo y afectuoso, de forma que no puede ofender, a ése llamo yo brahman.

A aquel que no se apodera de nada que no le hayan entregado, ya sea grande o pequeño, largo o corto, bueno o malo, a ése llamo yo brahman.

A aquel que no desea nada ni para éste ni para el otro mundo, que no tiene inclinaciones y que está desapegado, a ése llamo yo brahman.

A aquel que no tiene ambición, que entiende directamente la verdad y que ha comprendido la esencia de lo inmortal, a ése llamo yo brahman.

A aquel que ha trascendido el bien y el mal y que permanece libre de temores, pecados e impurezas, a ése llamo yo brahman.

A aquel que resplandece como la luna, puro, sereno, imperturbable y lejos de todo deseo, a ése llamo yo brahman.

A aquel que ha recorrido este fangoso sendero, el intransitable mundo, difícil de surcar, y su vanidad, que ha pasado a través de todo y que ha llegado a la otra orilla, que es meditabundo, perseverante, libre de dudas y de inclinaciones, y que se siente satisfecho, a ése llamo yo brahman.

A aquel que, aun habiendo extendido la mano a

todos los deseos, camina sin hogar y libre de toda concupiscencia, a ése llamo yo brahman.

A aquel que ha extendido su mano al placer y al dolor, que es sereno y está más allá de las inclinaciones mundanas, a ese héroe que ha conquistado todos los mundos llamo yo brahman.

A aquel que conoce la destrucción y el regreso de los héroes en todos los lugares, que está libre de ataduras, es misericordioso y Buda, a ése llamo yo brahman.

A aquel que nada tiene por suyo, que es pobre y desapegado, a ése llamo yo brahman.

A aquel que es fuerte, al noble, al héroe, al sabio, al vencedor, al indiferente, al observador, al iluminado, a ése llamo yo brahman.

A aquel que conoce sus antiguas vidas, que observa el cielo y el infierno, que se ha liberado de la cadena de nacimientos y muertes, que es sabio y perfecto, a ése llamo yo brahman.



## *EL LUN-YU*

*(Diálogos entre Confucio y sus discípulos)*

**Primera parte. Libro primero:**

**Capítulo segundo.**

13. Tsé-kung preguntó lo que debe hacer el hombre sabio, y el Maestro respondió: «El sabio empieza por hacer lo que quiere enseñar; después, enseña.»

14. El Maestro dijo: «El sabio siente amor por todos los hombres y no demuestra parcialidad por nadie. El hombre vulgar se muestra parcial y no siente amor por todos los hombres.»

15. El Maestro dijo: «Oír o leer sin reflexionar es una ocupación vana; reflexionar sin libro ni maestro es peligroso.»

16. El Maestro dijo: «Estudiar doctrinas opuestas es nocivo.»

17. «El Maestro dijo: «Tsé-yu, ¿quieres que te enseñe el medio de llegar a la verdadera ciencia? Saber lo que se sabe y saber lo que no se sabe: esto es saber verdaderamente.»

20. Ki-Kang-tsé dijo: «¿Qué es preciso hacer para que el pueblo respete a su príncipe, le sea fiel y cultive la virtud?» El Maestro respondió: «Que el príncipe tenga en público un aspecto venerable y será respetado; que honre a sus parientes y sea bondadoso con sus súbditos, y sus súbditos le serán fieles; que ofrezca empleos a los hombres honestos y eduque a aquellos cuya virtud sea frágil, e incitará al pueblo a cultivar la virtud.»

### **Libro segundo:**

#### **Capítulo segundo.**

8. El Maestro dijo: «El que por la mañana ha comprendido las enseñanzas de la sabiduría, por la tarde puede morir contento.»

9. El Maestro dijo: «Un hombre que se entrega al estudio de la sabiduría, si se avergüenza de llevar un vestido pobre o comer pobremente no es digno de mis enseñanzas.»

10. El Maestro dijo: «En el Gobierno del imperio, el sabio no quiere ni rechaza nada con obstinación. La justicia es su regla.»

11. El Maestro dijo: «El hombre sabio aspira a la perfección, y el hombre vulgar al bienestar; el hombre sabio se limita a observar las leyes, y el hombre vulgar a obtener favores.»

12. El Maestro dijo: «El que, en sus empresas, busca tan sólo su propio interés, provoca desdichas, porque lesiona los intereses de los otros.»

13. El Maestro dijo: «El que en el Gobierno del Estado muestra la deferencia, que es la base de la urbanidad, ¿qué dificultad encontrará? El que en el Gobierno no goza de la deferencia necesaria de urbanidad, ¿qué urbanidad puede tener?»

14. El Maestro dijo: «No te apenes porque no tienes ningún cargo, mas procura hacerte digno de ganarte un cargo. No te apenes porque nadie te conozca, mas trabaja afanosamente para hacerte digno de ser conocido.»

15. El Maestro dijo: «Tseng-tsé, mi doctrina se limita a una sola cosa que todo abarca.» Tseng-tsé respondió: «En verdad.» Cuando se hubo retirado el Maestro, los discípulos preguntaron a Tseng-tsé lo que había querido decir, y éste respondió: «Toda la sabiduría de nuestro Maestro estriba en perfeccionarse a sí mismo y en amar a los demás como a sí mismo.»

16. El Maestro dijo: «El discípulo de la sabiduría es muy responsable en lo que concierne al deber y el hombre vulgar en lo que concierne al propio interés.»

17. El Maestro dijo: «Cuando veas a un hombre sabio piensa en igualarle en virtud. Cuando veas a un hombre carente de virtud, examínate a ti mismo y teme tener algún parecido con él.»

#### **Libro cuarto:**

##### **Capítulo primero.**

1. El Maestro dijo: «Yo transmito las enseñanzas de los antiguos y nada innovo; confiadamente me adhiero a la antigüedad y me permito compararme a nuestro viejo Pang.»

2. El Maestro dijo: «Meditar y grabarse en la memoria los preceptos de la sabiduría, aprender sin experimentar jamás saciedad, instruir sin cansarse nunca. ¿Se dan en mí estos tres méritos?»

3. El Maestro dijo: «Lo que yo temo es no aplicarme a la práctica de la virtud, no tratar de hacerme explicar lo que debo aprender, no poder cumplir con mi deber y no poder corregir mis defectos.»

6. El Maestro dijo: «Esforzaos continuamente en seguir el camino de la virtud; permaneced en dicho camino; no os separéis nunca de la perfección; recrearos en las seis artes liberales: la urbanidad, la música, el tiro al arco, la conducción de carros guerreros, la escritura y el cálculo.»

21. El Maestro dijo: «Si yo viajase con dos compañeros, uno virtuoso y otro deshonesto, ambos me servirían de maestros. Percibiría lo bueno del primero y le copiaría, en tanto que los defectos que viera en el segundo trataría de corregírmelos.»

#### Segunda parte. Libro primero:

##### Capítulo segundo.

1. Yen-Yuan interrogó a Confucio sobre la virtud perfecta. El Maestro contestó: «Vencerse a sí mismo, dotar a su corazón de la honestidad que recibió de la Naturaleza: tal es la virtud perfecta. Si un día llegas a vencerte a ti mismo, a recuperar totalmente la honestidad del corazón, todo el Universo dirá que tu virtud es perfecta. Depende de cada uno ser perfectamente virtuoso. ¿Acaso eso depende de los otros?» Yen-Yuan dijo: «Permítame preguntarle en qué se cifra la práctica de la virtud perfecta.» El Maestro respondió: «Que tus ojos, tus oídos, tu lengua, todo en tí, se someta a los preceptos de la honestidad». Yen-Yuan dijo: «A pesar de mi incapacidad, trataré, si me lo permitís, de llevar a la práctica esta enseñanza.»



2. Tcgund-Kung preguntó a Confucio sobre la virtud perfecta. El Maestro repuso: «Al salir de tu casa muéstrate tan atento como si vieras a un honorable huésped; cuando mandes al pueblo, muéstrate tan diligente como si presidieras un solemne sacrificio; nunca hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a ti. En el principado nadie estará insatisfecho contigo; en la familia nadie tendrá queja de ti.» Tchung-Kung dijo: «A pesar de mi incapacidad, si me lo permitís, trataré de seguir esta enseñanza.»

4. Se-ma-niu preguntó a Confucio qué era un hombre sabio. El Maestro contestó: «El hombre sabio está libre de toda inquietud y temor.» Se-ma-niu interrogó: «¿Basta estar libre de toda inquietud y temor para ser un hombre sabio?» El Maestro repuso: «El que examina su corazón y no observa en él ninguna falta, ¿qué inquietud o temor puede tener?»

5. Tse-kung interrogó a Confucio sobre la amistad, y el Maestro dijo: «Amonesta a tus amigos con sinceridad y aconséjales con dulzura. Si no aprueban tus consejos, suspéndelos, no sea que ofendas y pierdas a un amigo por resultar inoportuno.»

## • • • *EL KORAN*

*(De Mahoma)*

### **Capítulo IV: LAS MUJERES**

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Mortales, temed al Señor, que os ha creado, a todos de un solo hombre, del cual formó a la mujer, cuya posteridad ha cubierto toda la tierra. Temed al Señor en el nombre del cual rogáis. Respetad los lazos de la sangre. Mirad que Dios observa vuestras acciones.

12. Dios os ordena que, en la división del caudal, deis a los varones el doble de lo que deis a las hembras. Si sólo tuvieráis hijas y fueran más de dos, ellas tendrán derecho a un tercio de la sucesión. Si sólo dejaseis una hija, tendrá derecho a la mitad. Si el difunto sólo dejara un hijo, su padre y su madre tomarán la sexta parte de la herencia. Y si el muerto no dejara hijos y sus padres fueran los herederos, la madre tomará un tercio solamente si deja hermanos. Todo después de haber cumplido los legados instituidos y las deudas reconocidas en el testamento. No sabéis quiénes os son más útiles, si vuestros padres o vuestros hijos. Dios, que es poderoso y sabio, os ha dictado estas leyes.

26. No desposéis las mujeres que han sido esposas de vuestros padres. Esto es un crimen, es el camino de la perdición, pero si el mal está ya hecho, guardadlas.

27. No os está permitido desposar a vuestras madres, a vuestras hijas, a vuestras hermanas, a vuestras tías, a vuestras sobrinas, a vuestras nodrizas a vuestras hermanas de leche, a vuestras abuelas y las hijas de vuestras mujeres, cuya custodia os ha sido confiada, a menos que no hayáis cohabitado con sus madres. No desposaréis a vuestras nueras ni a sus hermanas. Si el crimen está ya cometido, el Señor es indulgente y misericordioso.

28. Os está prohibido desposar mujeres casadas libres, a menos que la suerte de las armas no las haya hecho caer bajo vuestro dominio. Tales son las leyes del Señor. Todo lo demás os está permitido. Emplead vuestras riquezas en procuraros esposas castas y virtuosas. Evitad la crápula. Dad a aquellas que hayáis gozado la dote prometida, según la ley. Y cumplido este compromiso, todos los demás que

de mutuo deseo hagáis serán lícitos. Dios es sabio y prudente.

29. Aquel que no sea bastante rico para desposar a mujeres libres, tomará por esposas a esclavas fieles; Dios ve vuestra fe. No desposeis las esclavas sin el permiso de sus dueños, y dotadlas con equidad. Que ellas sean castas, que teman la impureza y no tengan amantes.

33. ¡Oh, creyentes! No disipeis vuestras riquezas por la usura. Que un mutuo consentimiento presida vuestros contratos, no os deis la muerte a vosotros mismos. Dios es misericordioso con vosotros.

41. Los avaros quisieran establecer la avaricia entre los hombres. Ocultan las riquezas de que el cielo los ha colmado. Y sufrirán con los infieles un suplicio ignominioso.

42. Aquellos que hagan limosnas con ostentación y que no tengan fe serán los compañeros del diablo, ¡infortunados compañeros!

51. El Señor no perdonará a los idólatras. El disculpa, según su deseo, todos los otros crímenes, pero la idolatría es el más grande de los atentados.

68. Aquellos que sean fieles a Dios y a su enviado formarán parte de la sociedad gloriosa de los apóstoles, de los justos, de los mártires, de los bienhechores a quienes Dios ha colmado de sus mercedes más escogidas.

91. No está permitido a ningún musulmán matar a otro. Si la muerte es involuntaria, el matador está obligado a redimir a un esclavo creyente y pagar el precio de la sangre a la familia del muerto, a menos que ella se la condone. Por la muerte de un creyente, aunque fuere de una nación enemiga, se dará la libertad a un prisionero. Por la muerte de un aliado

se comprará un fiel cautivo, y se pagará a la familia del difunto la suma prescrita. El que no hallare cautivos que comprar ayunará dos meses consecutivamente. Estas penas emanan del Dios todopoderoso y sabio.

104. En verdad te he enviado, ¡oh Mahoma!, el libro con la verdad, para que seas juez entre los hombres, según lo que Dios ha manifestado en él, y no entres en disputa con los maliciosos.

105. Y pide, ¡oh Mahoma!, el perdón de Dios por la sospecha que has dado lugar, porque Dios es indulgente y misericordioso.

106. No disputes con Nos Dios en favor de aquellos que obran pérfidamente contra sí mismos, porque Dios no ama al hombre fraudulento y criminal.

126. Te consultarán acerca de las mujeres; diles: Dios os instruirá sobre ellas, y os instruirá también acerca de lo que se os lee en el libro del Korán, de las mujeres huérfanas a quienes no dais lo que os está mandado, ni las queréis tomar en casamiento; acerca de los niños imbeciles y acerca de la asistencia a los huérfanos con toda equidad; y todo el bien que hicieris, de seguro Dios lo tendrá en cuenta.

135. ¡Oh fieles!, creed en Dios, en su enviado, en el libro que Dios envió a su profeta Mahoma, y en las escrituras que envió antes. Pues el que no creyere en Dios, en sus ángeles, en sus libros, en sus profeta y en el juicio final se halla en un error lejano de la verdad.

168. ¡Oh, hombres!, ya os ha venido el apóstol, Mahoma, con la verdad de parte de vuestro Señor; creed, pues, en él; esto os será lo mejor. Pero si fuereis incrédulos, en verdad que es Dios cuanto existe en los cielos y en la tierra, y Dios es inteligente y sabio.

## Capítulo V: LA MESA

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. ¡Oh, creyentes!, cumplid con vuestras obligaciones.

3. ¡Oh, creyentes!, guardaos de violar los lugares sagrados y el mes de Haram cazando, o guerreando en ellos, ni el animal, que se lleva para sacrificar en el templo de La Meca, y los ornamentos que se cuelgan al cuello de la víctima para que la conozcan todos y llegue segura al sacrificio, y respetad a los que van a la casa de Dios, al templo de La Meca, a buscar la gracia y la satisfacción de su Señor. Pero cuando hayáis cumplido con la peregrinación, entonces podéis cazar. Y no os dejéis llevar por el rencor contra aquellos hombres que os han querido excluir del templo y no os impeléis recíprocamente contra la justicia y la piedad, ni os ayudéis mutuamente para la iniquidad y la prevaricación. Temed, pues, a Dios, porque Dios es fuerte en el castigo.

4. Os están prohibidos, para comer, los animales muertos, la sangre, la carne del cerdo y todo animal que se haya sacrificado a otro que a Dios, y todo animal ahogado y que haya sido muerto de golpe, caída o herida de cuerpo; y los que han sido presa de una fiera, con excepción de aquellos que, cogiéndolos aun vivos, los mataseis vosotros mismos por una sangría, y los que fueren sacrificados a los ídolos o estatuas. No hagáis vuestras particiones consultando la suerte de las saetas. Hoy, desgraciados de aquellos que se separan de vuestra religión. No los temáis; temedme a mí. Hoy os he perfeccionado vuestra religión, que es el islamismo, y os he dado el complemento de mi gracia. En verdad, si alguno, obligado por la necesidad del hambre, hubiera comido algo de lo que arriba se ha prohibido, sin inten-

ción de pecar, seguramente Dios será para él indulgente y misericordioso.

7. ¡Oh, creyentes!, cuando os preparéis para orar, lavad vuestras caras, vuestras manos, hasta los codos, y frotad vuestras cabezas y pies hasta los talones, y si habéis tenido coito, purificaros, y si estuviérais enfermos, o de viaje, o viniere alguno de vosotros del lugar excusado, o hubiereis tenido comercio con las mujeres, y no encontrareis agua, tomad para la purificación del polvo duro y frotad con él vuestras caras y manos. Dios no quiere imponeros dificultad alguna, sino que quiere purificaros y daros el colmo de su gracia, para que le seáis agradecidos.

99. ¡Oh, creyentes!, ciertamente el vino, los juegos de azar, las estatuas y la suerte de las flechas son una abominación inventada por Satanás; evitad, pues, todo esto si queréis ser fieles.

100. En verdad Satanás quiere mover entre vosotros la enemistad y el aborrecimiento por el vino y el juego, y apartaros de pensar en Dios y en la oración; ¿os abstendréis de ellos?

101. Obedeced a Dios y a su profeta, y guardaos de hacer lo contrario, porque si sois rebeldes sabed que el profeta no está destinado más que a la predicación clara de la verdad.

#### **Capítulo IX: LA PENITENCIA**

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Ved la declaración de Dios y del profeta para aquellos idólatras con quienes habéis hecho alianza.
2. Viajad con seguridad durante cuatro meses,

y pensad que no podréis detener el brazo del Altísimo, que cubrirá de oprobio a los infieles.

3. Dios y su enviado declaran que, pasados los días de peregrinación, no habrá indulgencia para los idólatras. Si se convierten, será para su bien; mas si persisten en su incredulidad no podrán librarse de la venganza celeste. Recibirán un castigo dolorosísimo.

4. Guardad fielmente la alianza pactada con los idólatras si ellos la observan con fidelidad y no le conceden ningún socorro a vuestros enemigos. El Señor ama a cuantos le temen.

5. Transcurridos los meses sagrados, matad a los idólatras en dondequiera que los halléis; hacedles prisioneros, sitiad sus ciudades, tendedles emboscadas por todas partes; mas si se convirtieran, si observaran la oración e hicieran limosna, dejadlos entonces tranquilos, pues el Señor es clemente y misericordioso.

6. Concede asilo al idólatra que te lo pida para que pueda escuchar la palabra de Dios, y luego hazle acompañar hasta lugar seguro. Esto está prescrito, porque son gentes sepultadas en las tinieblas de la ignorancia.

20. Los creyentes que abandonasen sus hogares para combatir bajo el estandarte del señor, sacrificando sus bienes y sus vidas, tendrán los lugares más prestigiosos en el reino de los Cielos y gozarán de la felicidad suprema.

21. Dios les promete su misericordia. Serán objeto de sus complacencias y habitarán en el jardín de las delicias, en el cual reina una soberana beatitud.

22. Allí gustarán eternos placeres, porque las recompensas del Señor son magníficas.

23. ¡Oh, creyentes!, dejad de amar a vuestros padres y vuestros hermanos si éstos prefiriesen la incredulidad a la fe, porque si les amaseis seriais tan perversos como ellos.

38. ¡Oh, creyentes!, cuán grande fue vuestra consternación cuando se os dijo: id a combatir por la fe. ¿Preferís la vida del mundo a la vida futura? ¿Qué son los bienes terrestres en comparación con los goces del cielo?

39. Si no marcháis al combate Dios os castigará severamente. Pondrá en vuestro lugar a otro pueblo y no podréis detener su venganza, porque su poderío es infinito.

41. Jóvenes y viejos, marchad al combate y sacrificad vuestras riquezas y vuestras vidas en defensa de la fe. No hay nada más gloriosamente ventajoso para vosotros. ¡Oh, si lo supierais!

44. Aquellos que creen en Dios y en el juicio final no pedirán la exención. Sacrificarán sus riquezas y derramarán su sangre por la causa de Dios, que conoce a los que le temen.

45. Pero aquellos que no creen en Dios y en el juicio final y que viven errantes en el oleaje de la duda te rogarán que los eximas del combate.

## Capítulo XXI: LOS PROFETAS

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Se aproxima el tiempo en que los hombres rendirán cuentas. No obstante, parecen olvidarlo.

2. Y sólo han oído la lectura del Korán para mostrarse.

3. Abandonando el corazón al placer, los impíos se dicen en secreto: « ¡Mahoma no es un hombre como



nosotros? ¿Escucharemos a un impostor?» Váis a conocerlo muy pronto.

4. Di: Dios conoce todo lo que ha pasado en el cielo y sobre la tierra. Lo sabe y lo oye todo.

5. «Este libro —han añadido— no es más que un amasijo confuso de fábulas escritas por Mahoma, que las ha puesto en verso. Que nos haga ver milagros, como los hicieron ver los otros profetas.»

6. Ninguna de las ciudades que hemos destruido abrazó la fe. ¡Y no creer todavía!...

7. Antes que a ti hemos enviado a otros hombres inspirados. Interrogad a los judíos y a los cristianos si lo ignoráis.

8. No les dimos un cuerpo fantástico ni el permiso de permanecer eternamente sobre la tierra.

9. Ellos vieron el cumplimiento de nuestras promesas: los salvamos con los elegidos mientras los incrédulos perecían.

10. Os hemos enviado un libro para instruiros. ¿Os obstinaréis en cerrar los ojos?

11. ¿Cuántos pueblos hemos establecido sobre las ruinas de las ciudades castigadas por los crímenes?

12. A la vista de nuestro castigo los culpables huyeron precipitadamente.

## Capítulo XXII: LA PEREGRINACION

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Mortales, temed al Señor, porque el temblor que agrietará la tierra en el día señalado será terrible.

2. En ese día la nodriza abandonará en la teta

al niño; la mujer encinta parirá sea o no su tiempo, y los hombres, golpeados por el brazo terrible de Dios, caerán como en una trágica embriaguez.

5. ¡Mortales! Si dudáis de la resurrección, considerad los grados por donde os hemos hecho pasar. Os formamos primero de la tierra, después de esperma, después de sangre coagulada, que constituye el feto casi informe. Hemos fijado el tiempo que habéis de permanecer en el seno de vuestra madre, del que os retiramos ya niños en condiciones de llegar a la edad viril. Muchos mueren antes de haberla alcanzado y otros, al llegar a la decrepitud, olvidan cuanto aprendieron antes. Considerad la tierra que la sequía ha hecho estéril. Nosotros enviamos la lluvia, y al humedecerse sus entrañas, las plantas producen todos los frutos que constituyen su riqueza y su ornato.

16. Hemos enviado el Koran del Cielo. Contiene toda la verdadera religión. El Señor ilumina a los que le placen.

17. El día de la resurrección Dios juzgará a los creyentes, a los judíos, a los sabios, a los cristianos, a los magos y a los idólatras, porque es testigo de todas las cosas.

53. Los que han recibido la ciencia, persuadidos íntimamente de que el Koran es la verdad, creen en él. Sus corazones reposan tranquilamente en esta creencia, y Dios los guía por el buen camino.

54. Los infieles no cesan de dudar, y cuando la hora fatal los sorprenda, terribles suplicios les dirán la equivocación que sufrieron.

55. Entonces la balanza estará en las manos de Dios, que juzgará a los mortales. Los creyentes que hayan sido caritativos entrarán en el jardín de la voluptuosidad.

56. Una pena ignominiosa será el premio de los incrédulos y de los que hayan blasfemado contra el islamismo.

57. Los mártires del islamismo, los que caigan muertos o hayan caído bajo los estandartes de la fe, recibirán infinitos bienes. La liberalidad de Dios no tiene límites.

78. El Korán os confirma el título glorioso de musulmanes. Mi enviado será testigo en pro o en contra de vosotros el día de la resurrección, y vosotros prestaréis testimonio contra el género humano. Dios es vuestro Señor. ¡Cuán gran Señor y que protector tan grande!

## Capítulo XXV: EL KORAN

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Bendito sea aquel que ha enviado del Cielo el Korán a su servidor, para predicar la fe a los hombres.

2. El imperio de los cielos y de la tierra está en sus manos. No tiene ningún hijo ni comparte con ningún ser el gobierno del Universo. Ha creado de la nada todo lo que existe y lo ha armonizado sabiamente.

34. Los incrédulos han preguntado si el Korán había sido enviado en una sola vez. Lo hemos hecho descender por capítulos y por versículos, a fin de fortificar tu corazón.

60. Poned vuestra confianza en aquel que vive y no morirá nunca. Publicad sus alabanzas. El conoce los pecados de sus servidores. Ha creado el Cielo y la Tierra en seis días, sentándose después sobre su trono. Es misericordioso. Interrogad al que posee la ciencia.

## Capítulo XXXII: LA ADORACION

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. E. L. M. El soberano de cuanto existe ha hecho descender el Korán del Cielo. Cuando oigáis leer este libro, ninguna duda debe quedar en vuestros corazones.

2. ¿Han dicho algunos impostores que el Korán es la obra de Mahoma? La verdad eterna lo ha enviado para predicar la palabra de la fe a un pueblo que todavía no había tenido apóstol; lo ha enviado para que le ilumine con su luz.

3. Dios creó el Cielo, la Tierra y la inmensidad del espacio en seis días y en seguida se sentó sobre su trono. ¿No pensáis que ningún Señor podéis encontrar mejor que él?

4. Dios gobierna todos los seres creados en los Cielos y en la Tierra. Los hombres comparecerán reunidos ante El en el día del Juicio, cuya duración será de mil años.

5. Todo es transparente a sus ojos. Su mirada atraviesa la sombra del misterio. Es el Dios potente y misericordioso.

6. Ha perfeccionado a todas sus criaturas y creó el primer hombre de barro.

7. Y estableció su reproducción con agua y con sangre coagulada.

8. Cuando hubo concluido su obra, le infundió una parte de su espíritu. Os ha dado la comprensión, la vista y sentimiento. ¿Cuán poco reconocidos se muestran los hombres a tantos beneficios!

9. ¿Seremos reanimados después que la Tierra haya cubierto nuestras cenizas?, dicen los incrédulos.

10. Y niegan el Juicio Universal.
11. Respondeles: el ángel de la muerte, que vela sobre vuestros actos, cortará el hilo de vuestros días, y entonces compareceréis ante Dios.
18. ¿Será tratado el fiel como el impío? No, sufrirán una suerte muy distinta.
19. El creyente que haya ejercido la caridad tendrá por asilo el jardín delicioso, estancia afortunada, donde hallará el premio a sus obras.
20. Los malvados tendrán por morada los hornos candentes del infierno y serán constantemente rechazado con estas palabras: sufrid el tormento del fuego que vosotros creíais una cosa risible y fabulosa.

#### **Capítulo LXIX: EL DIA FATAL**

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. El día inevitable del Juicio Final.
2. ¿Qué es el día fatal?
16. El Cielo se partirá en este día y caerá a pedazos.
17. Los ángeles estarán a los costados del Cielo y llevarán sobre sus hombros el Trono del Señor.
18. En este día compareceréis delante del Señor, y ninguna de vuestras acciones se ocultará.
19. Aquel a quien se le diere su libro en la mano derecha, dirá: tomad y leed mi libro.
20. Yo siempre creí que tendría que presentarme al examen de este día.
21. Este hombre gozará de una vida feliz.
22. En el jardín elevado.

23. Cuyos frutos estarán próximos a la mano.
24. Y se les dirá: Comed y bebed suavemente, porque obrastéis bien en lo pasado.
25. Pero aquel al que se le diere un libro en la mano izquierda, dirá: ¡Ah, ojalá no se me hubiese entregado tal libro!
26. ¡Y no hubiese sabido jamás nada de este examen!
27. ¡Mejor hubiera sido que hubiera muerto!
28. ¿Para qué me han servido todas mis riquezas?
29. ¡Todo aquel poder ha desaparecido de mí!
30. Dios dirá entonces: Agarradle y atadle.
31. Y echadle luego al infierno, para que se queme.

### Capítulo XVII: ALKADAR

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Ciertamente Nos hemos enviado, desde el Cielo, el Korán en la noche Alkadar.
2. ¿Qué te podrá hacer entender, ¡oh Mahoma!, lo que significa Alkadar?
3. La noche Alkadar es mejor que mil meses.
4. En ella bajan los ángeles y los espíritus celestiales a la Tierra, con la voluntad de Dios a ejecutar sus órdenes sobre todas las cosas.
5. La paz reina en esta noche hasta la aurora.

## Capítulo XCVII: EL CALUMNIADOR

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. ¡Desgraciado será todo calumniador y difamador!
2. Que atesora riquezas guardándolas para el porvenir.
3. El piensa que sus tesoros le harán vivir eternamente.
4. ¡Ah, seguramente él será precipitado en el Confractorio!
5. ¿Qué te hará comprender lo que significa Confractorio?
6. Significa el fuego de Dios encendido.
7. Que abrasará los corazones de los condenados.
8. El les rodeará por todas partes, como en un horno.
9. Que se eleva sobre columnas fijas.

## Capítulo CX: EL AUXILIO

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

1. Cuando viniere el auxilio de Dios y la victoria.
2. Y vieres entrar a los hombres en tropel en la religión de Dios.
3. Celebra entonces, ¡oh Mahoma!, las alabanzas de tu Señor, e implora su perdón, porque El es amigo de perdonar.

## Bibliografía

### BUDA

- ARNOLD, EDWIN: La Luz de Asia.  
CARUS, PABLO: El Evangelio de Buda. Méjico. Orión, 1952.  
COOMARASWAMY, ANANDA: Buddah y el Evangelio del Budismo. Paidós. Buenos Aires.  
COOMARASWAMY, ANANDA: La pensée du Buddha. París, 1949.  
FOUCAUX: Historire du Bouddha Cakyamuni. París, 1848.  
FOUCHER: La vie de Bouddha. París, 1949. Payot.  
FOUCHER: Les vies anterieures du Bouddha. París, 1955. P. U. F.  
KHARISHNANDA: El Evangelio de Buda. Buenos Aires, 1947. Kier.  
LEADBEATER: Historia y doctrina de Buda. Buenos Aires. Saros.  
MARIN, JUAN: Buda o la negación del mundo. Buenos Aires, 1954. Espasa Calpe.  
OLDEMBERGER, H.: Buda, su vida, su obra, su comunidad.  
PERCERON, MAURICE: Buda y el budismo.  
PISCHEL, R.: Vida y doctrina de Buda.  
RADHAKRISHNAN, S.: Gautama el Buda. Londres, 1938.  
VIAKAYANANDA: Buddah y Buddhismo. Buenos Aires, 1945. Kier.

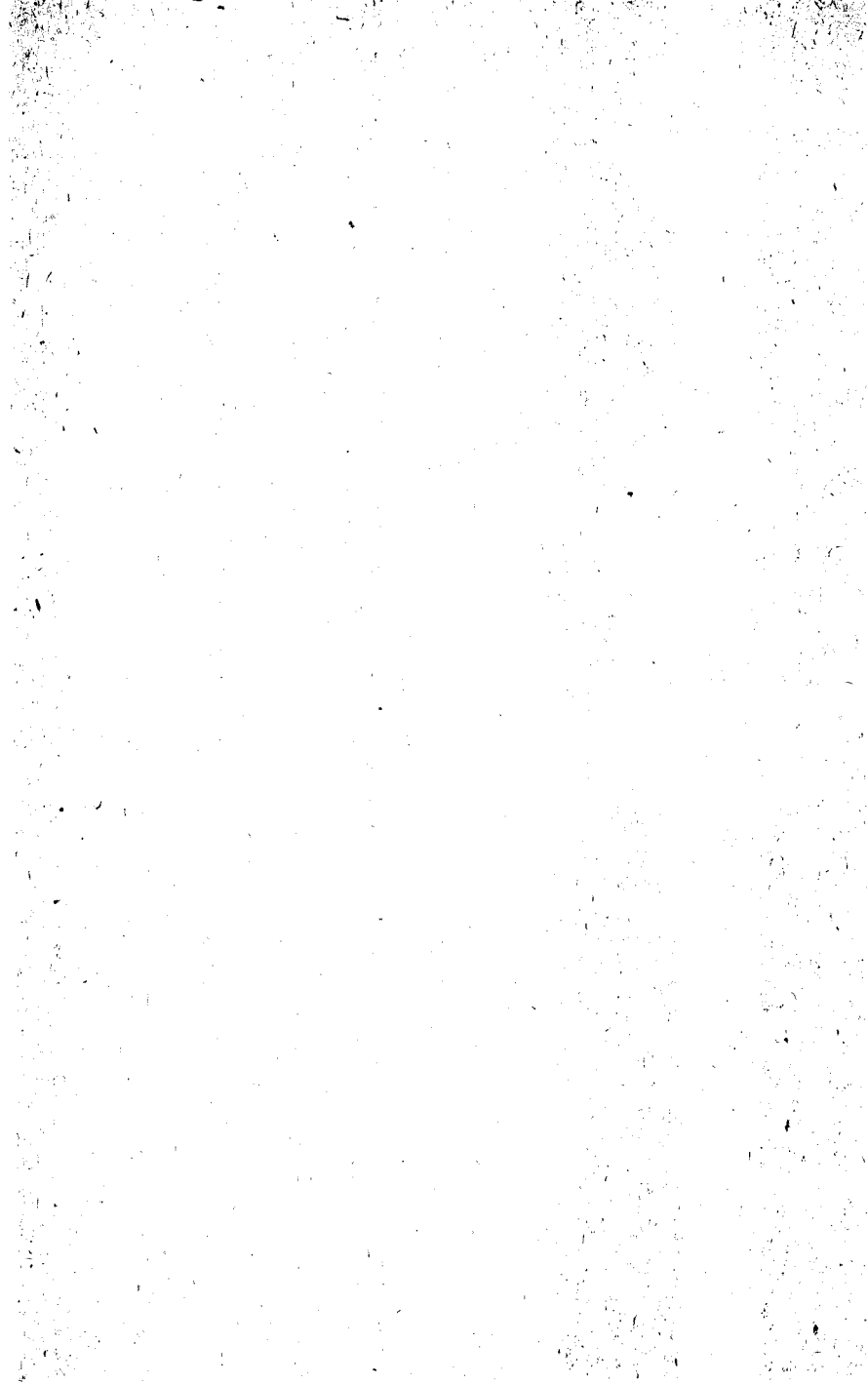
### CONFUCIO

- CROW, C.: Story of Confucius. 1947.  
DO-DINH, PIERRE: Confucius et L'humanisme chinols. París. Du Seuil.  
GREEL, H. C.: Confucius: the man and the myth. New York, 1949.  
HERBERT, GILES: Confucius and its rivals. Londres, 1915.  
KRA SKOI, M.: Confucio. Barcelona. G. P.  
WARE, J. R.: Sayings of Confucius.

### MAHOMA

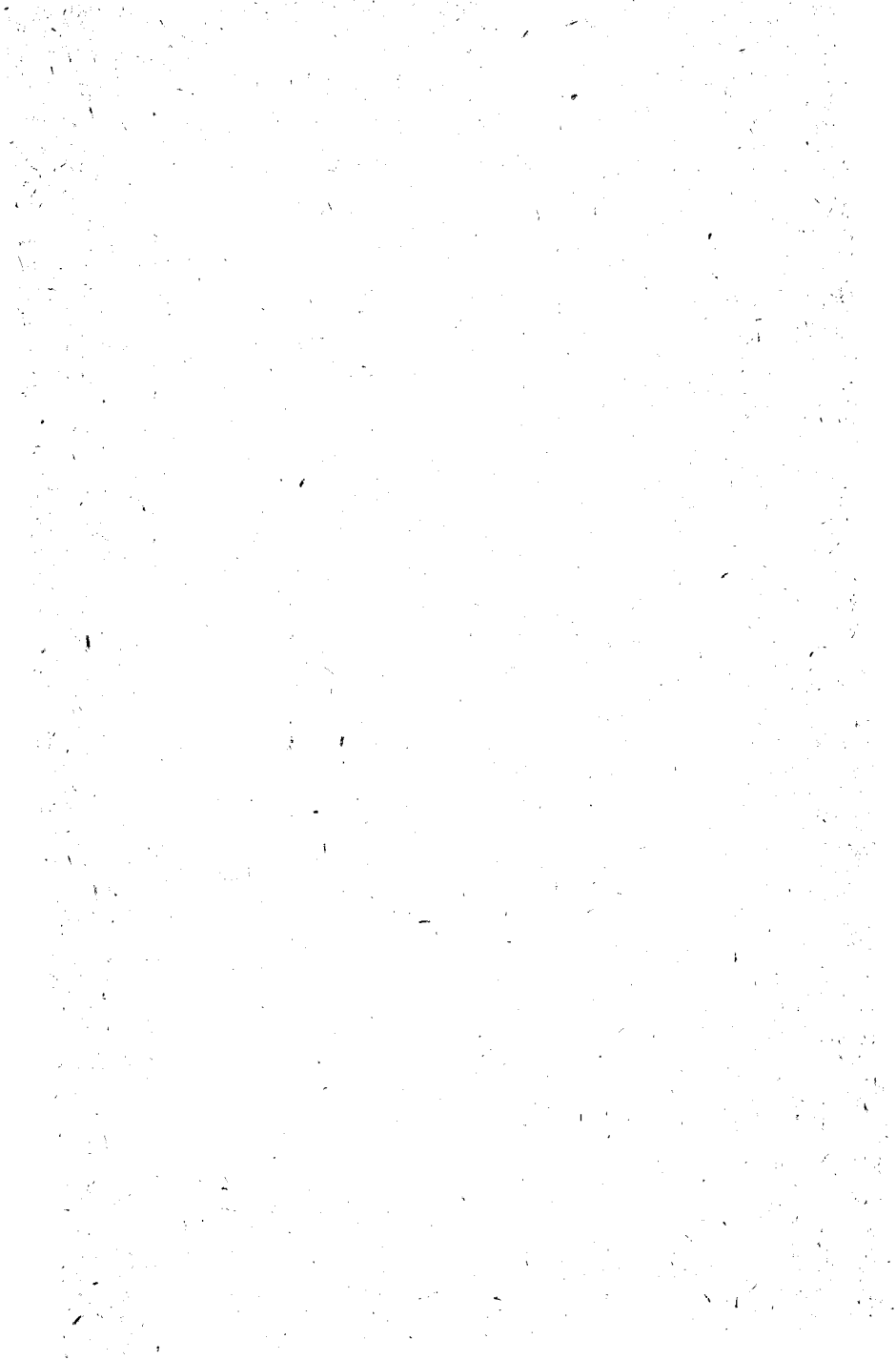
- ANDRAE, TOR: Mahoma. Madrid. Alianza Editorial.  
GABRIELI, F.: Del mondo dell'Islam. Nápoles, 1953.  
GABRIELI, F.: Storia e civiltá musulmana. Nápoles, 1947.  
NORMAN, DANIEL: Islam and the West. 1960.  
RUJZ, E.: Mahoma. Barcelona, 1954. G. P.  
SANTOS, R.: Mahoma. Barcelona, 1954.





# Indice

	<u>Páginas</u>
Introducción ... ..	9
<b>BUDA: El Gran Iluminado de la India:</b> 1. El Despertó.—2. La Última Reencarnación.—3. Adolescencia y Juventud.—4. Gopa Yasodhara.—5. El Renunciamento.—6. La Iluminación.—7. El Parinirvana.—8. Buda.—9. La Doctrina de Buda ... ..	11
<b>CONFUCIO: El Gran Maestro de China:</b> 1. El Señor de la Gran Sabiduría.—2. La Morera Hueca.—3. En Busca de la madurez.—4. Felicidad y dolor.—5. «Hoy he visto a Lao-Tsé. Es como un dragón».—6. Cargos públicos.—7. El largo peregrinar.—8. Confucio por fuera y por dentro.—9. «Sin duda, es porque yo desciendo de los yin».—10. La Doctrina de Confucio ...	49
<b>MAHOMA: El Gran Profeta del Islám:</b> 1. Debilidades y grandezas.—2. Muy alabado.—3. Una vida de hombre.—4. La Revelación.—5. El enfrentamiento con los coreiscitas y la Hejira.—6. Alá apoya a su enviado.—7. Poderío y violencia.—8. La conversión de la Meca.—9. La peregrinación del adiós.—10. La Doctrina de Mahoma ... ..	91
<b>SELECCION DE TEXTOS</b> ... ..	135
<b>Bibliografía</b> ... ..	177





## FILOSOFIA ORIENTAL

por **RAMIRO A. CALLE**

Un volumen de 16 X 12 cm., con 350 páginas,  
e innumerables figuras.

### INDICE

Naciones básicas de filosofía oriental. Hinduismo. Maestros del hinduismo. Budismo. Jainismo. La mimansa. Nyana. Vaiseshika. Sankhya. Tantrismo. Yoga. Orígenes y acepciones del Yoga. La finalidad del Yoga. La lucha contra la naturaleza humana. Los grados tradicionales. Clases de Yoga. Semejanza entre el Yoga y otros sistemas. Textos clásicos de Yoga. Aforismos de Pantajali. La concentración. Los poderes. La independencia. Zen. Sintoísmo. Taoísmo. Confucionismo. La escuela de los nombres. La doctrina de Mo-Tsé. La escuela de los legistas. Sabud. Selección de textos. Bibliografía.

## INTRODUCCION AL BUDISMO ZEN Y AL LAMAISMO

por **RAMIRO A. CALLE**

Un volumen de 12 X 16 cm.

### INDICE

En el sendero del Zen. En busca del budismo Zen. Si encuentras a Buda en tu camino, mátao. La experiencia intuitiva. «Sencillamente, estoy aquí». Zen y Yoga. La ceremonia del té y el arte floral. El Zen y las artes marciales. El monasterio Zen. El budismo en el Tíbet. Un budista en contra de los bon-pos. Tsong-K'A-Pa. La rueda de la existencia. El adiestramiento psíquico. El samurai. Selección de textos.

## LOS PODERES OCULTOS

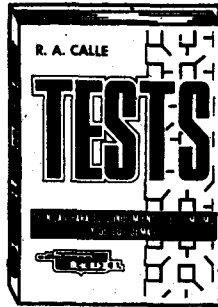
por **RAMIRO A. CALLE**

Un volumen de 12 X 16 cm.

### INDICE

**LA MAGIA Y LOS PODERES OCULTOS.** Historia de la magia. Las prácticas adivinatorias. La Cábala. La Alquimia. El universo diabólico.

**LOS PODERES OCULTOS.** El magnetismo. La radiestesia y la telerradiestesia. Los poderes paranormales. La hipnosis mágica. El espiritismo. Curaciones paranormales y estigmatización. La relajación mágica. El Yoga y los poderes ocultos. La metapsíquica. La parapsicología. Trucaje de fenómenos paranormales.



## LOS TESTS PARA EL CONOCIMIENTO DE SI MISMO Y LOS DEMAS

por **RAMIRO A. CALLE**

Tomo I: Volumen de 16 X 12 cm., con 360 páginas e innumerables grabados.

Tomo II: Volumen de 16 X 12 cm., con 280 páginas. Profusamente ilustrado.

### INDICE

**TOMO I:** Tests de las facultades intelectuales. Test de Toulouse. Test de Bourdon. Test de velocidad mental. Test de los colores. Test de rapidez mental y resistencia a la fatiga. Test de memoria. Test de asimilación mental. Test de capacidad mental. Tests del carácter y la personalidad. Test del subconsciente. Test de neurosis. Test del dominio de sí mismo. Test de la capacidad afectiva. Test de sugestionabilidad. Tests parapsicológicos. Test grafológico. Test fisiognómico. Test de personalidad. Test de Herman Rorschach.

Tests infantiles. Test de escolaridad. Test de Illinois. Test de Otis. Test de Machover. Test de Wartegg.

**TOMO II:** Test de las facultades intelectuales. Test de Ballard. Test económico de R. Buyse. Las pruebas «Beta».

Tests del carácter y la personalidad. Test del equilibrio. ¿Emotividad, actividad o secundariedad? Prueba de M. Gex.

Tests para niños y adolescentes. Test gráfico de Pressey. Test de Binet-Simon. Cuestionario caracterológico de R. Muchielli. Test de C. Burt. Escala métrica del desarrollo de la psicomotricidad en el niño y en el adolescente. Cuestionario de psicología individual.

Apéndice. La Grafología como test. Las diversas formas de escritura. La Grafología. Relación de tests.

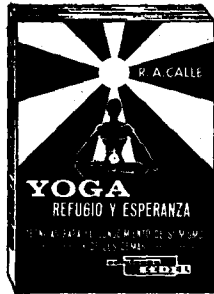
## INTRODUCCION AL YOGA

por **RAMIRO A. CALLE**

Un volumen de 12 X 16 cm.

### INDICE

Filosofía india. La filosofía del yoga. La síntesis del yoga. Hatha-Yoga. Karma-Yoga. Ghana-Yoga. Radja-Yoga. Mantra-Yoga. Bhakti-Yoga. Tantra-Yoga. Kundalini-Yoga. Maha-Yoga. Los Siddhis. El Yoga y los alimentos. El yoga práctico. Terapéutica yoghi. Los aforismos de Patanjali. Textos clásicos de yoga. Conclusión.



## YOGA REFUGIO Y ESPERANZA

por RAMIRO A. CALLE

Un volumen de 17 X 12 cm., de 300 páginas,  
con 25 figuras.

### INDICE

La liberación. El karma. La idea de Dios. Reglas a seguir para alcanzar la liberación. Los cinco cuerpos o envolturas. Sistemas filosófico-religiosos más importantes de la India. Brahmanismo. Los textos hindúes. El Tantrismo. El Budismo. La doctrina después de Buda. El sistema yoga. Historia. Esencia. Grados tradicionales del yoga. Yogas principales. Hatha-yoga. Radja-yoga. Karma-yoga. Aforismos de Pantajali. Escritos-simientes para la meditación. Vidas resumidas. Ramakrishna. Vivekananda. Sivananda. Yogananda. Saradananda. Aurobindo Ghose. Ramana Maharishi. Modalidades del yoga. Los Pranas. Los Subpranas. Los Chakras. Autores más versados sobre yoga. Centros de información. Publicaciones periódicas. Bibliografía.



## TECNICAS LIBERATORIAS Y DE RELAJACION

por RAMIRO A. CALLE

Un volumen de 17 X 12 cm., de 290 páginas,  
con 25 figuras.

### INDICE

**TECNICAS ORIENTALES DE LIBERACION.** La liberación. La liberación espiritual. Nociones de filosofía oriental. La reencarnación y la teoría del karma. Normas cuyas observancias facilita la liberación. Los tres estados de conciencia. Etapas de evolución en el desarrollo humano. Vías de la liberación. Hinduismo. Las divinidades. La literatura sagrada. Budismo. ¿Quién fue Buda? La doctrina de Buda. El budismo tras la muerte de su fundador. Jainismo. El tantrismo. Yoga. Esencia. Grados tradicionales del yoga.

**TECNICAS DE RELAJACION.** Tensión y vida moderna. Orígenes de la tensión. ¿Es usted una persona tensa? El descanso. El sueño. El reposo. Los hobbies. La gimnasia y los deportes. La alimentación. Los tranquilizantes. La relajación. Preparativos. Actitud mental del practicante. Duración. Efectos. Técnica. La relajación mental. La respiración. La relajación dirigida. Técnica de la relajación dirigida. El entrenamiento autógeno.

